



Oscar Wilde

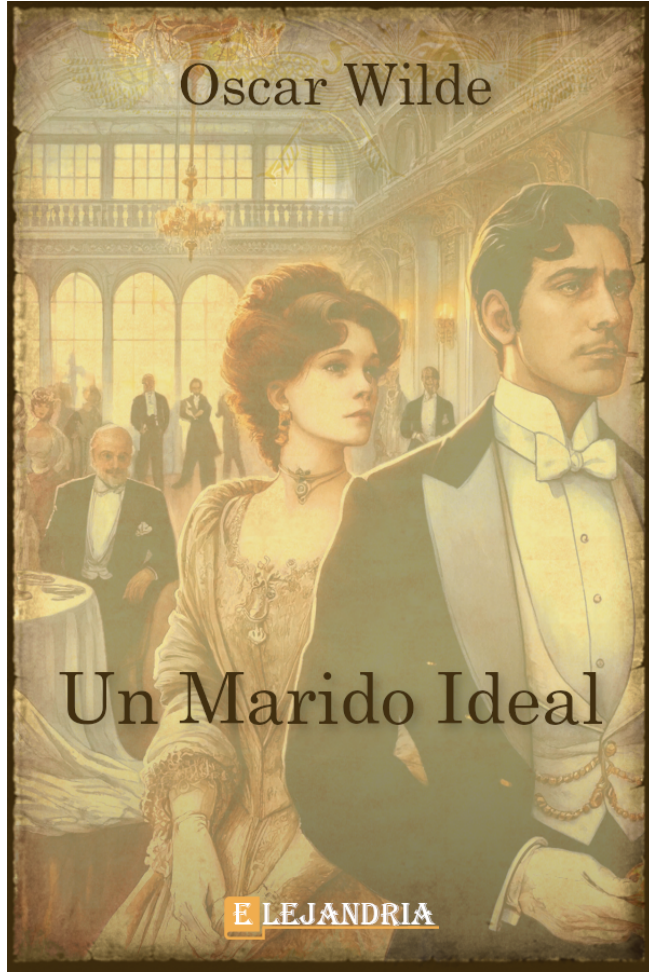
Un Marido Ideal

E LEJANDRIA

Oscar Wilde

Un Marido Ideal

E LEJANDRIA



LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

UN MARIDO IDEAL

OSCAR WILDE

PUBLICADO: 1893
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
EDICIÓN: 1895
TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

UN MARIDO IDEAL

OSCAR WILDE

LOS PERSONAJES DE LA OBRA

EL CONDE DE CAVERSHAM, K.G.

VIZCONDE GORING, su Hijo

SIR ROBERT CHILTERN, Bart., Subsecretario de Asuntos Exteriores

VIZCONDE DE NANJAC, Agregado en la Embajada Francesa en
Londres

SR. MONTFORD

MASON, Mayordomo de Sir Robert Chiltern

PHIPPS, Sirviente de Lord Goring

JAMES }

HAROLD } Lacayos

LADY CHILTERN

LADY MARKBY

LA CONDESA DE BASILDON

SRA. MARCHMONT

SEÑORITA MABEL CHILTERN, Hermana de Sir Robert Chiltern

SRA. CHEVELEY

LAS ESCENAS DE LA OBRA

ACTO I; La Sala Octogonal en la Casa de Sir Robert Chiltern en Grosvenor Square.

ACTO II; Salón de la mañana en la Casa de Sir Robert Chiltern.

ACTO III; La Biblioteca de la Casa de Lord Goring en Curzon Street.

ACTO IV; Igual que el Acto II.

TIEMPO: El Presente LUGAR: Londres.

La acción de la obra se completa en veinticuatro horas.

TEATRO REAL, HAYMARKET

Arrendatario Único: Sr. Herbert Beerbohm Tree Gerentes: Sr. Lewis Waller y Sr. H. H. Morell 3 de enero de 1895

EL CONDE DE CAVERSHAM, Sr. Alfred Bishop.

VIZCONDE GORING, Sr. Charles H. Hawtrey.

SIR ROBERT CHILTERN, Sr. Lewis Waller.

VIZCONDE DE NANJAC, Sr. Cosmo Stuart.

SR. MONTFORD, Sr. Harry Stanford.

PHIPPS, Sr. C. H. Brookfield.

MASON, Sr. H. Deane.

JAMES, Sr. Charles Meyrick.

HAROLD, Sr. Goodhart.

LADY CHILTERN, Srta. Julia Neilson.

LADY MARKBY, Srta. Fanny Brough.

CONDESA DE BASILDON, Srta. Vane Featherston.

SRA. MARCHMONT, Srta. Helen Forsyth.

SRITA. MABEL CHILTERN, Srta. Maud Millet.

SRA. CHEVELEY, Srta. Florence West.

PRIMER ACTO

ESCENA

La sala octogonal en la casa de Sir Robert Chiltern en Grosvenor Square.

[La habitación está brillantemente iluminada y llena de invitados. Al tope de la escalera está LADY CHILTERN, una mujer de seria belleza griega, de unos veintisiete años de edad. Recibe a los invitados a medida que suben. Sobre el hueco de la escalera cuelga un gran candelabro con luces de cera, que iluminan un gran tapiz francés del siglo XVIII - representando el Triunfo del Amor, de un diseño de Boucher - que está extendido en la pared de la escalera. A la derecha está la entrada al salón de música. Se oye débilmente el sonido de un cuarteto de cuerdas. La entrada a la izquierda conduce a otras salas de recepción. MRS. MARCHMONT y LADY BASILDON,

dos mujeres muy bonitas, están sentadas juntas en un sofá de Luis XVI. Son tipos de exquisita fragilidad. Su afectación de modales tiene un delicado encanto. Watteau habría amado pintarlas.]

MRS. MARCHMONT. ¿Vas a la fiesta de los Hartlocks esta noche, Margaret?

LADY BASILDON. Supongo que sí. ¿Y tú?

MRS. MARCHMONT. Sí. Son fiestas terriblemente tediosas las que dan, ¿verdad?

LADY BASILDON. ¡Terriblemente tediosas! Nunca sé por qué voy. Nunca sé por qué voy a ningún sitio.

MRS. MARCHMONT. Vengo aquí para ser educada.

LADY BASILDON. ¡Ah! ¡Odio ser educada!

MRS. MARCHMONT. Yo también. Te pone casi al mismo nivel que las clases comerciales, ¿no es así? Pero la querida Gertrude Chiltern siempre me está diciendo que debería tener algún propósito serio en la vida. Así que vengo aquí para intentar encontrar uno.

LADY BASILDON. [Mirando alrededor con su lorgnette.] No veo a nadie aquí esta noche a quien se le pueda llamar un propósito serio. El hombre que me acompañó a cenar me habló de su esposa todo el tiempo.

MRS. MARCHMONT. ¡Qué trivial de su parte!

LADY BASILDON. ¡Terriblemente trivial! ¿De qué habló tu hombre?

MRS. MARCHMONT. De mí misma.

LADY BASILDON. [Lánguidamente.] ¿Y te interesó?

MRS. MARCHMONT. [Negando con la cabeza.] Ni lo más mínimo.

LADY BASILDON. ¡Qué mártires somos, querida Margaret!

MRS. MARCHMONT. [Levantándose.] ¡Y cuán bien nos sienta, Olivia!

[Se levantan y van hacia el salón de música. El VIZCONDE DE NANJAC, un joven agregado conocido por sus corbatas y su anglomanía, se acerca con una reverencia baja y entra en conversación.]

MASON. [Anunciando a los invitados desde lo alto de la escalera.] Sr. y Lady Jane Barford. Lord Caversham.

[Entra LORD CAVERSHAM, un caballero anciano de setenta años, llevando la banda y la estrella de la Orden de la Liga. Un fino tipo Whig. Algo así como un retrato de Lawrence.]

LORD CAVERSHAM. ¡Buenas noches, Lady Chiltern! ¿Ha estado aquí mi hijo bueno para nada?

LADY CHILTERN. [Sonriendo.] Creo que Lord Goring aún no ha llegado.

MABEL CHILTERN. [Acercándose a LORD CAVERSHAM.] ¿Por qué llamas a Lord Goring bueno para nada?

una estatuilla de Tanagra, y estaría bastante molesta si se lo dijeran.]

LORD CAVERSHAM. Porque lleva una vida tan ociosa.

MABEL CHILTERN. ¿Cómo puedes decir tal cosa? Por qué, él cabalga en el Row a las diez de la mañana, va a la Ópera tres veces a la semana, se cambia de ropa al menos cinco veces al día, y cena fuera todas las noches de la temporada. ¿No llamas a eso llevar una vida ociosa, verdad?

LORD CAVERSHAM. [Mirándola con un brillo amable en sus ojos.] ¡Eres una joven muy encantadora!

MABEL CHILTERN. ¡Qué dulce de tu parte decir eso, Lord Caversham! Ven a vernos más a menudo. Sabes que siempre estamos en casa los miércoles, y te ves tan bien con tu estrella.

LORD CAVERSHAM. Ya no voy a ninguna parte. Harto de la Sociedad Londinense. No me importaría ser presentado a mi propio sastre; siempre vota por el lado correcto. Pero me opongo

rotundamente a ser enviado a cenar con la modista de mi esposa. Nunca pude soportar los sombreros de Lady Caversham.

MABEL CHILTERN. ¡Oh, amo la Sociedad Londinense! Creo que ha mejorado inmensamente. Ahora está compuesta enteramente por bellos idiotas y brillantes lunáticos. Justo lo que debería ser la Sociedad.

LORD CAVERSHAM. ¡Hum! ¿Y Goring? ¿Bello idiota, o la otra cosa?

MABEL CHILTERN. [Seria.] Me he visto obligada por el momento a poner a Lord Goring en una clase completamente por sí mismo. ¡Pero se está desarrollando encantadoramente!

LORD CAVERSHAM. ¿En qué?

MABEL CHILTERN. [Con una pequeña reverencia.] ¡Espero informarle muy pronto, Lord Caversham!

MASON. [Anunciando a los invitados.] Lady Markby. Sra. Cheveley.

[Entran LADY MARKBY y MRS. CHEVELEY. LADY MARKBY es una mujer agradable, amable y popular, con cabello gris à la marquesa y buen encaje. MRS. CHEVELEY, que la acompaña, es alta y más bien delgada. Labios muy finos y de color intenso, una línea de escarlata en un rostro pálido. Cabello rojo veneciano, nariz aguileña y cuello largo. El rouge acentúa la palidez natural de su tez. Ojos gris-verde que se mueven inquietos. Va vestida de heliotropo, con diamantes. Parece un poco una orquídea y despierta gran curiosidad. En todos sus movimientos es extremadamente graciosa. Una obra de arte, en general, pero mostrando la influencia de demasiadas escuelas.]

LADY MARKBY. ¡Buenas noches, querida Gertrude! ¡Qué amable de su parte dejarme traer a mi amiga, la Sra. Cheveley! Dos mujeres tan encantadoras deberían conocerse.

LADY CHILTERN. [Avanza hacia la SRA. CHEVELEY con una dulce sonrisa. Luego, de repente, se detiene y saluda de manera bastante distante.] Creo que la Sra. Cheveley y yo nos hemos encontrado antes. No sabía que se había casado por segunda vez.

LADY MARKBY. [Con genialidad.] Ah, hoy en día la gente se casa tantas veces como puede, ¿no es así? Es lo más de moda. [A la DUQUESA DE MARYBOROUGH.] Querida Duquesa, ¿y cómo está el Duque? El cerebro todavía débil, supongo. Bueno, eso es de esperar, ¿no es así? Su buen padre era justo igual. No hay nada como la raza, ¿verdad?

SRA. CHEVELEY. [Jugando con su abanico.] Pero, ¿realmente nos hemos encontrado antes, Lady Chiltern? No recuerdo dónde. He estado fuera de Inglaterra durante tanto tiempo.

LADY CHILTERN. Estuvimos juntas en la escuela, Sra. Cheveley.

SRA. CHEVELEY. [Desdeñosamente.] ¿De verdad? He olvidado todo sobre mis días de escuela. Tengo una vaga impresión de que fueron detestables.

LADY CHILTERN. [Fríamente.] ¡No me sorprende!

SRA. CHEVELEY. [De la manera más dulce.] ¿Sabe? Estoy bastante emocionada por conocer a su inteligente esposo, Lady Chiltern. Desde que ha estado en el Ministerio de Asuntos Exteriores, ha sido tan mencionado en Viena. Realmente logran escribir su nombre correctamente en los periódicos. Eso de por sí ya es fama, en el continente.

LADY CHILTERN. ¡Dudo mucho que haya mucho en común entre usted y mi esposo, Sra. Cheveley! [Se aleja.]

VIZCONDE DE NANJAC. ¡Ah! chère Madame, ¡qué sorpresa! No la he visto desde Berlín.

SRA. CHEVELEY. No desde Berlín, Vizconde. ¡Hace cinco años!

VIZCONDE DE NANJAC. Y estás más joven y bella que nunca. ¿Cómo lo logras?

SRA. CHEVELEY. Haciendo que sea una regla hablar solo con personas perfectamente encantadoras como tú.

VIZCONDE DE NANJAC. ¡Ah! Me halagas. Me untas mantequilla, como dicen aquí.

SRA. CHEVELEY. ¿Dicen eso aquí? ¡Qué terrible de su parte!

VIZCONDE DE NANJAC. Sí, tienen un lenguaje maravilloso. Debería ser más conocido.

[Entra SIR ROBERT CHILTERN. Un hombre de cuarenta años, pero parece algo más joven. Sin barba, con rasgos finamente cortados, cabello y ojos oscuros. Una personalidad destacada. No popular - pocas personalidades lo son. Pero intensamente admirado por unos pocos y profundamente respetado por muchos. La nota de su manera es la de una distinción perfecta, con un ligero toque de orgullo. Se siente que es consciente del éxito que ha logrado en la vida. Un temperamento nervioso, con un aspecto cansado. La boca y la barbilla firmemente esculpidas contrastan de manera llamativa con la expresión romántica en los ojos profundos. La discrepancia sugiere una separación casi completa de la pasión y el intelecto, como si el pensamiento y la emoción estuvieran aislados cada uno en su propia esfera por alguna violencia de la voluntad. Hay nerviosismo en las fosas nasales y en las manos pálidas, delgadas y puntiagudas. Sería inexacto llamarlo pintoresco. La pintoresquedad no puede sobrevivir a la Cámara de los Comunes. Pero a Vandyck le habría gustado pintar su cabeza.]

SIR ROBERT CHILTERN. ¡Buenas noches, Lady Markby! Espero que haya traído a Sir John con usted.

LADY MARKBY. ¡Oh! He traído a una persona mucho más encantadora que Sir John. El temperamento de Sir John, desde que ha tomado en serio la política, se ha vuelto completamente insoportable. Realmente, ahora que la Cámara de los Comunes intenta ser útil, hace mucho daño.

SIR ROBERT CHILTERN. Espero que no, Lady Markby. Al menos hacemos lo mejor que podemos para malgastar el tiempo público, ¿no es así? Pero, ¿quién es esta encantadora persona que ha tenido la amabilidad de traernos?

LADY MARKBY. Su nombre es Sra. Cheveley. Supongo que una de las Cheveleys de Dorsetshire. Pero realmente no lo sé. Las familias

están tan mezcladas hoy en día. De hecho, como regla general, todo el mundo resulta ser alguien más.

SIR ROBERT CHILTERN. ¿Sra. Cheveley? Me parece conocer el nombre.

LADY MARKBY. Acaba de llegar de Viena.

SIR ROBERT CHILTERN. ¡Ah! sí. Creo saber a quién se refiere.

LADY MARKBY. ¡Oh! ella va a todas partes allí, y tiene escándalos tan agradables sobre todos sus amigos. Realmente debo ir a Viena el próximo invierno. Espero que haya un buen chef en la Embajada.

SIR ROBERT CHILTERN. Si no lo hay, ciertamente tendrán que llamar al Embajador. Por favor, señáleme a la Sra. Cheveley. Me gustaría verla.

LADY MARKBY. Permítanme presentarles. [A la SRA. CHEVELEY.] ¡Querida, Sir Robert Chiltern muere por conocerte!

SIR ROBERT CHILTERN. [Haciendo una reverencia.] Todo el mundo muere por conocer a la brillante Sra. Cheveley. Nuestros agregados en Viena no nos escriben sobre otra cosa.

SRA. CHEVELEY. Gracias, Sir Robert. Un conocimiento que comienza con un cumplido seguramente se desarrollará en una verdadera amistad. Empieza de la manera correcta. Y descubro que ya conozco a Lady Chiltern.

SIR ROBERT CHILTERN. ¿De veras?

SRA. CHEVELEY. Sí. Ella acaba de recordarme que estuvimos juntas en la escuela. Lo recuerdo perfectamente ahora. Siempre obtuvo el premio a la buena conducta. ¡Tengo un recuerdo muy claro de que Lady Chiltern siempre obtenía el premio a la buena conducta!

SIR ROBERT CHILTERN. [Sonriendo.] ¿Y qué premios obtuvo usted, Sra. Cheveley?

SRA. CHEVELEY. Mis premios llegaron un poco más tarde en la vida. No creo que ninguno de ellos fuera por buena conducta.

¡Olvidé!

SIR ROBERT CHILTERN. ¡Estoy seguro de que fueron por algo encantador!

SRA. CHEVELEY. No sé si las mujeres siempre son recompensadas por ser encantadoras. ¡Creo que usualmente son castigadas por ello! Ciertamente, hoy en día, más mujeres envejecen por la fidelidad de sus admiradores que por cualquier otra cosa. Al menos esa es la única manera en que puedo explicar el aspecto terriblemente demacrado de la mayoría de sus mujeres bonitas en Londres.

SIR ROBERT CHILTERN. ¡Qué filosofía tan espantosa suena! Intentar clasificarla a usted, Sra. Cheveley, sería una impertinencia. Pero, ¿puedo preguntar, en el fondo, es usted optimista o pesimista? Esas parecen ser las únicas dos religiones de moda que nos quedan hoy en día.

SRA. CHEVELEY. Oh, no soy ninguna de las dos. El optimismo comienza con una gran sonrisa, y el pesimismo termina con gafas azules. Además, ambos son simplemente poses.

SIR ROBERT CHILTERN. ¿Prefiere ser natural?

SRA. CHEVELEY. A veces. Pero es una pose muy difícil de mantener.

SIR ROBERT CHILTERN. ¿Qué dirían esos novelistas psicológicos modernos, de los que tanto oímos hablar, sobre una teoría como esa?

SRA. CHEVELEY. ¡Ah! La fuerza de las mujeres proviene del hecho de que la psicología no puede explicarnos. Los hombres pueden ser analizados, las mujeres... simplemente adoradas.

SIR ROBERT CHILTERN. ¿Cree que la ciencia no puede lidiar con el problema de las mujeres?

SRA. CHEVELEY. La ciencia nunca puede lidiar con lo irracional. Por eso no tiene futuro ante sí, en este mundo.

SIR ROBERT CHILTERN. Y las mujeres representan lo irracional.

SRA. CHEVELEY. Las mujeres bien vestidas lo hacen.

SIR ROBERT CHILTERN. [Con una reverencia educada.] Me temo que difícilmente podría estar de acuerdo con usted ahí. Pero, por favor, siéntese. Y ahora dígame, ¿qué la hace dejar su brillante Viena por nuestro sombrío Londres, o quizás la pregunta es indiscreta?

SRA. CHEVELEY. Las preguntas nunca son indiscretas. Las respuestas a veces sí lo son.

SIR ROBERT CHILTERN. Bueno, de todos modos, ¿puedo saber si es por política o por placer?

SRA. CHEVELEY. La política es mi único placer. Verás, hoy en día no está de moda coquetear hasta que se tiene cuarenta, o ser romántico hasta que se tiene cuarenta y cinco, así que nosotras, las pobres mujeres que estamos por debajo de los treinta, o decimos que lo estamos, no tenemos otra opción abierta que la política o la filantropía. Y la filantropía me parece que se ha convertido simplemente en el refugio de personas que desean molestar a sus semejantes. Prefiero la política. Creo que son más... apropiadas.

SIR ROBERT CHILTERN. ¡Una vida política es una carrera noble!

SRA. CHEVELEY. A veces. Y a veces es un juego astuto, Sir Robert. Y a veces es una gran molestia.

SIR ROBERT CHILTERN. ¿Cuál encuentra usted?

SRA. CHEVELEY. Yo? Una combinación de las tres. [Deja caer su abanico.]

SIR ROBERT CHILTERN. [Recoge el abanico.] Permítame.

SRA. CHEVELEY. Gracias.

SIR ROBERT CHILTERN. Pero aún no me ha dicho qué la hace honrar a Londres tan repentinamente. Nuestra temporada está casi terminada.

SRA. CHEVELEY. ¡Oh! No me importa la temporada de Londres. Es demasiado matrimonial. La gente o busca esposos o se esconde de ellos. Quería conocerlo a usted. Es completamente cierto. Sabes cuál

es la curiosidad de una mujer. Casi tan grande como la de un hombre. Quería conocerlo inmensamente y... pedirle que hiciera algo por mí.

SIR ROBERT CHILTERN. Espero que no sea una cosa pequeña, Sra. Cheveley. Encuentro que las cosas pequeñas son tan difíciles de hacer.

SRA. CHEVELEY. [Tras un momento de reflexión.] No, no creo que sea una cosa pequeña.

SIR ROBERT CHILTERN. Me alegro. Dígame qué es.

SRA. CHEVELEY. Más tarde. [Se levanta.] ¿Y ahora puedo recorrer su hermosa casa? He oído que sus cuadros son encantadores. El pobre Barón Arnheim, ¿recuerdas al Barón? solía decirme que usted tenía unos Corots maravillosos.

SIR ROBERT CHILTERN. [Con un inicio casi imperceptible.] ¿Conocía bien al Barón Arnheim?

SRA. CHEVELEY. [Sonriendo.] Íntimamente. ¿Y usted?

SIR ROBERT CHILTERN. En un tiempo.

SRA. CHEVELEY. Hombre maravilloso, ¿no es cierto?

SIR ROBERT CHILTERN. [Tras una pausa.] Era muy notable, de muchas maneras.

SRA. CHEVELEY. A menudo pienso que es una lástima que nunca escribiera sus memorias. Habrían sido muy interesantes.

SIR ROBERT CHILTERN. Sí: conocía bien a los hombres y las ciudades, como el antiguo griego.

SRA. CHEVELEY. Sin la terrible desventaja de tener una Penélope esperando en casa por él.

MASON. Lord Goring.

[Entra LORD GORING. Treinta y cuatro años, pero siempre dice que es más joven. Una cara bien educada, sin expresión. Es inteligente, pero no le gustaría que se pensara así. Un dandi

impecable, se molestaría si se le considerara romántico. Juega con la vida y está en términos perfectamente buenos con el mundo. Le gusta ser malinterpretado. Le da una posición ventajosa.]

SIR ROBERT CHILTERN. ¡Buenas noches, mi querido Arthur! Sra. Cheveley, permítame presentarle a Lord Goring, el hombre más ocioso de Londres.

SRA. CHEVELEY. Ya he conocido a Lord Goring antes.

LORD GORING. [Haciendo una reverencia.] No pensé que me recordaría, Sra. Cheveley.

SRA. CHEVELEY. Mi memoria está bajo un control admirable. ¿Y todavía es soltero?

LORD GORING. Yo... creo que sí.

SRA. CHEVELEY. ¡Qué romántico!

LORD GORING. ¡Oh! No soy para nada romántico. No tengo la edad suficiente. Dejo el romanticismo para mis mayores.

SIR ROBERT CHILTERN. Lord Goring es el resultado del Club Booodle, Sra. Cheveley.

SRA. CHEVELEY. Refleja todo el crédito sobre la institución.

LORD GORING. ¿Puedo preguntar si va a quedarse en Londres por mucho tiempo?

SRA. CHEVELEY. Eso depende en parte del clima, en parte de la cocina y en parte de Sir Robert.

SIR ROBERT CHILTERN. No nos va a sumergir en una guerra europea, espero.

SRA. CHEVELEY. ¡No hay peligro, por el momento!

[Ella asiente a LORD GORING, con una mirada de diversión en sus ojos, y sale con SIR ROBERT CHILTERN. LORD GORING se pasea hasta MABEL CHILTERN.]

MABEL CHILTERN. ¡Has llegado muy tarde!

LORD GORING. ¿Me has extrañado?

MABEL CHILTERN. ¡Terriblemente!

LORD GORING. Entonces lamento no haberme quedado más tiempo. Me gusta ser extrañado.

MABEL CHILTERN. ¡Qué egoísta de tu parte!

LORD GORING. Soy muy egoísta.

MABEL CHILTERN. Siempre me estás hablando de tus malas cualidades, Lord Goring.

LORD GORING. Solo te he contado la mitad de ellas hasta ahora, Miss Mabel.

MABEL CHILTERN. ¿Las otras son muy malas?

LORD GORING. ¡Terribles! Cuando pienso en ellas por la noche, me duermo enseguida.

MABEL CHILTERN. Bueno, me encantan tus malas cualidades. No querría que te deshicieras de ninguna de ellas.

LORD GORING. ¡Qué amable de tu parte! Pero tú siempre eres amable. Por cierto, quiero hacerte una pregunta, Srta. Mabel. ¿Quién trajo a la Sra. Cheveley aquí? Esa mujer de heliotropo que acaba de salir de la habitación con tu hermano.

MABEL CHILTERN. Oh, creo que Lady Markby la trajo. ¿Por qué preguntas?

LORD GORING. No la he visto en años, eso es todo.

MABEL CHILTERN. ¡Qué razón más absurda!

LORD GORING. Todas las razones son absurdas.

MABEL CHILTERN. ¿Qué tipo de mujer es ella?

LORD GORING. ¡Oh! Un genio durante el día y una belleza por la noche.

MABEL CHILTERN. Ya no me gusta.

LORD GORING. Eso demuestra tu admirable buen gusto.

VIZCONDE DE NANJAC. [Acercándose.] Ah, la joven inglesa es el dragón del buen gusto, ¿no es así? El dragón del buen gusto.

LORD GORING. Eso es lo que los periódicos siempre nos dicen.

VIZCONDE DE NANJAC. Leo todos sus periódicos ingleses. Los encuentro tan divertidos.

LORD GORING. Entonces, mi querido Nanjac, ciertamente debes leer entre líneas.

VIZCONDE DE NANJAC. Me gustaría, pero mi profesor se opone. [A MABEL CHILTERN.] ¿Me permite el placer de acompañarla al salón de música, Mademoiselle?

MABEL CHILTERN. [Viéndose muy decepcionada.] Encantada, Vizconde, ¡totalmente encantada! [Volviéndose hacia LORD GORING.] ¿No vienes al salón de música?

LORD GORING. No si va a haber música, Srta. Mabel.

MABEL CHILTERN. [Severamente.] La música está en alemán. No la entenderías.

[Se va con el VIZCONDE DE NANJAC. LORD CAVERSHAM se acerca a su hijo.]

LORD CAVERSHAM. ¡Vaya, señor! ¿Qué haces aquí? ¡Malgastando tu vida como siempre! Deberías estar en la cama, señor. ¡Te acuestas muy tarde! Te oí el otro noche en casa de Lady Rufford, bailando hasta las cuatro de la mañana.

LORD GORING. Solo hasta las cuatro menos cuarto, padre.

LORD CAVERSHAM. No entiendo cómo soportas la sociedad londinense. La cosa se ha ido a los perros, un montón de malditos don nadies hablando de nada.

LORD GORING. Me encanta hablar de nada, padre. Es lo único sobre lo que sé algo.

LORD CAVERSHAM. Me parece que vives enteramente para el placer.

LORD GORING. ¿Para qué más vivir, padre? Nada envejece como la felicidad.

LORD CAVERSHAM. Eres insensible, señor, ¡muy insensible!

LORD GORING. Espero que no, padre. ¡Buenas noches, Lady Basildon!

LADY BASILDON. [Arqueando dos bonitas cejas.] ¿Estás aquí? No tenía idea de que vinieras a fiestas políticas.

LORD GORING. Adoro las fiestas políticas. Son el único lugar que nos queda donde la gente no habla de política.

LADY BASILDON. Me encanta hablar de política. Hablo de ellas todo el día. Pero no soporto escucharlas. No sé cómo los desafortunados hombres en la Cámara soportan estos largos debates.

LORD GORING. Nunca escuchando.

LADY BASILDON. ¿De verdad?

LORD GORING. [De la manera más seria.] Por supuesto. Verás, escuchar es muy peligroso. Si uno escucha, puede ser convencido; y un hombre que se deja convencer por un argumento es una persona completamente irracional.

LADY BASILDON. ¡Ah! eso explica tanto en los hombres que nunca he entendido, y tanto en las mujeres que sus maridos nunca aprecian en ellas.

SRA. MARCHMONT. [Con un suspiro.] Nuestros maridos nunca aprecian nada en nosotras. Tenemos que buscar apreciación en otros.

LADY BASILDON. [Enfáticamente.] Sí, siempre en otros, ¿no es así?

LORD GORING. [Sonriendo.] Y esas son las opiniones de las dos damas que se sabe que tienen los maridos más admirables de Londres.

SRA. MARCHMONT. Eso es exactamente lo que no podemos soportar. Mi Reginald es completamente insoportablemente perfecto. ¡Realmente es insoportable, a veces! No hay el menor elemento de emoción en conocerlo.

LORD GORING. ¡Qué terrible! Realmente, la cosa debería ser más ampliamente conocida!

LADY BASILDON. Basildon es igual de malo; es tan doméstico como si fuera soltero.

SRA. MARCHMONT. [Presionando la mano de LADY BASILDON.] ¡Pobre Olivia! Nos hemos casado con maridos perfectos y estamos bien castigadas por ello.

LORD GORING. Hubiera pensado que son los maridos los que están castigados.

SRA. MARCHMONT. [Erguiéndose.] ¡Oh, por favor, no! ¡Están tan felices como es posible! Y en cuanto a confiar en nosotras, es trágico cuánto confían en nosotras.

LADY BASILDON. ¡Perfectamente trágico!

LORD GORING. ¿O cómico, Lady Basildon?

LADY BASILDON. Ciertamente no cómico, Lord Goring. ¡Qué poco amable de tu parte sugerir tal cosa!

SRA. MARCHMONT. Me temo que Lord Goring está en el bando del enemigo, como de costumbre. Lo vi hablando con esa Sra. Cheveley cuando entró.

LORD GORING. Una mujer atractiva, la Sra. Cheveley.

LADY BASILDON. [Secamente.] Por favor, no elogies a otras mujeres en nuestra presencia. Podrías esperar a que nosotras lo hiciéramos.

LORD GORING. Esperé.

SRA. MARCHMONT. Bueno, nosotras no vamos a elogiarla. Escuché que fue a la Ópera el lunes por la noche y le dijo a Tommy Rufford en la cena que, por lo que ella podía ver, la Sociedad de Londres estaba completamente compuesta por mujeres desaliñadas y dandis.

LORD GORING. Tiene bastante razón. Los hombres son todos desaliñados y las mujeres son todas dandis, ¿no es así?

SRA. MARCHMONT. [Después de una pausa.] ¡Oh! ¿Realmente piensas que eso es lo que quiso decir la Sra. Cheveley?

LORD GORING. Por supuesto. Y un comentario muy sensato de la Sra. Cheveley, además.

[Entra MABEL CHILTERN. Se une al grupo.]

MABEL CHILTERN. ¿Por qué están hablando de la Sra. Cheveley? ¡Todo el mundo está hablando de la Sra. Cheveley! Lord Goring dice - ¿qué dijiste, Lord Goring, sobre la Sra. Cheveley? ¡Ah! Recuerdo, que era un genio durante el día y una belleza por la noche.

LADY BASILDON. ¡Qué combinación tan horrible! Tan antinatural.

SRA. MARCHMONT. [De la manera más soñadora.] Me gusta mirar a los genios y escuchar a las personas hermosas.

LORD GORING. ¡Ah! eso es morboso de tu parte, Sra. Marchmont.

SRA. MARCHMONT. [Iluminándose con una mirada de verdadero placer.] Me alegra tanto escucharte decir eso. Marchmont y yo hemos estado casados durante siete años, y ni una sola vez me ha dicho que era morbosa. ¡Los hombres son tan dolorosamente inobservantes!

LADY BASILDON. [Volviéndose hacia ella.] Siempre he dicho, querida Margaret, que eras la persona más morbosa de Londres.

SRA. MARCHMONT. ¡Ah! pero tú siempre eres comprensiva, Olivia.

MABEL CHILTERN. ¿Es morboso tener deseo de comida? Tengo un gran deseo de comida. Lord Goring, ¿me invitas a cenar?

LORD GORING. Con placer, Srta. Mabel. [Se aleja con ella.]

MABEL CHILTERN. ¡Qué horrible has sido! ¡No has hablado conmigo en toda la noche!

LORD GORING. ¿Cómo podría? Te fuiste con el niño diplomático.

MABEL CHILTERN. Podrías habernos seguido. La persecución habría sido solo cortesía. ¡No creo que me gustes en absoluto esta noche!

LORD GORING. Te aprecio inmensamente.

MABEL CHILTERN. Bueno, ¡me gustaría que lo mostraras de una manera más notable! [Bajan las escaleras.]

SRA. MARCHMONT. Olivia, tengo una sensación curiosa de desmayo absoluto. Creo que me gustaría mucho cenar. Sé que me gustaría cenar.

LADY BASILDON. ¡Estoy muriéndome por cenar, Margaret!

SRA. MARCHMONT. Los hombres son tan horriblemente egoístas, nunca piensan en estas cosas.

LADY BASILDON. ¡Los hombres son groseramente materiales, groseramente materiales!

[El VIZCONDE DE NANJAC entra desde la sala de música con otros invitados. Después de haber examinado cuidadosamente a todas las personas presentes, se acerca a LADY BASILDON.]

VIZCONDE DE NANJAC. ¿Me permite el honor de llevarla a cenar, Condesa?

LADY BASILDON. [Fríamente.] Nunca ceno, gracias, Vizconde. [El VIZCONDE está a punto de retirarse. Viendo esto, LADY BASILDON se levanta de inmediato y toma su brazo.] Pero bajaré contigo con placer.

VIZCONDE DE NANJAC. ¡Me encanta comer! Soy muy inglés en todos mis gustos.

LADY BASILDON. Te ves bastante inglés, Vizconde, bastante inglés.

[Salen. El SR. MONTFORD, un joven dandi perfectamente arreglado, se acerca a la SRA. MARCHMONT.]

SR. MONTFORD. ¿Le gustaría cenar, Sra. Marchmont?

SRA. MARCHMONT. [Lánguidamente.] Gracias, Sr. Montford, nunca toco la cena. [Se levanta apresuradamente y toma su brazo.] Pero me sentaré a tu lado y te observaré.

SR. MONTFORD. ¡No sé si me gusta que me observen cuando estoy comiendo!

SRA. MARCHMONT. Entonces observaré a alguien más.

SR. MONTFORD. Tampoco sé si eso me gustaría.

SRA. MARCHMONT. [Severamente.] Por favor, Sr. Montford, ¡no haga estas dolorosas escenas de celos en público!

[Bajan las escaleras con los otros invitados, pasando por SIR ROBERT CHILTERN y la SRA. CHEVELEY, que ahora entran.]

SIR ROBERT CHILTERN. ¿Y va a ir a alguna de nuestras casas de campo antes de dejar Inglaterra, Sra. Cheveley?

SRA. CHEVELEY. ¡Oh, no! No soporto las reuniones en casas de campo inglesas. En Inglaterra, la gente realmente trata de ser brillante en el desayuno. ¡Eso es tan terrible de su parte! Solo las personas aburridas son brillantes en el desayuno. Y luego el esqueleto de la familia siempre está leyendo las oraciones familiares. Mi estancia en Inglaterra realmente depende de usted, Sir Robert. [Se sienta en el sofá.]

SIR ROBERT CHILTERN. [Tomando asiento junto a ella.] ¿En serio?

SRA. CHEVELEY. Completamente en serio. Quiero hablarle sobre un gran esquema político y financiero, sobre la Compañía del Canal de Argentina, de hecho.

SIR ROBERT CHILTERN. ¡Qué tema tan tedioso y práctico para que usted hable, Sra. Cheveley!

SRA. CHEVELEY. Oh, me gustan los temas tediosos y prácticos. Lo que no me gusta son las personas tediosas y prácticas. Hay una gran diferencia. Además, sé que usted está interesado en los esquemas de canales internacionales. Usted fue secretario de Lord Radley, ¿no es así, cuando el Gobierno compró las acciones del Canal de Suez?

SIR ROBERT CHILTERN. Sí. Pero el Canal de Suez fue una empresa muy grande y espléndida. Nos dio nuestra ruta directa a la India. Tenía valor imperial. Era necesario que tuviéramos el control. Este esquema argentino es un timo común de la Bolsa de Valores.

SRA. CHEVELEY. ¡Una especulación, Sir Robert! Una especulación brillante y atrevida.

SIR ROBERT CHILTERN. Créame, Sra. Cheveley, es un fraude. Llamemos a las cosas por su nombre. Eso simplifica las cosas. Tenemos toda la información al respecto en el Ministerio de Asuntos Exteriores. De hecho, envié una Comisión especial para investigar el asunto de forma privada, y reportan que apenas han comenzado las obras, y en cuanto al dinero ya suscrito, nadie parece saber qué ha sido de él. Todo el asunto es un segundo Panamá, y sin una cuarta parte de las posibilidades de éxito que tuvo ese miserable asunto. Espero que no haya invertido en ello. Estoy seguro de que es demasiado inteligente para haberlo hecho.

SRA. CHEVELEY. He invertido mucho en ello.

SIR ROBERT CHILTERN. ¿Quién podría haberle aconsejado hacer algo tan insensato?

SRA. CHEVELEY. Su viejo amigo, y el mío.

SIR ROBERT CHILTERN. ¿Quién?

SRA. CHEVELEY. El Barón Arnheim.

SIR ROBERT CHILTERN. [Frunciendo el ceño.] ¡Ah! sí. Recuerdo haber oído, en el momento de su muerte, que había estado involucrado en todo el asunto.

SRA. CHEVELEY. Fue su última aventura romántica. Su penúltima, para ser justos.

SIR ROBERT CHILTERN. [Levantándose.] Pero aún no ha visto mis Corots. Están en el salón de música. Los Corots parecen ir con la música, ¿no es así? ¿Puedo mostrárselos?

SRA. CHEVELEY. [Negando con la cabeza.] Esta noche no estoy de humor para crepúsculos plateados ni amaneceres rosados. Quiero hablar de negocios. [Le hace señas con su abanico para que se siente de nuevo a su lado.]

SIR ROBERT CHILTERN. Me temo que no tengo ningún consejo que darle, Sra. Cheveley, excepto que se interese en algo menos peligroso. El éxito del Canal, por supuesto, depende de la actitud de Inglaterra, y voy a presentar el informe de los Comisionados ante la Cámara mañana por la noche.

SRA. CHEVELEY. Eso no debe hacer. En su propio interés, Sir Robert, por no hablar del mío, no debe hacer eso.

SIR ROBERT CHILTERN. [Mirándola sorprendido.] ¿En mi propio interés? Mi querida Sra. Cheveley, ¿qué quiere decir? [Se sienta a su lado.]

SRA. CHEVELEY. Sir Robert, seré completamente franca con usted. Quiero que retire el informe que tenía la intención de presentar ante la Cámara, bajo el pretexto de que tiene razones para creer que los Comisionados han sido parciales o mal informados, o algo por el estilo. Luego quiero que diga unas palabras en el sentido de que el Gobierno va a reconsiderar la cuestión, y que tiene motivos para creer que el Canal, si se completa, será de gran valor internacional. Usted sabe el tipo de cosas que dicen los ministros en casos de este tipo. Unas pocas platinas ordinarias servirán. En la vida moderna

nada produce tal efecto como una buena platitude. Hace que todo el mundo sea pariente. ¿Hará eso por mí?

SIR ROBERT CHILTERN. Sra. Cheveley, ino puede estar hablando en serio al hacerme tal propuesta!

SRA. CHEVELEY. Estoy completamente seria.

SIR ROBERT CHILTERN. [Fríamente.] Permítame creer que no lo está.

SRA. CHEVELEY. [Hablando con gran deliberación y énfasis.] ¡Ah! pero sí lo estoy. Y si hace lo que le pido, yo... le pagaré muy generosamente.

SIR ROBERT CHILTERN. ¿Pagarme?

SRA. CHEVELEY. Sí.

SIR ROBERT CHILTERN. Me temo que no entiendo bien a qué se refiere.

SRA. CHEVELEY. [Recostándose en el sofá y mirándolo.] ¡Qué decepcionante! Y he venido todo el camino desde Viena para que usted me entienda completamente.

SIR ROBERT CHILTERN. Me temo que no lo hago.

SRA. CHEVELEY. [De la manera más despreocupada.] Mi querido Sir Robert, usted es un hombre de mundo, y tiene su precio, supongo. Hoy en día todos lo tienen. El inconveniente es que la mayoría de las personas son terriblemente caras. Sé que yo lo soy. Espero que sea más razonable en sus términos.

SIR ROBERT CHILTERN. [Se levanta indignado.] Si me permite, llamaré a su carruaje. Ha vivido tanto tiempo en el extranjero, Sra. Cheveley, que parece ser incapaz de darse cuenta de que está hablando con un caballero inglés.

SRA. CHEVELEY. [Lo detiene tocándole el brazo con su abanico, y manteniéndolo ahí mientras habla.] Me doy cuenta de que estoy hablando con un hombre que sentó las bases de su fortuna vendiendo a un especulador de la Bolsa un secreto de gabinete.

SIR ROBERT CHILTERN. [Mordiéndose el labio.] ¿Qué quiere decir?

SRA. CHEVELEY. [Levantándose y enfrentándose a él.] Quiero decir que conozco el verdadero origen de su riqueza y su carrera, y también tengo su carta.

SIR ROBERT CHILTERN. ¿Qué carta?

SRA. CHEVELEY. [Desdeñosamente.] La carta que escribí al Barón Arnheim, cuando era secretario de Lord Radley, diciéndole al Barón que comprara acciones del Canal de Suez - una carta escrita tres días antes de que el Gobierno anunciara su propia compra.

SIR ROBERT CHILTERN. [Roncamente.] No es verdad.

SRA. CHEVELEY. Pensó que esa carta había sido destruida. ¡Qué ingenuo de su parte! Está en mi posesión.

SIR ROBERT CHILTERN. El asunto al que usted alude no fue más que una especulación. La Cámara de los Comunes aún no había pasado el proyecto de ley; podría haber sido rechazado.

SRA. CHEVELEY. Fue un fraude, Sir Robert. Llamemos a las cosas por su nombre. Eso simplifica todo. Y ahora voy a venderle esa carta, y el precio que pido por ella es su apoyo público al esquema argentino. Usted hizo su propia fortuna con un canal. Debe ayudarme a mí y a mis amigos a hacer nuestras fortunas con otro.

SIR ROBERT CHILTERN. Lo que propone es infame, ¡infame!

SRA. CHEVELEY. ¡Oh, no! Este es el juego de la vida como todos tenemos que jugarlo, Sir Robert, tarde o temprano.

SIR ROBERT CHILTERN. No puedo hacer lo que me pide.

SRA. CHEVELEY. Quiere decir que no puede evitar hacerlo. Sabe que está parado al borde de un precipicio. Y no es usted quien puede poner condiciones. Es usted quien debe aceptarlas. Suponiendo que se niegue...

SIR ROBERT CHILTERN. ¿Y luego?

SRA. CHEVELEY. Mi querido Sir Robert, ¿y luego? Está arruinado, eso es todo. Recuerde hasta qué punto su puritanismo en Inglaterra lo ha llevado. En los viejos tiempos, nadie pretendía ser ni un poco mejor que sus vecinos. De hecho, ser un poco mejor que uno de sus vecinos se consideraba excesivamente vulgar y de clase media. Hoy en día, con nuestra manía moderna por la moralidad, todos tienen que posar como un paradigma de pureza, incorruptibilidad y todas las otras siete virtudes mortales, ¿y cuál es el resultado? Todos caen como fichas de dominó, uno tras otro. No pasa un año en Inglaterra sin que alguien desaparezca. Los escándalos solían prestar encanto, o al menos interés, a un hombre; ahora lo aplastan. Y el suyo es un escándalo muy desagradable. No podría sobrevivirlo. Si se supiera que siendo un joven, secretario de un gran e importante ministro, vendió un secreto de gabinete por una gran suma de dinero y que ese fue el origen de su riqueza y carrera, sería expulsado de la vida pública, desaparecería por completo. Y después de todo, Sir Robert, ¿por qué debería sacrificar todo su futuro en lugar de tratar diplomáticamente con su enemigo? Por el momento, soy su enemiga. ¡Lo admito! Y soy mucho más fuerte que usted. Los grandes batallones están de mi lado. Tiene una posición espléndida, pero es su posición espléndida lo que lo hace tan vulnerable. ¡No puede defenderla! Y yo estoy atacando. Por supuesto, no le he hablado de moralidad. Debe admitir con justicia que le he ahorrado eso. Hace años hizo algo astuto, sin escrúpulos; resultó un gran éxito. Le debe a eso su fortuna y posición. Y ahora tiene que pagar por ello. Tarde o temprano, todos tenemos que pagar por lo que hacemos. Tiene que pagar ahora. Antes de dejarlo esta noche, tiene que prometerme suprimir su informe y hablar en la Cámara a favor de este esquema.

SIR ROBERT CHILTERN. Lo que pide es imposible.

SRA. CHEVELEY. Debe hacerlo posible. Va a hacerlo posible. Sir Robert, sabe cómo son los periódicos ingleses. Suponga que al salir de esta casa conduzca a alguna oficina de periódicos y les dé este escándalo y las pruebas de él. Piense en su despreciable alegría, en el deleite que tendrían al derribarlo, en el lodo y el cieno en el que lo

sumergirían. Piense en el hipócrita con su sonrisa grasienta escribiendo su editorial y arreglando la suciedad del cartel público.

SIR ROBERT CHILTERN. ¡Basta! ¿Quiere que retire el informe y haga un breve discurso diciendo que creo que hay posibilidades en el esquema?

SRA. CHEVELEY. [Sentándose en el sofá.] Esos son mis términos.

SIR ROBERT CHILTERN. [En voz baja.] Le daré cualquier suma de dinero que desee.

SRA. CHEVELEY. Ni siquiera usted es lo suficientemente rico, Sir Robert, para comprar su pasado. Ningún hombre lo es.

SIR ROBERT CHILTERN. No haré lo que me pide. No lo haré.

SRA. CHEVELEY. Tiene que hacerlo. Si no... [Se levanta del sofá.]

SIR ROBERT CHILTERN. [Desconcertado y desanimado.] ¡Espere un momento! ¿Qué propuso? Dijo que me devolvería mi carta, ¿no es así?

SRA. CHEVELEY. Sí. Eso está acordado. Estaré en la Galería de Damas mañana por la noche a las once y media. Si para ese momento - y habrá tenido montones de oportunidades - ha hecho un anuncio a la Cámara en los términos que deseo, le devolveré su carta con los más bonitos agradecimientos y el mejor, o al menos el más adecuado, cumplido que pueda pensar. Tengo la intención de jugar bastante limpio con usted. Uno siempre debe jugar limpio... cuando tiene las cartas ganadoras. El Barón me enseñó eso... entre otras cosas.

SIR ROBERT CHILTERN. Debe darme tiempo para considerar su propuesta.

SRA. CHEVELEY. No; ¡debe decidir ahora!

SIR ROBERT CHILTERN. Deme una semana - ¡tres días!

SRA. CHEVELEY. ¡Imposible! Tengo que telegrafiar a Viena esta noche.

SIR ROBERT CHILTERN. ¡Dios mío! ¿Qué la trajo a mi vida?

SRA. CHEVELEY. Circunstancias. [Se dirige hacia la puerta.]

SIR ROBERT CHILTERN. No se vaya. Acepto. El informe será retirado. Organizaré que se me haga una pregunta sobre el tema.

SRA. CHEVELEY. Gracias. Sabía que llegaríamos a un acuerdo amistoso. Entendí su naturaleza desde el principio. Lo analicé, aunque usted no me adoraba. Y ahora puede conseguir mi carruaje, Sir Robert. Veo a la gente subiendo de la cena, y los ingleses siempre se ponen románticos después de una comida, y eso me aburre terriblemente. [Sale SIR ROBERT CHILTERN.]

[Entran los Invitados, LADY CHILTERN, LADY MARKBY, LORD CAVERSHAM, LADY BASILDON, SRA. MARCHMONT, VIZCONDE DE NANJAC, SR. MONTFORD.]

LADY MARKBY. Bueno, querida Sra. Cheveley, espero que se haya divertido. Sir Robert es muy entretenido, ¿no es así?

SRA. CHEVELEY. ¡Sumamente entretenido! He disfrutado mucho nuestra conversación.

LADY MARKBY. Ha tenido una carrera muy interesante y brillante. Y ha casado con una esposa más admirable. Lady Chiltern es una mujer de los principios más altos, me alegra decir. Yo ya soy un poco mayor para preocuparme por dar un buen ejemplo, pero siempre admiro a las personas que lo hacen. Y Lady Chiltern tiene un efecto muy ennoblecido en la vida, aunque sus cenas son a veces un poco aburridas. Pero no se puede tener todo, ¿verdad? Y ahora debo irme, querida. ¿Te paso a buscar mañana?

SRA. CHEVELEY. Gracias.

LADY MARKBY. Podríamos pasear en el parque a las cinco. ¡Todo se ve tan fresco en el parque ahora!

SRA. CHEVELEY. ¡Excepto las personas!

LADY MARKBY. Quizás las personas estén un poco cansadas. He observado a menudo que la temporada a medida que avanza

produce una especie de ablandamiento del cerebro. Sin embargo, creo que cualquier cosa es mejor que una alta presión intelectual. Es lo más poco favorecedor que hay. Hace que las narices de las jóvenes sean particularmente grandes. Y no hay nada tan difícil de casar como una nariz grande; a los hombres no les gustan. ¡Buenas noches, querida! [A LADY CHILTERN.] ¡Buenas noches, Gertrude! [Sale del brazo de LORD CAVERSHAM.]

SRA. CHEVELEY. ¡Qué encantadora casa tienes, Lady Chiltern! He pasado una noche deliciosa. Ha sido tan interesante conocer a tu esposo.

LADY CHILTERN. ¿Por qué querías conocer a mi esposo, Sra. Cheveley?

SRA. CHEVELEY. Oh, te lo diré. Quería interesarlo en este esquema del Canal Argentino, del cual supongo has oído hablar. Y lo encontré muy susceptible, - susceptible a la razón, quiero decir. Una rareza en un hombre. Lo convertí en diez minutos. Va a hacer un discurso en la Cámara mañana por la noche a favor de la idea. ¡Debemos ir a la Galería de Damas y escucharlo! Será una gran ocasión.

LADY CHILTERN. Debe haber algún error. Ese esquema nunca podría tener el apoyo de mi esposo.

SRA. CHEVELEY. Oh, te aseguro que todo está arreglado. No lamento mi tedioso viaje desde Viena ahora. Ha sido un gran éxito. Pero, por supuesto, durante las próximas veinticuatro horas todo el asunto es un secreto absoluto.

LADY CHILTERN. [Suavemente.] ¿Un secreto? ¿Entre quién?

SRA. CHEVELEY. [Con un destello de diversión en sus ojos.] Entre tu esposo y yo.

SIR ROBERT CHILTERN. [Entrando.] Tu carruaje está aquí, Sra. Cheveley.

SRA. CHEVELEY. ¡Gracias! ¡Buenas noches, Lady Chiltern! ¡Buenas noches, Lord Goring! Estoy en Claridge's. ¿No crees que podrías

dejar una tarjeta?

LORD GORING. Si lo deseas, Sra. Cheveley.

SRA. CHEVELEY. Oh, no seas tan solemne al respecto, o me veré obligada a dejar una tarjeta sobre ti. En Inglaterra, supongo que eso difícilmente sería considerado EN REGLE. En el extranjero, somos más civilizados. ¿Me acompañas abajo, Sir Robert? Ahora que ambos tenemos los mismos intereses en el corazón, espero que seremos grandes amigos.

[Sale del brazo de SIR ROBERT CHILTERN. LADY CHILTERN va a la parte superior de la escalera y los mira bajar. Su expresión es preocupada. Después de un tiempo se une a algunos de los invitados y pasa con ellos a otro salón de recepción.]

MABEL CHILTERN. ¡Qué mujer tan horrible!

LORD GORING. Deberías ir a la cama, Srta. Mabel.

MABEL CHILTERN. ¡Lord Goring!

LORD GORING. Mi padre me dijo que me fuera a la cama hace una hora. No veo por qué no debería darte el mismo consejo. Siempre paso los buenos consejos. Es lo único que se debe hacer con ellos. Nunca son de utilidad para uno mismo.

MABEL CHILTERN. Lord Goring, siempre me estás ordenando salir de la habitación. Creo que es muy valiente de tu parte. Especialmente porque no me voy a ir a la cama durante horas. [Se acerca al sofá.] Puedes venir y sentarte si quieres, y hablar sobre cualquier cosa en el mundo, excepto la Royal Academy, la Sra. Cheveley o novelas en dialecto escocés. No son temas que mejoren. [Ve algo que está tirado en el sofá medio escondido por el cojín.] ¿Qué es esto? ¡Alguien ha dejado caer un broche de diamantes! Es bastante bonito, ¿verdad? [Se lo muestra.] Ojalá fuera mío, pero Gertrude no me deja usar nada excepto perlas, y estoy completamente harta de perlas. Te hacen ver tan simple, tan buena y tan intelectual. Me pregunto de quién será el broche.

LORD GORING. Me pregunto quién lo habrá dejado caer.

MABEL CHILTERN. Es un broche hermoso.

LORD GORING. Es una pulsera bonita.

MABEL CHILTERN. No es una pulsera. Es un broche.

LORD GORING. Se puede usar como pulsera. [Lo toma de ella y, sacando un estuche de cartas verde, coloca cuidadosamente el adorno en él, y vuelve a colocar todo en su bolsillo del pecho con el más perfecto sang froid.]

MABEL CHILTERN. ¿Qué estás haciendo?

LORD GORING. Srta. Mabel, voy a hacerle una solicitud un tanto extraña.

MABEL CHILTERN. [Con entusiasmo.] ¡Oh, por favor hazlo! He estado esperándolo toda la noche.

LORD GORING. [Un poco desconcertado, pero se recupera.] No menciones a nadie que me he hecho cargo de este broche. Si alguien escribe y lo reclama, házmelo saber de inmediato.

MABEL CHILTERN. Es una solicitud extraña.

LORD GORING. Bueno, verás, le di este broche a alguien una vez, hace años.

MABEL CHILTERN. ¿Lo hiciste?

LORD GORING. Sí.

[LADY CHILTERN entra sola. Los otros invitados se han ido.]

MABEL CHILTERN. Entonces ciertamente te daré las buenas noches. ¡Buenas noches, Gertrude! [Sale.]

LADY CHILTERN. ¡Buenas noches, querida! [A LORD GORING.] ¿Viste a quién trajo Lady Markby aquí esta noche?

LORD GORING. Sí. Fue una sorpresa desagradable. ¿Para qué vino aquí?

LADY CHILTERN. Aparentemente para intentar atraer a Robert a apoyar algún esquema fraudulento en el que ella está interesada. El

Canal Argentino, de hecho.

LORD GORING. Se ha equivocado de persona, ¿no es así?

LADY CHILTERN. ¡Ella es incapaz de entender una naturaleza recta como la de mi esposo!

LORD GORING. Sí. Me imagino que se llevó un chasco si intentó atrapar a Robert en sus redes. Es extraordinario los asombrosos errores que cometen las mujeres inteligentes.

LADY CHILTERN. No llamo inteligentes a mujeres de ese tipo. ¡Las llamo estúpidas!

LORD GORING. A menudo es lo mismo. ¡Buenas noches, Lady Chiltern!

LADY CHILTERN. ¡Buenas noches!

[Entra SIR ROBERT CHILTERN.]

SIR ROBERT CHILTERN. Querido Arthur, ¿no te vas? ¡Quédate un poco más!

LORD GORING. Me temo que no puedo, gracias. He prometido pasar por casa de los Hartlocks. Creo que tienen una banda húngara malva que toca música húngara malva. Nos vemos pronto. ¡Adiós!

[Se va]

SIR ROBERT CHILTERN. ¡Qué hermosa te ves esta noche, Gertrude!

LADY CHILTERN. Robert, no es cierto, ¿verdad? No vas a prestar tu apoyo a esta especulación argentina. ¡No podrías!

SIR ROBERT CHILTERN. [Sorprendido.] ¿Quién te dijo que tenía la intención de hacerlo?

LADY CHILTERN. Esa mujer que acaba de salir, la Sra. Cheveley, como se llama ahora. Parecía burlarse de mí con eso. Robert, conozco a esta mujer. Tú no. Estuvimos juntas en la escuela. Era mentirosa, deshonesta, una influencia maligna para todos aquellos cuya confianza o amistad podía ganar. La odiaba, la despreciaba.

Robaba cosas, era una ladrona. La enviaron lejos por ser una ladrona. ¿Por qué dejas que te influencie?

SIR ROBERT CHILTERN. Gertrude, lo que me cuentas puede ser cierto, pero ocurrió hace muchos años. ¡Es mejor olvidarlo! La Sra. Cheveley puede haber cambiado desde entonces. Nadie debería ser juzgado enteramente por su pasado.

LADY CHILTERN. [Tristemente.] El pasado de uno es lo que uno es. Es la única forma en que las personas deberían ser juzgadas.

SIR ROBERT CHILTERN. ¡Eso es algo duro de decir, Gertrude!

LADY CHILTERN. Es una verdad, Robert. ¿Y qué quiso decir con alardear de que te había conseguido prestar tu apoyo, tu nombre, a algo que te he oído describir como el esquema más deshonesto y fraudulento que ha habido en la vida política?

SIR ROBERT CHILTERN. [Mordiéndose el labio.] Me equivoqué en la opinión que tenía. Todos podemos cometer errores.

LADY CHILTERN. Pero ayer me dijiste que habías recibido el informe de la Comisión y que condenaba por completo todo el asunto.

SIR ROBERT CHILTERN. [Caminando de un lado a otro.] Ahora tengo razones para creer que la Comisión estaba sesgada, o, al menos, mal informada. Además, Gertrude, la vida pública y privada son cosas diferentes. Tienen diferentes leyes y se mueven en diferentes líneas.

LADY CHILTERN. Ambas deberían representar al hombre en su punto más alto. No veo ninguna diferencia entre ellas.

SIR ROBERT CHILTERN. [Deteniéndose.] En el presente caso, en un asunto de política práctica, he cambiado de opinión. Eso es todo.

LADY CHILTERN. ¿Todo?

SIR ROBERT CHILTERN. [Seriamente.] ¡Sí!

LADY CHILTERN. ¡Robert! ¡Oh! Es horrible que tenga que hacerte una pregunta así: Robert, ¿me estás diciendo toda la verdad?

SIR ROBERT CHILTERN. ¿Por qué me haces una pregunta así?

LADY CHILTERN. [Después de una pausa.] ¿Por qué no la respondes?

SIR ROBERT CHILTERN. [Sentándose.] Gertrude, la verdad es algo muy complejo, y la política es un asunto muy complejo. Hay engranajes dentro de engranajes. Uno puede estar bajo ciertas obligaciones con las personas que debe cumplir. Tarde o temprano en la vida política uno tiene que comprometerse. Todos lo hacen.

LADY CHILTERN. ¿Comprometerse? Robert, ¿por qué hablas tan diferente esta noche de cómo siempre te he escuchado hablar? ¿Por qué has cambiado?

SIR ROBERT CHILTERN. No he cambiado. Pero las circunstancias alteran las cosas.

LADY CHILTERN. ¡Las circunstancias nunca deberían alterar los principios!

SIR ROBERT CHILTERN. Pero si te dijera...

LADY CHILTERN. ¿Qué?

SIR ROBERT CHILTERN. ¿Que era necesario, vitalmente necesario?

LADY CHILTERN. Nunca puede ser necesario hacer lo que no es honorable. O si es necesario, entonces, ¿qué es lo que he amado? Pero no lo es, Robert; dime que no lo es. ¿Por qué debería ser? ¿Qué ganarías? ¿Dinero? ¡No necesitamos eso! Y el dinero que viene de una fuente contaminada es una degradación. ¿Poder? Pero el poder en sí mismo no es nada. Es el poder para hacer el bien lo que es valioso, eso y solo eso. ¿Qué es entonces? Robert, dime por qué vas a hacer esta cosa deshonrosa.

SIR ROBERT CHILTERN. Gertrude, no tienes derecho a usar esa palabra. Te dije que era una cuestión de compromiso racional. No es más que eso.

LADY CHILTERN. Robert, eso está muy bien para otros hombres, para hombres que tratan la vida simplemente como una especulación sórdida; pero no para ti, Robert, no para ti. Eres diferente. Toda tu vida te has mantenido aparte de los demás. Nunca has dejado que el mundo te manche. Para el mundo, como para mí, siempre has sido un ideal. ¡Oh! sigue siendo ese ideal. Esa gran herencia no la desperdicies, esa torre de marfil no la destruyas. Robert, los hombres pueden amar lo que está por debajo de ellos, cosas indignas, manchadas, deshonradas. Nosotras, las mujeres, adoramos cuando amamos; y cuando perdemos nuestra adoración, lo perdemos todo. ¡Oh! no mates mi amor por ti, no mates eso.

SIR ROBERT CHILTERN. ¡Gertrude!

LADY CHILTERN. Sé que hay hombres con horribles secretos en sus vidas, hombres que han hecho algo vergonzoso, y que en algún momento crítico tienen que pagar por ello, haciendo algún otro acto de vergüenza. ¡Oh! no me digas que eres como ellos. Robert, ¿hay en tu vida algún deshonor o desgracia secreta? Dime, dímelo de una vez, que...

SIR ROBERT CHILTERN. ¿Que qué?

LADY CHILTERN. [Hablando muy lentamente.] Que nuestras vidas puedan separarse.

SIR ROBERT CHILTERN. ¿Separarnos?

LADY CHILTERN. Que estén completamente separadas. Sería mejor para ambos.

SIR ROBERT CHILTERN. Gertrude, no hay nada en mi vida pasada que tú no puedas saber.

LADY CHILTERN. Estaba segura de ello, Robert, estaba segura. ¿Pero por qué dijiste esas cosas terribles, cosas tan diferentes a tu verdadero ser? No volvamos a hablar nunca más del tema. Escribirás, ¿verdad?, a la Sra. Cheveley y le dirás que no puedes apoyar este escandaloso esquema suyo. Si le has dado alguna promesa debes retractarte, ¡eso es todo!

SIR ROBERT CHILTERN. ¿Debo escribirle y decirle eso?

LADY CHILTERN. Claro, Robert. ¿Qué otra cosa hay que hacer?

SIR ROBERT CHILTERN. Podría verla personalmente. Sería mejor.

LADY CHILTERN. Nunca debes volver a verla, Robert. No es una mujer con la que debas hablar. No es digna de hablar con un hombre como tú. No; debes escribirle de inmediato, ahora, en este momento, y deja que tu carta le muestre que tu decisión es completamente irrevocable.

SIR ROBERT CHILTERN. ¡Escribir en este momento!

LADY CHILTERN. Sí.

SIR ROBERT CHILTERN. Pero es muy tarde. Son casi las doce.

LADY CHILTERN. Eso no importa. Debe saber de inmediato que se ha equivocado contigo, y que no eres un hombre que haga algo bajo o deshonesto. Escribe aquí, Robert. Escribe que rechazas apoyar este esquema suyo, ya que lo consideras un esquema deshonesto. Sí, escribe la palabra deshonesto. Ella sabe lo que significa esa palabra. [SIR ROBERT CHILTERN se sienta y escribe una carta. Su esposa la toma y la lee.] Sí, eso servirá. [Toca el timbre.] Y ahora el sobre. [Él escribe el sobre lentamente. Entra MASON.] Envía esta carta de inmediato al Hotel Claridge's. No hay respuesta. [Sale MASON. LADY CHILTERN se arrodilla al lado de su esposo y lo abraza.] Robert, el amor nos da un instinto para las cosas. Siento esta noche que te he salvado de algo que podría haber sido un peligro para ti, de algo que podría haber hecho que los hombres te honraran menos de lo que lo hacen. No creo que te des cuenta suficientemente, Robert, que has traído a la vida política de nuestro tiempo una atmósfera más noble, una actitud más fina hacia la vida, un aire más libre de metas más puras y ideales más altos; lo sé, y por eso te amo, Robert.

SIR ROBERT CHILTERN. Oh, ámame siempre, Gertrude, ámame siempre.

LADY CHILTERN. Te amaré siempre, porque siempre serás digno de amor. ¡Debemos amar lo más alto cuando lo vemos! [Lo besa y se levanta y sale.]

[SIR ROBERT CHILTERN camina de un lado a otro por un momento; luego se sienta y entierra su cara en sus manos. El criado entra y comienza a apagar las luces. SIR ROBERT CHILTERN levanta la vista.]

SIR ROBERT CHILTERN. Apaga las luces, Mason, apaga las luces.

[El criado apaga las luces. La habitación se vuelve casi oscura. La única luz proviene del gran candelabro que cuelga sobre la escalera e ilumina el tapiz del Triunfo del Amor.]

CAE EL TELÓN

SEGUNDO ACTO

ESCENA

Salón matutino en la casa de Sir Robert Chiltern.

[LORD GORING, vestido a la última moda, está descansando en un sillón. SIR ROBERT CHILTERN está de pie frente a la chimenea. Está evidentemente en un estado de gran agitación mental y angustia. A medida que avanza la escena, camina nerviosamente de un lado a otro de la habitación.]

LORD GORING. Mi querido Robert, es un asunto muy incómodo, muy incómodo de verdad. Deberías haberle contado todo a tu esposa. Los secretos de las esposas de otras personas son un lujo necesario en la vida moderna. Así, al menos, siempre me lo dicen en el club personas que son lo suficientemente calvas como para saberlo mejor. Pero ningún hombre debería tener un secreto de su

propia esposa. Ella inevitablemente lo descubre. Las mujeres tienen un instinto maravilloso sobre las cosas. Pueden descubrir todo excepto lo obvio.

SIR ROBERT CHILTERN. Arthur, no podía decirle a mi esposa. ¿Cuándo podría habérselo dicho? No anoche. Habría causado una separación de por vida entre nosotros, y habría perdido el amor de la única mujer en el mundo que adoro, de la única mujer que alguna vez ha despertado amor dentro de mí. Anoche habría sido completamente imposible. Se habría apartado de mí con horror... con horror y desprecio.

LORD GORING. ¿Es Lady Chiltern tan perfecta como todo eso?

SIR ROBERT CHILTERN. Sí; mi esposa es tan perfecta como todo eso.

LORD GORING. [Quitándose el guante de la mano izquierda.] ¡Qué lástima! Te pido disculpas, mi querido amigo, no quería decir exactamente eso. Pero si lo que me cuentas es cierto, me gustaría tener una charla seria sobre la vida con Lady Chiltern.

SIR ROBERT CHILTERN. Sería completamente inútil.

LORD GORING. ¿Puedo intentarlo?

SIR ROBERT CHILTERN. Sí; pero nada podría hacer que ella cambiara sus puntos de vista.

LORD GORING. Bueno, en el peor de los casos, simplemente sería un experimento psicológico.

SIR ROBERT CHILTERN. Todos esos experimentos son terriblemente peligrosos.

LORD GORING. Todo es peligroso, mi querido amigo. Si no fuera así, la vida no valdría la pena vivirla... Bueno, debo decir que pienso que deberías habérselo dicho hace años.

SIR ROBERT CHILTERN. ¿Cuándo? ¿Cuando estábamos comprometidos? ¿Crees que se habría casado conmigo si hubiera sabido que el origen de mi fortuna es tal como es, la base de mi

carrera tal como es, y que había hecho algo que supongo que la mayoría de los hombres llamarían vergonzoso y deshonesto?

LORD GORING. [Lentamente.] Sí; la mayoría de los hombres le llamarían con nombres feos. No hay duda de eso.

SIR ROBERT CHILTERN. [Amargamente.] Hombres que todos los días hacen algo del mismo tipo ellos mismos. Hombres que, cada uno de ellos, tienen secretos peores en sus propias vidas.

LORD GORING. Esa es la razón por la que están tan complacidos de descubrir los secretos de otras personas. Distrae la atención pública de los suyos propios.

SIR ROBERT CHILTERN. Y, después de todo, ¿a quién perjudiqué con lo que hice? A nadie.

LORD GORING. [Mirándolo fijamente.] Excepto a ti mismo, Robert.

SIR ROBERT CHILTERN. [Tras una pausa.] Por supuesto que tenía información privada sobre cierta transacción que el Gobierno de aquel entonces contemplaba, y actué en base a ella. La información privada es prácticamente la fuente de todas las grandes fortunas modernas.

LORD GORING. [Golpeando su bota con su bastón.] Y el escándalo público es invariablemente el resultado.

SIR ROBERT CHILTERN. [Caminando de un lado a otro en la habitación.] Arthur, ¿crees que lo que hice hace casi dieciocho años debería usarse contra mí ahora? ¿Crees que es justo que la carrera de un hombre se arruine por un error cometido en su juventud? Tenía veintidós años en aquel momento, y tuve la doble desgracia de ser bien nacido y pobre, dos cosas imperdonables hoy en día. ¿Es justo que la locura, el pecado de la juventud, si es que los hombres deciden llamarlo pecado, debería arruinar una vida como la mía, debería ponerme en el cepo, debería destrozar todo por lo que he trabajado, todo lo que he construido? ¿Es justo, Arthur?

LORD GORING. La vida nunca es justa, Robert. Y quizás es bueno para la mayoría de nosotros que no lo sea.

SIR ROBERT CHILTERN. Todo hombre ambicioso tiene que luchar contra su siglo con las armas de su tiempo. Lo que este siglo adora es la riqueza. El dios de este siglo es la riqueza. Para triunfar uno debe tener riqueza. A cualquier costo uno debe tener riqueza.

LORD GORING. Te subestimas, Robert. Créeme, sin riqueza también podrías haber triunfado igual de bien.

SIR ROBERT CHILTERN. Quizás cuando fuera viejo. Cuando hubiera perdido mi pasión por el poder, o no pudiera usarla. Cuando estuviera cansado, agotado, decepcionado. Quería mi éxito cuando era joven. La juventud es el momento para el éxito. No podía esperar.

LORD GORING. Bueno, ciertamente has tenido tu éxito mientras aún eres joven. Nadie en nuestro tiempo ha tenido un éxito tan brillante. Subsecretario de Asuntos Exteriores a la edad de cuarenta años, eso es suficiente para cualquiera, creo.

SIR ROBERT CHILTERN. ¿Y si ahora me lo quitan todo? ¿Si lo pierdo todo por un horrible escándalo? ¿Si me expulsan de la vida pública?

LORD GORING. Robert, ¿cómo pudiste venderte por dinero?

SIR ROBERT CHILTERN. [Excitado.] No me vendí por dinero. Compré el éxito a un gran precio. Eso es todo.

LORD GORING. [Gravemente.] Sí; ciertamente pagaste un gran precio por él. Pero, ¿qué te hizo pensar en hacer algo así?

SIR ROBERT CHILTERN. El Barón Arnheim.

LORD GORING. ¡Maldito sinvergüenza!

SIR ROBERT CHILTERN. No; era un hombre de intelecto sumamente sutil y refinado. Un hombre de cultura, encanto y distinción. Uno de los hombres más intelectuales que he conocido.

LORD GORING. ¡Ah! Prefiero a un tonto caballeroso cualquier día. Hay más que decir a favor de la estupidez de lo que la gente imagina. Personalmente, tengo una gran admiración por la

estupidez. Supongo que es una especie de empatía. Pero, ¿cómo lo hizo? Cuéntame todo.

SIR ROBERT CHILTERN. [Se deja caer en un sillón junto a la mesa de escribir.] Una noche después de cenar en casa del Lord Radley, el Barón comenzó a hablar sobre el éxito en la vida moderna como algo que se podía reducir a una ciencia absolutamente definida. Con esa voz tranquila y maravillosamente fascinante suya, nos expuso la más terrible de todas las filosofías, la filosofía del poder, nos predicó el más maravilloso de todos los evangelios, el evangelio del oro. Creo que vio el efecto que había producido en mí, pues algunos días después escribió y me pidió que lo visitara. Entonces vivía en Park Lane, en la casa que ahora tiene Lord Woolcomb. Recuerdo tan bien cómo, con una extraña sonrisa en sus pálidos labios curvados, me llevó a través de su maravillosa galería de pinturas, me mostró sus tapices, sus esmaltes, sus joyas, sus marfiles tallados, me hizo maravillarme con la extraña belleza del lujo en el que vivía; y luego me dijo que el lujo no era más que un fondo, una escena pintada en una obra de teatro, y que el poder, el poder sobre otros hombres, el poder sobre el mundo, era lo único que valía la pena tener, el único placer supremo digno de conocer, la única alegría de la que uno nunca se cansa, y que en nuestro siglo solo los ricos lo poseían.

LORD GORING. [Con gran deliberación.] Un credo completamente superficial.

SIR ROBERT CHILTERN. [Levantándose.] No lo pensé así entonces. Tampoco lo pienso ahora. La riqueza me ha dado un poder enorme. Me dio desde el principio de mi vida libertad, y la libertad lo es todo. Nunca has sido pobre y nunca has sabido qué es la ambición. No puedes entender la maravillosa oportunidad que me dio el Barón. Una oportunidad como pocas reciben los hombres.

LORD GORING. Afortunadamente para ellos, si uno debe juzgar por los resultados. Pero dime definitivamente, ¿cómo te persuadió finalmente el Barón para, bueno, hacer lo que hiciste?

SIR ROBERT CHILTERN. Cuando me iba me dijo que si alguna vez podía darle alguna información privada de verdadero valor, me haría un hombre muy rico. Quedé deslumbrado por la perspectiva que me mostraba, y mi ambición y mi deseo de poder eran en ese momento ilimitados. Seis semanas después, ciertos documentos privados pasaron por mis manos.

LORD GORING. [Manteniendo sus ojos fijos en la alfombra.]
¿Documentos estatales?

SIR ROBERT CHILTERN. Sí. [LORD GORING suspira, luego pasa su mano por la frente y mira hacia arriba.]

LORD GORING. No tenía idea de que tú, de todos los hombres del mundo, pudieras haber sido tan débil, Robert, como para ceder a la tentación que el Barón Arnheim te ofreció.

SIR ROBERT CHILTERN. ¿Débil? Estoy harto de escuchar esa frase. Harto de usarla sobre otros. ¿Débil? ¿Realmente piensas, Arthur, que es debilidad la que cede a la tentación? Te digo que hay tentaciones terribles que requieren fuerza, fuerza y coraje, para ceder. Apostar toda una vida en un solo momento, arriesgarlo todo en una sola jugada, ya sea poder o placer, no me importa - no hay debilidad en eso. Hay un horrible, un terrible coraje. Yo tuve ese coraje. Esa misma tarde me senté y le escribí al Barón Arnheim la carta que esta mujer ahora posee. Él ganó tres cuartos de millón en la transacción.

LORD GORING. ¿Y tú?

SIR ROBERT CHILTERN. Recibí del Barón 110,000 libras.

LORD GORING. Valías más, Robert.

SIR ROBERT CHILTERN. No; ese dinero me dio exactamente lo que quería, poder sobre otros. Entré en la Cámara de inmediato. El Barón me asesoraba en finanzas de vez en cuando. Antes de cinco años había casi triplicado mi fortuna. Desde entonces todo lo que he tocado ha sido un éxito. En todo lo relacionado con el dinero, he tenido una suerte tan extraordinaria que a veces me ha hecho casi

tener miedo. Recuerdo haber leído en algún lugar, en algún libro extraño, que cuando los dioses desean castigarnos, responden a nuestras oraciones.

LORD GORING. Pero dime, Robert, ¿nunca sufriste algún arrepentimiento por lo que hiciste?

SIR ROBERT CHILTERN. No. Sentí que había luchado contra el siglo con sus propias armas, y gané.

LORD GORING. [Tristemente.] Creíste que habías ganado.

SIR ROBERT CHILTERN. Así lo creí. [Tras una larga pausa.] Arthur, ¿me desprecias por lo que te he contado?

LORD GORING. [Con profundo sentimiento en su voz.] Lo siento mucho por ti, Robert, realmente lo siento.

SIR ROBERT CHILTERN. No digo que haya sufrido algún remordimiento. No lo hice. No remordimiento en el sentido ordinario, algo tonto de la palabra. Pero he pagado dinero de conciencia muchas veces. Tenía la loca esperanza de que podría desarmar al destino. La suma que me dio el Barón Arnheim la he distribuido el doble en obras de caridad públicas desde entonces.

LORD GORING. [Levantando la vista.] ¿En obras de caridad públicas? ¡Dios mío! ¡cuánto daño debes haber hecho, Robert!

SIR ROBERT CHILTERN. Oh, no digas eso, Arthur; no hables así.

LORD GORING. No importa lo que diga, Robert. Siempre estoy diciendo lo que no debería decir. De hecho, suelo decir lo que realmente pienso. Un gran error hoy en día. Hace que uno sea tan propenso a ser malinterpretado. En cuanto a este asunto terrible, te ayudaré de cualquier manera que pueda. Por supuesto, sabes eso.

SIR ROBERT CHILTERN. Gracias, Arthur, gracias. Pero, ¿qué se puede hacer? ¿Qué se puede hacer?

LORD GORING. [Recostándose con las manos en los bolsillos.] Bueno, los ingleses no soportan a un hombre que siempre dice que tiene la razón, pero les gusta mucho un hombre que admite que ha

estado equivocado. Es una de las mejores cosas de ellos. Sin embargo, en tu caso, Robert, una confesión no serviría. El dinero, si me permites decirlo, es... incómodo. Además, si hicieras una confesión completa del asunto, nunca podrías hablar de moralidad otra vez. Y en Inglaterra, un hombre que no puede hablar de moralidad dos veces por semana a una audiencia grande, popular e inmoral, está completamente acabado como político serio. No le quedaría nada más como profesión excepto la botánica o la Iglesia. Una confesión no serviría. Te arruinaría.

SIR ROBERT CHILTERN. Me arruinaría. Arthur, lo único que puedo hacer ahora es luchar contra esto.

LORD GORING. [Levantándose de su silla.] Estaba esperando que dijeras eso, Robert. Es lo único que se puede hacer ahora. Y debes comenzar por contarle toda la historia a tu esposa.

SIR ROBERT CHILTERN. Eso no lo haré.

LORD GORING. Robert, créeme, estás equivocado.

SIR ROBERT CHILTERN. No podría hacerlo. Mataría su amor por mí. Y ahora, sobre esta mujer, esta Sra. Cheveley. ¿Cómo puedo defenderme contra ella? Tú la conocías antes, Arthur, al parecer.

LORD GORING. Sí.

SIR ROBERT CHILTERN. ¿La conocías bien?

LORD GORING. [Arreglándose la corbata.] Tan poco que me comprometí a casarme con ella una vez, cuando estaba en casa de los Tenby. El asunto duró tres días... casi.

SIR ROBERT CHILTERN. ¿Por qué se rompió?

LORD GORING. [Con aire despreocupado.] Oh, olvidé. Al menos, no importa. Por cierto, ¿has intentado ofrecerle dinero? Solía ser terriblemente aficionada al dinero.

SIR ROBERT CHILTERN. Le ofrecí cualquier suma que quisiera. Se negó.

LORD GORING. Entonces el maravilloso evangelio del oro a veces falla. Los ricos no pueden hacer todo, después de todo.

SIR ROBERT CHILTERN. No todo. Supongo que tienes razón. Arthur, siento que el deshonor público me espera. Estoy seguro de ello. Nunca supe lo que era el terror antes. Ahora lo sé. Es como si una mano de hielo se posara sobre el corazón. Es como si el corazón se golpeará hasta la muerte en algún hueco vacío.

LORD GORING. [Golpeando la mesa.] Robert, debes luchar contra ella. Debes luchar contra ella.

SIR ROBERT CHILTERN. ¿Pero cómo?

LORD GORING. No puedo decirte cómo en este momento. No tengo la menor idea. Pero todos tienen algún punto débil. Hay algún defecto en cada uno de nosotros. [Pasea hasta la chimenea y se mira en el espejo.] Mi padre me dice que incluso yo tengo defectos. Quizás los tenga. No lo sé.

SIR ROBERT CHILTERN. Al defenderme contra la Sra. Cheveley, tengo derecho a usar cualquier arma que pueda encontrar, ¿no es así?

LORD GORING. [Todavía mirándose en el espejo.] En tu lugar, no tendría el menor escrúpulo en hacerlo. Ella está perfectamente capacitada para cuidarse sola.

SIR ROBERT CHILTERN. [Se sienta en la mesa y toma una pluma en la mano.] Bueno, enviaré un telegrama cifrado a la Embajada en Viena, para preguntar si hay algo conocido contra ella. Puede haber algún escándalo secreto que le pueda asustar.

LORD GORING. [Arreglándose la flor en el ojal.] Oh, me imagino que la Sra. Cheveley es una de esas mujeres muy modernas de nuestro tiempo que encuentran que un nuevo escándalo es tan favorecedor como un nuevo sombrero, y ambos los exhiben en el parque todas las tardes a las cinco y media. Estoy seguro de que adora los escándalos, y que la pena de su vida en este momento es que no puede conseguir suficientes.

SIR ROBERT CHILTERN. [Escribiendo.] ¿Por qué dices eso?

LORD GORING. [Girándose.] Bueno, anoche llevaba demasiado rouge y no bastante ropa. Eso siempre es una señal de desesperación en una mujer.

SIR ROBERT CHILTERN. [Tocando un timbre.] Pero, ¿vale la pena enviar mi telegrama a Viena, no es así?

LORD GORING. Siempre vale la pena hacer una pregunta, aunque no siempre vale la pena responder una.

[Entra MASON.]

SIR ROBERT CHILTERN. ¿Está el Sr. Trafford en su habitación?

MASON. Sí, Sir Robert.

SIR ROBERT CHILTERN. [Pone lo que ha escrito en un sobre, que luego cierra cuidadosamente.] Dile que lo envíe cifrado inmediatamente. No debe haber ni un momento de retraso.

MASON. Sí, Sir Robert.

SIR ROBERT CHILTERN. ¡Oh! devuélveme eso de nuevo.

[Escribe algo en el sobre. MASON luego sale con la carta.]

SIR ROBERT CHILTERN. Ella debió haber tenido algún extraño poder sobre el Barón Arnheim. Me pregunto cuál era.

LORD GORING. [Sonriendo.] Me pregunto.

SIR ROBERT CHILTERN. Lucharé contra ella hasta la muerte, siempre que mi esposa no sepa nada.

LORD GORING. [Con firmeza.] Oh, lucha de todos modos, en cualquier caso.

SIR ROBERT CHILTERN. [Con un gesto de desesperación.] Si mi esposa lo descubriera, quedaría poco por lo que luchar. Bueno, en cuanto tenga noticias de Viena, te informaré del resultado. Es una posibilidad, solo una posibilidad, pero creo en ella. Y como luché

contra la época con sus propias armas, lucharé contra ella con sus armas. Es justo, y ella parece una mujer con un pasado, ¿no es así?

LORD GORING. La mayoría de las mujeres bonitas lo tienen. Pero hay una moda en los pasados igual que la hay en los vestidos. Quizás el pasado de la Sra. Cheveley es simplemente un poco DECOLLETE, y son excesivamente populares hoy en día. Además, querido Robert, no deberías albergar demasiadas esperanzas en asustar a la Sra. Cheveley. No me imagino que la Sra. Cheveley sea una mujer que se asuste fácilmente. Ha sobrevivido a todos sus acreedores, y muestra una maravillosa presencia de ánimo.

SIR ROBERT CHILTERN. ¡Oh! Ahora vivo de esperanzas. Me aferro a cada oportunidad. Me siento como un hombre en un barco que se está hundiendo. El agua está a mis pies y el aire mismo está amargo con la tormenta. ¡Silencio! Escucho la voz de mi esposa.

[Entra LADY CHILTERN en traje de paseo.]

LADY CHILTERN. ¡Buenas tardes, Lord Goring!

LORD GORING. ¡Buenas tardes, Lady Chiltern! ¿Has estado en el parque?

LADY CHILTERN. No; acabo de venir de la Asociación Liberal de Mujeres, donde, por cierto, Robert, tu nombre fue recibido con fuertes aplausos, y ahora he venido a tomar mi té. [A LORD GORING.] Esperarás y tomarás algo de té, ¿no?

LORD GORING. Esperaré un poco, gracias.

LADY CHILTERN. Volveré en un momento. Solo voy a quitarme el sombrero.

LORD GORING. [De la manera más sincera.] ¡Oh! por favor no lo hagas. Es tan bonito. Uno de los sombreros más bonitos que he visto. Espero que la Asociación Liberal de Mujeres lo haya recibido con fuertes aplausos.

LADY CHILTERN. [Con una sonrisa.] Tenemos trabajos mucho más importantes que hacer que mirar los sombreros de las demás, Lord

Goring.

LORD GORING. ¿En serio? ¿Qué tipo de trabajos?

LADY CHILTERN. ¡Oh! cosas aburridas, útiles, deliciosas, Leyes de Fábricas, Inspectoras Femeninas, la Ley de las Ocho Horas, el Sufragio Parlamentario... En realidad, todo lo que encontrarías completamente desinteresante.

LORD GORING. ¿Y nunca sombreros?

LADY CHILTERN. [Con indignación fingida.] ¡Nunca sombreros, nunca!

[LADY CHILTERN sale por la puerta que lleva a su tocador.]

SIR ROBERT CHILTERN. [Toma la mano de LORD GORING.] Has sido un buen amigo para mí, Arthur, un amigo realmente bueno.

LORD GORING. No sé si he podido hacer mucho por ti, Robert, hasta ahora. De hecho, no he podido hacer nada por ti, hasta donde puedo ver. Estoy completamente decepcionado conmigo mismo.

SIR ROBERT CHILTERN. Me has permitido decirte la verdad. Eso es algo. La verdad siempre me ha asfixiado.

LORD GORING. ¡Ah! la verdad es algo de lo que me deshago lo más rápido posible. Mal hábito, por cierto. Me hace muy impopular en el club... con los miembros más antiguos. Lo llaman ser presumido. Quizás lo sea.

SIR ROBERT CHILTERN. Ojalá hubiera podido decir la verdad... vivir la verdad. ¡Ah! eso es lo grande en la vida, vivir la verdad. [Suspira y se dirige hacia la puerta.] Nos veremos pronto de nuevo, ¿verdad, Arthur?

LORD GORING. Por supuesto. Cuando quieras. Voy a pasar por el Baile de Solteros esta noche, a menos que encuentre algo mejor que hacer. Pero vendré mañana por la mañana. Si por alguna razón me necesitas esta noche, envía una nota a Curzon Street.

SIR ROBERT CHILTERN. Gracias.

[Al llegar a la puerta, LADY CHILTERN entra desde su tocador.]

LADY CHILTERN. ¿Te vas, Robert?

SIR ROBERT CHILTERN. Tengo algunas cartas que escribir, querida.

LADY CHILTERN. [Acercándose a él.] Trabajas demasiado, Robert. Parece que nunca piensas en ti mismo, y te ves tan cansado.

SIR ROBERT CHILTERN. No es nada, querida, nada.

[La besa y sale.]

LADY CHILTERN. [A LORD GORING.] Siéntate, por favor. Me alegra mucho que hayas venido. Quiero hablar contigo sobre... bueno, no sobre sombreros, ni sobre la Asociación Liberal de Mujeres. Te interesas demasiado en el primer tema y no lo suficiente en el segundo.

LORD GORING. ¿Quieres hablar conmigo sobre la Sra. Cheveley?

LADY CHILTERN. Sí. Lo has adivinado. Después de que te fuiste anoche descubrí que lo que ella había dicho era realmente cierto. Por supuesto, hice que Robert le escribiera una carta enseguida, retirando su promesa.

LORD GORING. Así me dio a entender.

LADY CHILTERN. Mantenerlo habría sido la primera mancha en una carrera que siempre ha sido inmaculada. Robert debe estar por encima de cualquier reproche. No es como otros hombres. No puede permitirse hacer lo que otros hombres hacen. [Ella mira a LORD GORING, quien permanece en silencio.] ¿No estás de acuerdo conmigo? Eres el mejor amigo de Robert. Eres nuestro mejor amigo, Lord Goring. Nadie, excepto yo, conoce a Robert mejor que tú. Él no tiene secretos para mí, y no creo que tenga ninguno contigo.

LORD GORING. Ciertamente no tiene secretos para mí. Al menos no lo creo.

LADY CHILTERN. Entonces, ¿no tengo razón en mi evaluación de él? Sé que tengo razón. Pero háblame francamente.

LORD GORING. [Mirándola directamente.] ¿Francamente?

LADY CHILTERN. Claro. No tienes nada que ocultar, ¿verdad?

LORD GORING. Nada. Pero, querida Lady Chiltern, creo, si me permites decirlo, que en la vida práctica -

LADY CHILTERN. [Sonriendo.] De la que sabes tan poco, Lord Goring -

LORD GORING. De la que no sé nada por experiencia, aunque sé algo por observación. Creo que en la vida práctica hay algo sobre el éxito, el éxito real, que es un poco inescrupuloso, algo sobre la ambición que siempre es inescrupuloso. Una vez que un hombre ha puesto su corazón y alma en llegar a cierto punto, si tiene que escalar la peña, escala la peña; si tiene que caminar en el fango -

LADY CHILTERN. ¿Y?

LORD GORING. Camina en el fango. Por supuesto, solo estoy hablando en general sobre la vida.

LADY CHILTERN. [Gravemente.] Espero que sí. ¿Por qué me miras tan extrañamente, Lord Goring?

LORD GORING. Lady Chiltern, a veces he pensado que... quizás eres un poco dura en algunas de tus visiones sobre la vida. Creo que... a menudo no haces suficientes concesiones. En toda naturaleza hay elementos de debilidad, o peor que debilidad. Supongamos, por ejemplo, que... que cualquier hombre público, mi padre, o Lord Merton, o Robert, digamos, hubiera, hace años, escrito alguna carta tonta a alguien...

LADY CHILTERN. ¿Qué quieres decir con una carta tonta?

LORD GORING. Una carta que compromete gravemente la posición de uno. Solo estoy planteando un caso hipotético.

LADY CHILTERN. Robert es tan incapaz de hacer algo tonto como de hacer algo malo.

LORD GORING. [Después de una larga pausa.] Nadie es incapaz de hacer algo tonto. Nadie es incapaz de hacer algo malo.

LADY CHILTERN. ¿Eres un pesimista? ¿Qué dirán los otros dandis? Todos tendrán que ponerse de luto.

LORD GORING. [Levantándose.] No, Lady Chiltern, no soy un pesimista. De hecho, no estoy seguro de saber realmente qué significa el pesimismo. Todo lo que sé es que la vida no puede entenderse sin mucha caridad, no se puede vivir sin mucha caridad. Es el amor, y no la filosofía alemana, lo que es la verdadera explicación de este mundo, sea cual sea la explicación del próximo. Y si alguna vez tienes problemas, Lady Chiltern, confía en mí absolutamente, y te ayudaré en todo lo que pueda. Si alguna vez me necesitas, ven a mí por mi ayuda, y la tendrás. Ven enseguida a mí.

LADY CHILTERN. [Mirándolo sorprendida.] Lord Goring, estás hablando bastante en serio. Creo que nunca antes te había escuchado hablar en serio.

LORD GORING. [Riendo.] Debes disculparme, Lady Chiltern. No ocurrirá de nuevo, si puedo evitarlo.

LADY CHILTERN. Pero me gusta que seas serio.

[Entra MABEL CHILTERN, con el vestido más deslumbrante.]

MABEL CHILTERN. Querida Gertrude, no digas algo tan terrible a Lord Goring. La seriedad sería muy poco favorecedora para él. ¡Buenas tardes Lord Goring! Ruega ser tan trivial como puedas.

LORD GORING. Me gustaría, Miss Mabel, pero me temo que... estoy un poco fuera de práctica esta mañana; y además, ahora tengo que irme.

MABEL CHILTERN. ¡Justo cuando he llegado! Qué modales tan terribles tienes. Estoy segura de que te educaron muy mal.

LORD GORING. Así fue.

MABEL CHILTERN. ¡Ojalá te hubiera educado yo!

LORD GORING. Lamento mucho que no lo hicieras.

MABEL CHILTERN. Ya es demasiado tarde, supongo.

LORD GORING. [Sonriendo.] No estoy tan seguro.

MABEL CHILTERN. ¿Vas a montar a caballo mañana por la mañana?

LORD GORING. Sí, a las diez.

MABEL CHILTERN. No lo olvides.

LORD GORING. Por supuesto que no. Por cierto, Lady Chiltern, no hay ninguna lista de tus invitados en THE MORNING POST de hoy. Al parecer, ha sido desplazada por el Consejo del Condado, o la Conferencia de Lambeth, o algo igualmente aburrido. ¿Podrías darme una lista? Tengo una razón particular para pedirte.

LADY CHILTERN. Estoy segura de que el Sr. Trafford podrá darte una.

LORD GORING. Muchas gracias.

MABEL CHILTERN. Tommy es la persona más útil de Londres.

LORD GORING [Volviéndose hacia ella.] ¿Y quién es la más ornamental?

MABEL CHILTERN [Triunfalmente.] Yo soy.

LORD GORING. ¡Qué inteligente de tu parte adivinarlo! [Toma su sombrero y bastón.] Adiós, Lady Chiltern. ¿Recordarás lo que te dije, verdad?

LADY CHILTERN. Sí; pero no sé por qué me lo dijiste.

LORD GORING. Yo tampoco lo sé realmente. Adiós, señorita Mabel.

MABEL CHILTERN [Con un pequeño mohín de decepción.] Ojalá no te fueras. He tenido cuatro aventuras maravillosas esta mañana; cuatro y media, de hecho. Podrías quedarte y escuchar algunas de ellas.

LORD GORING. ¡Qué egoísta de tu parte tener cuatro y media! No dejarás ninguna para mí.

MABEL CHILTERN. No quiero que tengas ninguna. No serían buenas para ti.

LORD GORING. Esa es la primera cosa poco amable que me has dicho. ¡Qué encantadoramente lo dijiste! A las diez mañana.

MABEL CHILTERN. En punto.

LORD GORING. Exactamente en punto. Pero no traigas al Sr. Trafford.

MABEL CHILTERN. [Con un pequeño movimiento de cabeza.] Por supuesto que no traeré a Tommy Trafford. Tommy Trafford está en gran desgracia.

LORD GORING. Me alegra oírlo. [Hace una reverencia y sale.]

MABEL CHILTERN. Gertrude, desearía que hablaras con Tommy Trafford.

LADY CHILTERN. ¿Qué ha hecho esta vez el pobre Sr. Trafford? Robert dice que es el mejor secretario que ha tenido.

MABEL CHILTERN. Bueno, Tommy me ha propuesto matrimonio otra vez. Tommy realmente no hace otra cosa que proponerme matrimonio. Me propuso anoche en la sala de música, cuando estaba completamente desprotegida, ya que había un trío elaborado en curso. No me atreví a hacer la menor réplica, no necesito decirte. Si lo hubiera hecho, habría detenido la música de inmediato. La gente musical es absurdamente irrazonable. Siempre quieren que uno esté perfectamente mudo en el mismo momento en que uno desea estar absolutamente sordo. Luego me propuso matrimonio en plena luz del día esta mañana, frente a esa terrible estatua de Aquiles. Realmente, las cosas que suceden frente a esa obra de arte son bastante escandalosas. La policía debería intervenir. En el almuerzo vi por el brillo en su ojo que iba a proponer de nuevo, y justo logré detenerlo a tiempo asegurándole que yo era bimetallista. Afortunadamente, no sé qué significa el bimetallismo. Y no creo que nadie más lo sepa tampoco. Pero la observación aplastó a Tommy por diez minutos. Se veía bastante impactado. Y luego, Tommy es

tan molesto en la manera en que propone. Si propusiera en voz alta, no me importaría tanto. Eso podría tener algún efecto en el público. Pero lo hace de una manera horriblemente confidencial. Cuando Tommy quiere ser romántico, habla con uno como si fuera un médico. Soy muy aficionada a Tommy, pero sus métodos para proponer matrimonio están completamente pasados de moda. Desearía, Gertrude, que hablaras con él y le dijeras que proponer matrimonio una vez a la semana es más que suficiente para cualquiera, y que siempre debería hacerse de una manera que atraiga algo de atención.

LADY CHILTERN. Querida Mabel, no hables así. Además, Robert piensa muy bien del Sr. Trafford. Cree que tiene un futuro brillante por delante.

MABEL CHILTERN. ¡Oh! No me casaría con un hombre con un futuro por delante por nada del mundo.

LADY CHILTERN. ¡Mabel!

MABEL CHILTERN. Lo sé, querida. Te casaste con un hombre con un futuro, ¿no es así? Pero entonces Robert era un genio, y tú tienes un carácter noble y sacrificado. Tú puedes soportar a los genios. Yo no tengo carácter en absoluto, y Robert es el único genio que podría soportar. En general, creo que son bastante imposibles. Los genios hablan tanto, ¿no es así? ¡Qué mal hábito! Y siempre están pensando en sí mismos, cuando quiero que estén pensando en mí. Ahora debo ir a ensayar a casa de Lady Basildon. Recuerda, estamos haciendo tableaux, ¿no? El Triunfo de algo, no sé qué! Espero que sea el triunfo de mí. El único triunfo que realmente me interesa en este momento. [Besa a LADY CHILTERN y sale; luego regresa corriendo.] Oh, Gertrude, ¿sabes quién viene a verte? Esa terrible Sra. Cheveley, con un vestido encantador. ¿La invitaste?

LADY CHILTERN. [Levantándose.] ¡La Sra. Cheveley! ¿Viniendo a verme? ¡Imposible!

MABEL CHILTERN. Te aseguro que está subiendo las escaleras, tan grande como la vida y no tan natural.

LADY CHILTERN. No necesitas esperar, Mabel. Recuerda, Lady Basildon te espera.

MABEL CHILTERN. ¡Oh! Debo darle la mano a Lady Markby. Es encantadora. Me encanta que me regañe.

[Entra MASON.]

MASON. Lady Markby. Mrs. Cheveley.

[Entran LADY MARKBY y MRS. CHEVELEY.]

LADY CHILTERN. [Avanzando para recibirlos.] Querida Lady Markby, ¡qué bueno que hayas venido a verme! [Le da la mano y saluda de manera algo distante a MRS. CHEVELEY.] ¿No quieres sentarte, Sra. Cheveley?

MRS. CHEVELEY. Gracias. ¿No es esa Miss Chiltern? Me gustaría mucho conocerla.

LADY CHILTERN. Mabel, la señora Cheveley desea conocerte.

[MABEL CHILTERN hace un pequeño asentimiento.]

MRS. CHEVELEY [Sentándose.] Pensé que tu vestido de anoche era encantador, señorita Chiltern. Tan simple y... apropiado.

MABEL CHILTERN. ¿De verdad? Debo decírselo a mi modista. Será una gran sorpresa para ella. ¡Adiós, Lady Markby!

LADY MARKBY. ¿Ya te vas?

MABEL CHILTERN. Lo siento mucho, pero estoy obligada. Estoy a punto de ir a un ensayo. Tengo que ponerme de cabeza en algunos tableaux.

LADY MARKBY. ¿De cabeza, niña? ¡Oh! Espero que no. Creo que es muy insalubre. [Toma asiento en el sofá junto a LADY CHILTERN.]

MABEL CHILTERN. Pero es por una excelente causa: en ayuda de los Indignos, las únicas personas que realmente me interesan. Yo soy la secretaria y Tommy Trafford es el tesorero.

MRS. CHEVELEY. ¿Y qué es Lord Goring?

MABEL CHILTERN. ¡Oh! Lord Goring es el presidente.

MRS. CHEVELEY. El puesto debería convenirle admirablemente, a menos que haya empeorado desde que lo conocí.

LADY MARKBY. [Reflexionando.] Eres notablemente moderna, Mabel. Un poco demasiado moderna, quizás. Nada es tan peligroso como ser demasiado moderno. Uno corre el riesgo de volverse anticuado de repente. He conocido muchos casos de eso.

MABEL CHILTERN. ¡Qué perspectiva tan terrible!

LADY MARKBY. ¡Ah! Querida, no necesitas estar nerviosa. Siempre serás tan bonita como sea posible. Esa es la mejor moda que hay, y la única moda que Inglaterra logra imponer.

MABEL CHILTERN. [Haciendo una reverencia.] Muchas gracias, Lady Markby, por Inglaterra... y por mí misma. [Sale.]

LADY MARKBY. [Dirigiéndose a LADY CHILTERN.] Querida Gertrude, solo vinimos para saber si se ha encontrado el broche de diamantes de la señora Cheveley.

LADY CHILTERN. ¿Aquí?

MRS. CHEVELEY. Sí. Lo eché de menos cuando regresé a Claridge's, y pensé que podría haberlo dejado caer aquí.

LADY CHILTERN. No he oído nada al respecto. Pero enviaré a llamar al mayordomo y preguntaré. [Toca el timbre.]

MRS. CHEVELEY. Oh, por favor no se moleste, Lady Chiltern. Me atrevo a decir que lo perdí en la Ópera, antes de venir aquí.

LADY MARKBY. Ah sí, supongo que debe haber sido en la Ópera. El hecho es que hoy en día todos nos empujamos y nos amontonamos tanto que me sorprende que nos quede algo al final de una noche. Sé por mí misma que, cuando regreso del Salón de Dibujo, siempre siento como si no tuviera nada encima, excepto un pequeño jirón de reputación decente, justo lo suficiente para evitar que las clases bajas hagan observaciones dolorosas a través de las ventanas del carruaje. El hecho es que nuestra sociedad está

terriblemente sobrepoblada. Realmente, alguien debería organizar un esquema adecuado de emigración asistida. Haría mucho bien.

MRS. CHEVELEY. Estoy completamente de acuerdo con usted, Lady Markby. Hace casi seis años que no estoy en Londres para la temporada, y debo decir que la sociedad se ha vuelto terriblemente mezclada. Uno ve a la gente más extraña en todas partes.

LADY MARKBY. Eso es muy cierto, querida. Pero no necesitamos conocerlos. Estoy segura de que no conozco a la mitad de las personas que vienen a mi casa. De hecho, por todo lo que oigo, no me gustaría.

[Entra MASON.]

LADY CHILTERN. ¿Cómo era el broche que perdiste, señora Cheveley?

MRS. CHEVELEY. Un broche de serpiente de diamantes con un rubí, un rubí bastante grande.

LADY MARKBY. Pensé que dijiste que había un zafiro en la cabeza, querida.

MRS. CHEVELEY [Sonriendo.] No, Lady Markby - un rubí.

LADY MARKBY. [Asintiendo con la cabeza.] Y muy favorecedor, estoy segura.

LADY CHILTERN. ¿Se ha encontrado un broche de rubí y diamantes en alguna de las habitaciones esta mañana, Mason?

MASON. No, mi señora.

MRS. CHEVELEY. Realmente no tiene importancia, Lady Chiltern. Siento mucho haber causado alguna molestia.

LADY CHILTERN. [Fríamente.] Oh, no ha sido ninguna molestia. Eso será todo, Mason. Puedes traer el té.

[Salida de MASON.]

LADY MARKBY. Bueno, debo decir que es muy molesto perder algo. Recuerdo que una vez en Bath, hace años, perdí en el Pump

Room una pulsera de camafeo extremadamente bonita que Sir John me había regalado. Lamento decir que no creo que me haya dado nada desde entonces. Ha degenerado tristemente. Realmente, esta horrible Cámara de los Comunes arruina completamente a nuestros esposos. Creo que la Cámara Baja es el mayor golpe a la vida matrimonial feliz que ha habido desde que se inventó esa terrible cosa llamada la Educación Superior de las Mujeres.

LADY CHILTERN. ¡Ah! es herejía decir eso en esta casa, Lady Markby. Robert es un gran defensor de la Educación Superior de las Mujeres, y me temo que yo también.

MRS. CHEVELEY. Lo que me gustaría ver es la educación superior de los hombres. Los hombres la necesitan desesperadamente.

LADY MARKBY. Es verdad, querida. Pero me temo que tal esquema sería bastante poco práctico. No creo que el hombre tenga mucha capacidad de desarrollo. Ha llegado tan lejos como puede, y eso no es mucho, ¿verdad? En cuanto a las mujeres, bueno, querida Gertrude, tú perteneces a la generación más joven, y estoy segura de que está bien si tú lo apruebas. En mi tiempo, por supuesto, nos enseñaron a no entender nada. Ese era el viejo sistema, y era maravillosamente interesante. Te aseguro que la cantidad de cosas que a mi pobre querida hermana y a mí nos enseñaron a no entender fue bastante extraordinaria. Pero se dice que las mujeres modernas lo entienden todo.

MRS. CHEVELEY. Excepto a sus esposos. Eso es lo único que la mujer moderna nunca entiende.

LADY MARKBY. Y quizás sea mejor así, querida, me atrevo a decir. Podría romper muchos hogares felices si lo hicieran. No el tuyo, no hace falta decir, Gertrude. Has casado con un esposo modelo. Ojalá pudiera decir lo mismo por mí. Pero desde que Sir John ha empezado a asistir regularmente a los debates, cosa que nunca hacía en los buenos viejos tiempos, su lenguaje se ha vuelto completamente imposible. Siempre parece pensar que está dirigiéndose a la Cámara, y consecuentemente, cada vez que discute

sobre el estado del trabajador agrícola, o la Iglesia de Gales, o algo totalmente inapropiado de ese tipo, me veo obligada a enviar a todos los sirvientes fuera de la habitación. No es agradable ver a tu propio mayordomo, que ha estado contigo durante veintitrés años, sonrojarse realmente en el aparador, y a los lacayos haciendo contorsiones en las esquinas como personas en circos. Te aseguro que mi vida quedará completamente arruinada a menos que envíen a John de inmediato a la Cámara Alta. Entonces, ¿no le interesarán más los temas políticos, verdad? La Cámara de los Lores es tan sensata. Una asamblea de caballeros. Pero en su estado actual, Sir John realmente es un gran problema. ¿Por qué, esta mañana antes de que el desayuno terminara, se paró en la alfombra del hogar, se puso las manos en los bolsillos y apeló al país en voz alta? No hace falta decir que dejé la mesa en cuanto terminé mi segunda taza de té. Pero su lenguaje violento se podía escuchar en toda la casa. Confío, Gertrude, en que Sir Robert no sea así.

LADY CHILTERN. Pero a mí me interesan mucho la política, Lady Markby. Me encanta escuchar a Robert hablar sobre ellas.

LADY MARKBY. Bueno, espero que no esté tan devoto a los Libros Azules como Sir John. No creo que sean lectura muy edificante para nadie.

MRS. CHEVELEY [Languidamente.] Nunca he leído un Libro Azul. Prefiero los libros... con cubiertas amarillas.

LADY MARKBY. [Ingeniosamente inconsciente.] El amarillo es un color más alegre, ¿no es así? Solía usar mucho amarillo en mis primeros años, y lo haría ahora si Sir John no fuera tan dolorosamente personal en sus observaciones, y un hombre en cuestiones de vestimenta siempre es ridículo, ¿no es así?

MRS. CHEVELEY. ¡Oh, no! Creo que los hombres son las únicas autoridades en cuanto a vestimenta.

LADY MARKBY. ¿De verdad? Uno no diría eso por el tipo de sombreros que usan, ¿verdad?

[Entra el mayordomo, seguido por el lacayo. Se prepara el té en una pequeña mesa cerca de LADY CHILTERN.]

LADY CHILTERN. ¿Puedo ofrecerte un poco de té, señora Cheveley?

MRS. CHEVELEY. Gracias. [El mayordomo le entrega a la Sra. Cheveley una taza de té en una bandeja.]

LADY CHILTERN. ¿Un poco de té, Lady Markby?

LADY MARKBY. No, gracias, querida. [Los sirvientes se retiran.] Lo cierto es que he prometido pasar a ver por diez minutos a la pobre Lady Brancaster, quien está en grandes apuros. Su hija, una chica bastante bien educada, de hecho, se ha comprometido para casarse con un cura en Shropshire. Es muy triste, realmente triste. No entiendo esta manía moderna por los curas. En mi tiempo, por supuesto, los veíamos corriendo por todos lados como conejos. Pero nunca les prestábamos atención, no hace falta decirlo. Pero me han dicho que hoy en día la sociedad del campo está completamente llena de ellos. Creo que es muy irrespetuoso. Y luego, el hijo mayor ha discutido con su padre, y se dice que cuando se encuentran en el club, Lord Brancaster siempre se esconde detrás del artículo financiero de THE TIMES. Sin embargo, creo que eso es bastante común hoy en día y que tienen que traer copias extras de THE TIMES a todos los clubes en St. James's Street; hay tantos hijos que no quieren tener nada que ver con sus padres, y tantos padres que no quieren hablar con sus hijos. Creo que es muy lamentable.

MRS. CHEVELEY. También lo creo. Los padres tienen mucho que aprender de sus hijos hoy en día.

LADY MARKBY. ¿De verdad, querida? ¿Qué?

MRS. CHEVELEY. El arte de vivir. El único Arte realmente Fino que hemos producido en tiempos modernos.

LADY MARKBY. [Negando con la cabeza.] ¡Ah! Me temo que Lord Brancaster sabía mucho sobre eso. Más de lo que su pobre esposa

supo jamás. [Volviéndose hacia LADY CHILTERN.] Conoces a Lady Brancaster, ¿no es así, querida?

LADY CHILTERN. Sólo un poco. Estuvo en Langton el otoño pasado cuando nosotros estábamos allí.

LADY MARKBY. Bueno, como todas las mujeres corpulentas, parece la imagen misma de la felicidad, como sin duda notaste. Pero hay muchas tragedias en su familia, además de este asunto del cura. Su propia hermana, la Sra. Jekyll, tuvo una vida muy infeliz; por razones que no fueron su culpa, lamento decir. Finalmente estaba tan descorazonada que se fue a un convento, o al escenario de la ópera, no recuerdo cuál. No; creo que se dedicó al bordado artístico decorativo. Sé que había perdido todo sentido del placer en la vida. [Levantándose.] Y ahora, Gertrude, si me lo permites, dejaré a la Sra. Cheveley bajo tu cuidado y volveré por ella en un cuarto de hora. O tal vez, querida Sra. Cheveley, no te importaría esperar en el coche mientras estoy con Lady Brancaster. Como pretendo que sea una visita de condolencia, no me quedaré mucho tiempo.

MRS. CHEVELEY [Levantándose.] No me importa esperar en el coche en absoluto, siempre que haya alguien que me mire.

LADY MARKBY. Bueno, he oído que el cura siempre está merodeando por la casa.

MRS. CHEVELEY. Me temo que no me gustan las amigas chicas.

LADY CHILTERN [Levantándose.] Oh, espero que la Sra. Cheveley se quede aquí un rato. Me gustaría tener unos minutos de conversación con ella.

MRS. CHEVELEY. ¡Qué amable de tu parte, Lady Chiltern! Créeme, nada me daría mayor placer.

LADY MARKBY. ¡Ah! Sin duda ambas tienen muchos recuerdos agradables de sus días de escuela para compartir. ¡Adiós, querida Gertrude! ¿Te veré en casa de Lady Bonar esta noche? Ha descubierto un nuevo genio maravilloso. Él hace... nada en absoluto, creo. Eso es un gran consuelo, ¿verdad?

LADY CHILTERN. Robert y yo cenaremos solos en casa esta noche, y no creo que vaya a ningún lugar después. Robert, por supuesto, tendrá que estar en la Cámara. Pero no hay nada interesante programado.

LADY MARKBY. ¿Cenando en casa solos? ¿Es eso del todo prudente? Ah, olvidé, tu esposo es una excepción. El mío es la regla general, y nada envejece tanto a una mujer como haberse casado con la regla general. [Sale LADY MARKBY.]

MRS. CHEVELEY. Lady Markby es una mujer maravillosa, ¿no es así? Habla más y dice menos que nadie que haya conocido. Está hecha para ser una oradora pública. Mucho más que su esposo, aunque él es un inglés típico, siempre aburrido y usualmente violento.

LADY CHILTERN. [No responde, pero sigue de pie. Hay una pausa. Luego las miradas de las dos mujeres se encuentran. LADY CHILTERN se ve seria y pálida. MRS. CHEVELEY parece bastante divertida.] Sra. Cheveley, creo que es justo decirle francamente que, si hubiera sabido quién era usted realmente, no la habría invitado a mi casa anoche.

MRS. CHEVELEY [Con una sonrisa impertinente.] ¿De verdad?

LADY CHILTERN. No podría haberlo hecho.

MRS. CHEVELEY. Veo que después de todos estos años no has cambiado ni un poco, Gertrude.

LADY CHILTERN. Yo nunca cambio.

MRS. CHEVELEY [Elevando las cejas.] ¿Entonces la vida no te ha enseñado nada?

LADY CHILTERN. Me ha enseñado que una persona que una vez ha sido culpable de una acción deshonesta y deshonorables puede ser culpable de ella una segunda vez, y debería ser evitada.

MRS. CHEVELEY. ¿Aplicarías esa regla a todos?

LADY CHILTERN. Sí, a todos, sin excepción.

MRS. CHEVELEY. Entonces lo siento por ti, Gertrude, lo siento mucho por ti.

LADY CHILTERN. ¿Ves ahora, estaba segura, que por muchas razones cualquier nueva relación entre nosotras durante tu estancia en Londres es completamente imposible?

MRS. CHEVELEY [Reclinándose en su silla.] Sabes, Gertrude, no me importa en absoluto que hables de moralidad. La moralidad es simplemente la actitud que adoptamos hacia las personas que no nos gustan personalmente. Tú no me gustas. Soy consciente de eso. Y siempre te he detestado. Y sin embargo, he venido aquí para hacerte un favor.

LADY CHILTERN. [Con desprecio.] Como el favor que querías hacerle a mi esposo anoche, supongo. Gracias a Dios, lo salvé de eso.

MRS. CHEVELEY. [Levantándose de un salto.] ¿Fuiste tú quien le hizo escribir esa carta insolente? ¿Fuiste tú quien le hizo romper su promesa?

LADY CHILTERN. Sí.

MRS. CHEVELEY. Entonces debes hacer que la cumpla. Te doy hasta mañana por la mañana, no más. Si para entonces tu esposo no se compromete solemnemente a ayudarme en este gran esquema en el que estoy interesada -

LADY CHILTERN. Esta especulación fraudulenta -

MRS. CHEVELEY. Llámalo como quieras. Tengo a tu esposo en la palma de mi mano, y si eres sabia, harás que haga lo que le digo.

LADY CHILTERN. [Levantándose y acercándose a ella.] Eres impertinente. ¿Qué tiene que ver mi esposo contigo? ¿Con una mujer como tú?

MRS. CHEVELEY [Con una risa amarga.] En este mundo, lo semejante atrae a lo semejante. Es porque tu esposo es él mismo fraudulento y deshonesto que nos complementamos tan bien. Entre

tú y él hay abismos. Él y yo estamos más cerca que amigos. Somos enemigos unidos. El mismo pecado nos ata.

LADY CHILTERN. ¿Cómo te atreves a comparar a mi esposo contigo? ¿Cómo te atreves a amenazarlo o amenazarme? Sal de mi casa. No eres digna de entrar en ella.

[SIR ROBERT CHILTERN entra desde atrás. Escucha las últimas palabras de su esposa y ve a quién están dirigidas. Se vuelve pálido mortalmente.]

MRS. CHEVELEY. ¡Tu casa! Una casa comprada con el precio de la deshonra. Una casa, todo en la que ha sido pagado por fraude. [Se da la vuelta y ve a SIR ROBERT CHILTERN.] Pregúntale cuál es el origen de su fortuna. Hazle decir cómo vendió a un corredor de bolsa un secreto de gabinete. Aprende de él a qué debes tu posición.

LADY CHILTERN. ¡No es cierto! ¡Robert! ¡No es cierto!

MRS. CHEVELEY. [Señalándolo con el dedo extendido.] ¡Míralo! ¿Puede negarlo? ¿Se atreve a hacerlo?

SIR ROBERT CHILTERN. ¡Vete! Vete ahora mismo. Ya has hecho lo peor.

MRS. CHEVELEY. ¿Mi peor? Aún no he terminado contigo, con ninguno de los dos. Les doy a ambos hasta mañana al mediodía. Si para entonces no hacen lo que les ordeno, todo el mundo sabrá el origen de Robert Chiltern.

[SIR ROBERT CHILTERN toca el timbre. Entra MASON.]

SIR ROBERT CHILTERN. Acompaña a la señora Cheveley a la salida.

[MRS. CHEVELEY se sobresalta; luego hace una reverencia con una cortesía algo exagerada a LADY CHILTERN, quien no muestra signos de respuesta. Al pasar junto a SIR ROBERT CHILTERN, que está cerca de la puerta, se detiene un momento y lo mira directamente a la cara. Luego sale, seguida por el sirviente, quien

cierra la puerta detrás de él. El marido y la esposa se quedan solos. LADY CHILTERN permanece como si estuviera en un sueño terrible. Entonces se da la vuelta y mira a su esposo. Lo mira con ojos extraños, como si lo viera por primera vez.]

LADY CHILTERN. ¡Vendiste un secreto del Gabinete por dinero! ¡Comenzaste tu vida con fraude! ¡Construiste tu carrera sobre la deshonra! ¡Oh, dime que no es verdad! ¡Miénteme! ¡Miénteme! ¡Dime que no es verdad!

SIR ROBERT CHILTERN. Lo que esta mujer dijo es completamente cierto. Pero, Gertrude, escúchame. No te das cuenta de cómo fui tentado. Déjame contarte todo. [Se acerca a ella.]

LADY CHILTERN. No te acerques a mí. No me toques. Siento como si me hubieras manchado para siempre. ¡Oh! ¡Qué máscara has estado usando todos estos años! ¡Una máscara pintada horrible! Te vendiste por dinero. ¡Oh! Un ladrón común sería mejor. Te pusiste a la venta al mejor postor. Fuiste comprado en el mercado. Mentiste al mundo entero. Y sin embargo, no me mientes a mí.

SIR ROBERT CHILTERN. [Corriendo hacia ella.] ¡Gertrude! ¡Gertrude!

LADY CHILTERN. [Empujándolo con las manos extendidas.] No, no hables. ¡No digas nada! Tu voz despierta terribles recuerdos, recuerdos de cosas que me hicieron amarte, recuerdos de palabras que me hicieron amarte, recuerdos que ahora son horribles para mí. ¡Y cómo te adoraba! Para mí, eras algo aparte de la vida común, algo puro, noble, honesto, sin mancha. El mundo me parecía mejor porque tú estabas en él, y la bondad más real porque tú vivías. Y ahora, oh, cuando pienso que hice de un hombre como tú mi ideal. ¡El ideal de mi vida!

SIR ROBERT CHILTERN. Ahí estuvo tu error. Ese fue tu error. El error que cometen todas las mujeres. ¿Por qué no pueden amarnos con nuestros defectos y todo? ¿Por qué nos colocan en pedestales monstruosos? Todos tenemos pies de barro, tanto las mujeres como los hombres; pero cuando nosotros los hombres amamos a las

mujeres, las amamos sabiendo sus debilidades, sus tonterías, sus imperfecciones, tal vez las amamos aún más, por esa razón. No son los perfectos, sino los imperfectos, quienes necesitan amor. Es cuando estamos heridos por nuestras propias manos, o por las manos de otros, que el amor debe llegar a curarnos; de lo contrario, ¿de qué sirve el amor en absoluto? Todos los pecados, excepto un pecado contra sí mismo, el amor debería perdonar. Todas las vidas, excepto las vidas sin amor, el verdadero amor debería perdonar. El amor de un hombre es así. Es más amplio, más grande, más humano que el amor de una mujer. Las mujeres piensan que están haciendo ideales de los hombres. Lo que realmente hacen de nosotros son ídolos falsos. Hiciste de mí tu ídolo falso, y no tuve el valor de bajar, mostrarte mis heridas, decirte mis debilidades. Temía perder tu amor, como lo he perdido ahora. Y así, anoche arruinaste mi vida para mí, isí, la arruinaste! Lo que esta mujer me pidió no era nada comparado con lo que ella me ofreció. Me ofreció seguridad, paz, estabilidad. El pecado de mi juventud, que pensé que estaba enterrado, se levantó frente a mí, horrendo, horrible, con sus manos en mi garganta. Podría haberlo matado para siempre, enviado de vuelta a su tumba, destruido su registro, quemado al único testigo en mi contra. Tú me lo impediste. Nadie más que tú, lo sabes. Y ahora, ¿qué me espera sino desgracia pública, ruina, vergüenza terrible, la burla del mundo, una vida deshonorada y solitaria, tal vez algún día, una muerte deshonorada y solitaria? ¡Que las mujeres no hagan más ideales de los hombres! Que no los coloquen en altares y se inclinen ante ellos, o podrían arruinar otras vidas tan completamente como tú —tú, a quien he amado tan desesperadamente— has arruinado la mía.

[Él sale de la habitación. LADY CHILTERN corre hacia él, pero la puerta se cierra cuando llega a ella. Pálida de angustia, desconcertada, impotente, se tambalea como una planta en el agua. Sus manos extendidas tiemblan en el aire como flores en la mente. Luego se arroja junto a un sofá y entierra su rostro. Sus sollozos son como los de un niño.]

CAE EL TELÓN

TERCER ACTO

ESCENA

La biblioteca en la casa de Lord Goring. Una habitación al estilo Adam. A la derecha está la puerta que lleva al vestíbulo. A la izquierda, la puerta del fumadero. Un par de puertas plegables en el fondo se abren al salón. El fuego está encendido. Phipps, el mayordomo, está organizando algunos periódicos en la mesa de escritura. Lo que distingue a Phipps es su impassibilidad. Ha sido calificado por los entusiastas como el mayordomo ideal. La Esfinge no es tan inescrutable. Es una máscara con modales. De su vida intelectual o emocional, la historia no sabe nada. Representa el dominio de la forma.

[Entra LORD GORING en traje de noche con un ojal. Lleva sombrero de seda y capa de Inverness. Con guantes blancos, lleva un bastón de Luis XVI. Posee todas las delicadezas de la moda. Se ve que está en relación inmediata con la vida moderna, la hace, de hecho, y así la domina. Es el primer filósofo bien vestido en la historia del pensamiento.]

LORD GORING. ¿Tienes mi segundo ojal para mí, Phipps?

PHIPPS. Sí, mi lord. [Toma su sombrero, bastón y capa, y presenta un nuevo ojal en una bandeja.]

LORD GORING. Algo bastante distinguido, Phipps. Soy la única persona de la menor importancia en Londres en este momento que lleva un ojal.

PHIPPS. Sí, mi lord. Lo he observado.

LORD GORING. [Quitándose el ojal viejo.] Verás, Phipps, la moda es lo que uno mismo lleva. Lo que no está de moda es lo que llevan otras personas.

PHIPPS. Sí, mi lord.

LORD GORING. Así como la vulgaridad es simplemente el comportamiento de otras personas.

PHIPPS. Sí, mi lord.

LORD GORING. [Poniéndose un nuevo ojal.] Y las falsedades las verdades de otras personas.

PHIPPS. Sí, mi lord.

LORD GORING. Las otras personas son bastante horribles. La única sociedad posible es uno mismo.

PHIPPS. Sí, mi lord.

LORD GORING. Amarse a uno mismo es el comienzo de un romance de toda la vida, Phipps.

PHIPPS. Sí, mi lord.

LORD GORING. [Mirándose en el espejo.] No estoy seguro de que me guste este ojal, Phipps. Me hace parecer un poco demasiado viejo. Me hace parecer casi en la flor de la vida, ¿eh, Phipps?

PHIPPS. No observo ningún cambio en la apariencia de su señoría.

LORD GORING. ¿No, Phipps?

PHIPPS. No, mi lord.

LORD GORING. No estoy del todo seguro. Para el futuro, un ojal más trivial, Phipps, los jueves por la noche.

PHIPPS. Hablaré con la florista, mi lord. Ella ha tenido una pérdida en su familia recientemente, lo cual quizás explique la falta de trivialidad de la que su señoría se queja en el ojal.

LORD GORING. Cosa extraordinaria sobre las clases bajas en Inglaterra: siempre están perdiendo a sus parientes.

PHIPPS. ¡Sí, mi lord! Son extremadamente afortunados en ese aspecto.

LORD GORING. [Se gira y lo mira. PHIPPS permanece impassible.] ¡Mmm! ¿Alguna carta, Phipps?

PHIPPS. Tres, mi lord. [Entrega las cartas en una bandeja.]

LORD GORING. [Toma las cartas.] Quiero mi carruaje en veinte minutos.

PHIPPS. Sí, mi lord. [Se dirige hacia la puerta.]

LORD GORING. [Levanta una carta en un sobre rosa.] ¡Ejem! Phipps, ¿cuándo llegó esta carta?

PHIPPS. Fue entregada en mano justo después de que su señoría fuera al club.

LORD GORING. Eso será todo. [Sale PHIPPS.] La caligrafía de Lady Chiltern en el papel rosa de Lady Chiltern. Eso es bastante curioso. Pensé que Robert iba a escribir. Me pregunto qué tendrá que decirme Lady Chiltern. [Se sienta en el escritorio y abre la carta, y la lee.] "Te necesito. Confío en ti. Voy a verte. Gertrude." [Deja la carta con una mirada perpleja. Luego la toma y la lee de nuevo lentamente.] "Te necesito. Confío en ti. Voy a verte." Así que ella ha descubierto todo. ¡Pobre mujer! ¡Pobre mujer! [Saca el reloj y lo mira.] ¡Pero qué hora para llamar! ¡Las diez! Tendré que renunciar a ir a los Berkshires. Sin embargo, siempre es agradable que te esperen y no llegar. No me esperan en el club de solteros, así que definitivamente iré allí. Bueno, haré que ella apoye a su esposo. Eso es lo único que debe hacer. Eso es lo único que cualquier mujer debe hacer. Es el crecimiento del sentido moral en las mujeres lo que hace que el matrimonio sea una institución tan desesperada y unilateral. Las diez. Debería estar aquí pronto. Debo decirle a Phipps que no estoy para nadie más. [Se dirige hacia el timbre]

[Entra PHIPPS.]

PHIPPS. Lord Caversham.

LORD GORING. Oh, ¿por qué los padres siempre aparecen en el momento equivocado? Algún extraordinario error de la naturaleza, supongo. [Entra LORD CAVERSHAM.] Encantado de verte, querido padre. [Va a su encuentro.]

LORD CAVERSHAM. Quítame la capa.

LORD GORING. ¿Vale la pena, padre?

LORD CAVERSHAM. Por supuesto que vale la pena, señor. ¿Cuál es la silla más cómoda?

LORD GORING. Esta, padre. Es la silla que uso yo mismo cuando tengo visitas.

LORD CAVERSHAM. Gracias. No hay corrientes de aire, espero, en esta habitación.

LORD GORING. No, padre.

LORD CAVERSHAM. [Sentándose.] Me alegra oírlo. No soporto las corrientes de aire. No hay corrientes de aire en casa.

LORD GORING. Muchas brisas, padre.

LORD CAVERSHAM. ¿Eh? ¿Eh? No entiendo lo que quieres decir. Quiero tener una conversación seria contigo, señor.

LORD GORING. ¡Querido padre! ¿A esta hora?

LORD CAVERSHAM. Bueno, señor, solo son las diez. ¿Cuál es tu objeción a la hora? ¡Creo que la hora es excelente!

LORD GORING. Bueno, la verdad es que, padre, hoy no es mi día para hablar en serio. Lo siento mucho, pero no es mi día.

LORD CAVERSHAM. ¿Qué quieres decir, señor?

LORD GORING. Durante la temporada, padre, solo hablo en serio el primer martes de cada mes, de cuatro a siete.

LORD CAVERSHAM. Bueno, hagámoslo martes, señor, hagámoslo martes.

LORD GORING. Pero ya pasaron las siete, padre, y mi médico dice que no debo tener conversaciones serias después de las siete. Me hace hablar en sueños.

LORD CAVERSHAM. ¿Hablar en sueños, señor? ¿Qué importa eso? No estás casado.

LORD GORING. No, padre, no estoy casado.

LORD CAVERSHAM. ¡Hum! De eso es de lo que he venido a hablarte, señor. Tienes que casarte, y de inmediato. ¿Por qué, cuando yo tenía tu edad, señor, había sido un viudo inconsolable durante tres meses y ya le estaba haciendo la corte a tu admirable madre? ¡Maldita sea, señor, es tu deber casarte! No puedes vivir siempre para el placer. Todos los hombres de posición están casados hoy en día. Los solteros ya no están de moda. Son un lote dañado. Se sabe demasiado sobre ellos. Debes conseguir una esposa, señor. Mira dónde ha llegado tu amigo Robert Chiltern con la probidad, el trabajo duro y un matrimonio sensato con una buena mujer. ¿Por qué no lo imitas, señor? ¿Por qué no tomas su ejemplo?

LORD GORING. Creo que lo haré, padre.

LORD CAVERSHAM. Ojalá lo hicieras, hijo. Entonces yo estaría feliz. Actualmente hago la vida de tu madre miserable por tu culpa. Eres despiadado, hijo, completamente despiadado.

LORD GORING. Espero que no, padre.

LORD CAVERSHAM. Y ya es hora de que te cases. Tienes treinta y cuatro años, hijo.

LORD GORING. Sí, padre, pero solo admito tener treinta y dos, treinta y uno y medio cuando tengo un ojal realmente bueno. Este ojal no es... trivial suficiente.

LORD CAVERSHAM. Te digo que tienes treinta y cuatro años, hijo. Y además, hay corriente de aire en tu habitación, lo que empeora tu comportamiento. ¿Por qué me dijiste que no había corriente de aire, hijo? Siento una corriente de aire, hijo, la siento claramente.

LORD GORING. Yo también, padre. Es una corriente de aire terrible. Vendré a verte mañana, padre. Podemos hablar de lo que quieras. Permíteme ayudarte a ponerte la capa, padre.

LORD CAVERSHAM. No, hijo; he venido esta noche con un propósito definido y voy a llevarlo a cabo a toda costa, a mi salud o a la tuya. Deja mi capa, hijo.

LORD GORING. Claro, padre. Pero vamos a otra habitación. [Toca el timbre.] Hay una corriente de aire horrible aquí. [Entra PHIPPS.] Phipps, ¿hay un buen fuego en la sala de fumar?

PHIPPS. Sí, mi lord.

LORD GORING. Ven allí, padre. Tus estornudos son bastante desgarradores.

LORD CAVERSHAM. Bueno, hijo, supongo que tengo derecho a estornudar cuando quiera.

LORD GORING. [Con disculpas.] Por supuesto, padre. Solo estaba expresando simpatía.

LORD CAVERSHAM. Oh, maldita sea la simpatía. Hay demasiado de eso hoy en día.

LORD GORING. Estoy completamente de acuerdo contigo, padre. Si hubiera menos simpatía en el mundo, habría menos problemas en el mundo.

LORD CAVERSHAM. [Dirigiéndose a la sala de fumar.] Eso es una paradoja, hijo. Odio las paradojas.

LORD GORING. Yo también, padre. Hoy en día, todos los que uno encuentra son una paradoja. Es un gran fastidio. Hace que la sociedad sea tan obvia.

LORD CAVERSHAM. [Dándose la vuelta y mirando a su hijo bajo sus cejas espesas.] ¿Realmente siempre entiendes lo que dices, hijo?

LORD GORING. [Después de dudar un momento.] Sí, padre, si escucho atentamente.

LORD CAVERSHAM. [Indignado.] ¿Si escuchas atentamente?... ¡Joven presuntuoso!

[Se va refunfuñando hacia la sala de fumar. Entra PHIPPS.]

LORD GORING. Phipps, esta noche viene una dama a verme por un asunto particular. Muéstrala al salón cuando llegue. ¿Entiendes?

PHIPPS. Sí, mi lord.

LORD GORING. Es un asunto de la máxima importancia, Phipps.

PHIPPS. Entiendo, mi lord.

LORD GORING. No se debe admitir a nadie más, bajo ninguna circunstancia.

PHIPPS. Entiendo, mi lord. [Suena el timbre.]

LORD GORING. Ah! probablemente sea la dama. Iré a verla yo mismo.

[Justo cuando se dirige hacia la puerta, LORD CAVERSHAM entra desde la sala de fumar.]

LORD CAVERSHAM. ¿Bien, hijo? ¿Debo esperar a que me atiendas?

LORD GORING. [Visiblemente perplejo.] En un momento, padre. Disculpa. [LORD CAVERSHAM regresa.] Bueno, recuerda mis instrucciones, Phipps, en esa habitación.

PHIPPS. Sí, mi lord.

[LORD GORING entra en la sala de fumar. HAROLD, el lacayo, hace pasar a MRS. CHEVELEY. Como una Lamia, viste de verde y plata. Lleva una capa de satén negro, forrada con seda color hoja de rosa muerta.]

HAROLD. ¿Su nombre, señora?

MRS. CHEVELEY. [A PHIPPS, que se acerca hacia ella.] ¿No está Lord Goring aquí? Me dijeron que estaba en casa.

PHIPPS. Su señoría está ocupado en este momento con Lord Caversham, señora.

[Dirige una mirada fría y vidriosa a HAROLD, quien inmediatamente se retira.]

MRS. CHEVELEY. [Para sí misma.] ¡Qué muy filial!

PHIPPS. Su señoría me pidió que le pidiera, señora, que tuviera la amabilidad de esperar en el salón. Su señoría irá a verla allí.

MRS. CHEVELEY. [Con una mirada de sorpresa.] ¿Lord Goring me espera?

PHIPPS. Sí, señora.

MRS. CHEVELEY. ¿Estás seguro?

PHIPPS. Su señoría me dijo que si venía una dama, debía pedirle que esperara en el salón. [Va a la puerta del salón y la abre.] Las instrucciones de su señoría sobre el asunto fueron muy precisas.

MRS. CHEVELEY. [Para sí misma] ¡Qué considerado de su parte! Esperar lo inesperado muestra un intelecto completamente moderno. [Se dirige hacia el salón y mira dentro.] ¡Uf! Qué triste se ve siempre el salón de un soltero. Tendré que cambiar todo esto. [PHIPPS trae la lámpara de la mesa de escritura.] No, esa lámpara no me gusta. Es demasiado brillante. Enciende algunas velas.

PHIPPS. [Reemplaza la lámpara.] Por supuesto, señora.

MRS. CHEVELEY. Espero que las velas tengan pantallas muy favorecedoras.

PHIPPS. Hasta ahora no hemos recibido quejas sobre ellas, señora.

[Entra en el salón y comienza a encender las velas.]

MRS. CHEVELEY. [Para sí misma.] Me pregunto qué mujer estará esperando esta noche. Será delicioso atraparlo. Los hombres siempre se ven tan ridículos cuando son atrapados. Y siempre están siendo atrapados. [Mira alrededor de la habitación y se acerca a la mesa de escritura.] ¡Qué habitación tan interesante! ¡Qué cuadro tan interesante! Me pregunto cómo será su correspondencia. [Toma las cartas.] Oh, ¡qué correspondencia tan poco interesante! Facturas y tarjetas, deudas y viudas. ¿Quién en el mundo le escribe en papel rosa? ¡Qué tonto escribir en papel rosa! Parece el comienzo de una novela de clase media. El romance nunca debería comenzar con sentimiento. Debería comenzar con ciencia y terminar con un acuerdo. [Deja la carta, luego la toma de nuevo.] Reconozco esa letra. Es de Gertrude Chiltern. La recuerdo perfectamente. Los diez

mandamientos en cada trazo de la pluma, y la ley moral por toda la página. Me pregunto qué le estará escribiendo Gertrude. Algo horrible sobre mí, supongo. ¡Cómo detesto a esa mujer! [La lee.] 'Confío en ti. Te necesito. Voy hacia ti. Gertrude.' 'Confío en ti. Te necesito. Voy hacia ti.'

[Una mirada de triunfo aparece en su rostro. Está a punto de robar la carta, cuando entra PHIPPS.]

PHIPPS. Las velas en el salón están encendidas, señora, como usted indicó.

MRS. CHEVELEY. Gracias. [Se levanta apresuradamente y desliza la carta debajo de un gran libro de sobremesa con cubierta de plata que está sobre la mesa.]

PHIPPS. Espero que las pantallas sean de su agrado, señora. Son las más favorecedoras que tenemos. Son las mismas que su señoría usa cuando se viste para cenar.

MRS. CHEVELEY. [Con una sonrisa.] Entonces estoy segura de que serán perfectamente adecuadas.

PHIPPS. [Gravemente.] Gracias, señora.

[MRS. CHEVELEY entra en el salón. PHIPPS cierra la puerta y se retira. La puerta se abre lentamente y MRS. CHEVELEY sale y se dirige sigilosamente hacia la mesa de escritura. De repente se escuchan voces desde la sala de fumar. MRS. CHEVELEY se pone pálida y se detiene. Las voces se vuelven más fuertes y ella regresa al salón, mordiéndose el labio.]

[Entran LORD GORING y LORD CAVERSHAM.]

LORD GORING. [Expostulando.] Mi querido padre, si debo casarme, seguramente me permitirá elegir el momento, el lugar y la persona. Particularmente la persona.

LORD CAVERSHAM. [Con irritación.] Eso es asunto mío, señor. Probablemente harías una elección muy pobre. Soy yo quien debe

ser consultado, no tú. Hay propiedades en juego. No es un asunto de afecto. El afecto llega más tarde en la vida matrimonial.

LORD GORING. Sí. En la vida matrimonial el afecto llega cuando la gente realmente se desagrada, ¿verdad, padre?

LORD CAVERSHAM. Ciertamente, señor. Quiero decir, ciertamente no, señor. Estás hablando muy tontamente esta noche. Lo que digo es que el matrimonio es un asunto de sentido común.

LORD GORING. Pero las mujeres que tienen sentido común son curiosamente poco atractivas, padre, ¿no es así? Claro que solo hablo de oídas.

LORD CAVERSHAM. Ninguna mujer, bonita o fea, tiene sentido común en absoluto, señor. El sentido común es un privilegio de nuestro sexo.

LORD GORING. Exactamente. Y nosotros los hombres somos tan altruistas que nunca lo usamos, ¿verdad, padre?

LORD CAVERSHAM. Yo lo uso, señor. No uso nada más.

LORD GORING. Eso es lo que me dice mi madre.

LORD CAVERSHAM. Es el secreto de la felicidad de tu madre. Eres muy insensible

LORD GORING. Espero que no, padre.

[Se va por un momento. Luego regresa, visiblemente molesto, con SIR ROBERT CHILTERN.]

SIR ROBERT CHILTERN. Querido Arthur, ¡qué suerte encontrarte en la puerta! Tu criado acababa de decirme que no estabas en casa. ¡Qué extraordinario!

LORD GORING. La verdad es que estoy terriblemente ocupado esta noche, Robert, y di órdenes de que no estaba en casa para nadie. Incluso mi padre recibió una recepción más bien fría. Se quejó de corrientes de aire todo el tiempo.

SIR ROBERT CHILTERN. ¡Ah! Tienes que estar en casa para mí, Arthur. Eres mi mejor amigo. Quizás para mañana seas mi único amigo. Mi esposa lo ha descubierto todo.

LORD GORING. ¡Ah! ¡Lo suponía!

SIR ROBERT CHILTERN. [Mirándolo.] ¿En serio? ¿Cómo?

LORD GORING. [Después de dudar un poco.] Oh, simplemente por algo en la expresión de tu rostro cuando entraste. ¿Quién se lo dijo?

SIR ROBERT CHILTERN. La misma Sra. Cheveley. Y la mujer que amo sabe que comencé mi carrera con un acto de deshonestidad baja, que construí mi vida sobre arenas de vergüenza, que vendí, como un vulgar mercachifle, el secreto que me había sido confiado como hombre de honor. Doy gracias al cielo porque el pobre Lord Radley murió sin saber que lo traicioné. Quisiera haber muerto antes de haber sido tan horriblemente tentado, o de haber caído tan bajo. [Enterrando su rostro en sus manos.]

LORD GORING. [Después de una pausa.] ¿No has recibido nada de Viena aún, en respuesta a tu telegrama?

SIR ROBERT CHILTERN. [Levantando la vista.] Sí; recibí un telegrama del primer secretario a las ocho de esta noche.

LORD GORING. ¿Y bien?

SIR ROBERT CHILTERN. No se sabe nada absolutamente en contra de ella. Al contrario, ocupa una posición bastante alta en la sociedad. Es un secreto a voces que el Barón Arnheim le dejó la mayor parte de su inmensa fortuna. Más allá de eso no puedo averiguar nada.

LORD GORING. Entonces, no resulta ser una espía, ¿verdad?

SIR ROBERT CHILTERN. ¡Oh! Los espías ya no son útiles hoy en día. Su profesión ha terminado. Los periódicos hacen su trabajo en su lugar.

LORD GORING. Y lo hacen estupendamente bien.

SIR ROBERT CHILTERN. Arthur, estoy muerto de sed. ¿Puedo pedir algo? ¿Un poco de hock y seltzer?

LORD GORING. Por supuesto. Déjame hacerlo. [Toca el timbre.]

SIR ROBERT CHILTERN. ¡Gracias! No sé qué hacer, Arthur, no sé qué hacer, y tú eres mi único amigo. Pero qué amigo eres: el único amigo en quien puedo confiar. Puedo confiar en ti absolutamente, ¿verdad?

[Entra PHIPPS.]

LORD GORING. Mi querido Robert, por supuesto. ¡Oh! [A PHIPPS.] Trae algo de hock y seltzer.

PHIPPS. Sí, mi lord.

LORD GORING. ¡Y Phipps!

PHIPPS. Sí, mi lord.

LORD GORING. ¿Me disculpas un momento, Robert? Quiero dar unas instrucciones a mi criado.

SIR ROBERT CHILTERN. Por supuesto.

LORD GORING. Cuando esa dama llame, dile que no se espera que yo regrese a casa esta noche. Dile que me han llamado repentinamente fuera de la ciudad. ¿Entiendes?

PHIPPS. La dama está en esa habitación, mi lord. Usted me dijo que la llevara a esa habitación, mi lord.

LORD GORING. Hiciste perfectamente bien. [Sale PHIPPS.] Qué lío tengo. No; creo que saldré de esto. Le daré una lección a través de la puerta. Aunque es algo difícil de manejar.

SIR ROBERT CHILTERN. Arthur, dime qué debo hacer. Mi vida parece haberse desmoronado a mi alrededor. Soy un barco sin timón en una noche sin estrellas.

LORD GORING. Robert, amas a tu esposa, ¿verdad?

SIR ROBERT CHILTERN. La amo más que a nada en el mundo. Solía pensar que la ambición era lo más importante. No lo es. El amor es lo más grande en el mundo. No hay nada más que amor, y yo la amo. Pero estoy difamado en sus ojos. Soy vil en su mirada. Hay un abismo entre nosotros ahora. Ella me ha descubierto, Arthur, me ha descubierto.

LORD GORING. ¿Ella nunca ha cometido alguna locura, alguna indiscreción en su vida que no deba perdonar tu pecado?

SIR ROBERT CHILTERN. ¡Mi esposa! ¡Nunca! Ella no conoce lo que es debilidad o tentación. Yo soy de barro como otros hombres. Ella se mantiene aparte como lo hacen las buenas mujeres: implacable en su perfección, fría y dura y sin misericordia. Pero la amo, Arthur. No tenemos hijos y no tengo a nadie más a quien amar, nadie más que me ame. Quizás si Dios nos hubiera enviado hijos, ella podría haber sido más amable conmigo. Pero Dios nos ha dado una casa solitaria. Y ella ha partido mi corazón en dos. No hablemos más de eso. Fui brutal con ella esta noche. Pero supongo que cuando los pecadores hablan con los santos, siempre son brutales. Le dije cosas que eran horrorosamente verdaderas, desde mi lado, desde mi punto de vista, desde el punto de vista de los hombres. Pero no hablemos de eso.

LORD GORING. Tu esposa te perdonará. Quizás en este momento te está perdonando. Ella te ama, Robert. ¿Por qué no debería perdonarte?

SIR ROBERT CHILTERN. ¡Dios lo quiera! ¡Dios lo quiera! [Entierra su rostro en sus manos.] Pero hay algo más que tengo que decirte, Arthur.

[Entra PHIPPS con bebidas.]

PHIPPS. [Entrega a SIR ROBERT CHILTERN un hock y seltzer.] Hock y seltzer, señor.

SIR ROBERT CHILTERN. Gracias.

LORD GORING. ¿Está aquí tu carruaje, Robert?

SIR ROBERT CHILTERN. No; vine caminando desde el club.

LORD GORING. Sir Robert tomará mi taxi, Phipps.

PHIPPS. Sí, mi lord. [Sale.]

LORD GORING. Robert, no te importa que te envíe, ¿verdad?

SIR ROBERT CHILTERN. Arthur, déjame quedarme cinco minutos. He decidido lo que voy a hacer esta noche en la Cámara. El debate sobre el Canal Argentino comienza a las once. [Se cae una silla en el salón.] ¿Qué es eso?

LORD GORING. Nada.

SIR ROBERT CHILTERN. Escuché caer una silla en la habitación contigua. Alguien ha estado escuchando.

LORD GORING. No, no; no hay nadie allí.

SIR ROBERT CHILTERN. Hay alguien. Hay luces en la habitación y la puerta está entreabierta. Alguien ha estado escuchando cada secreto de mi vida. Arthur, ¿qué significa esto?

LORD GORING. Robert, estás alterado, desequilibrado. Te digo que no hay nadie en esa habitación. Siéntate, Robert.

SIR ROBERT CHILTERN. ¿Me das tu palabra de que no hay nadie allí?

LORD GORING. Sí.

SIR ROBERT CHILTERN. ¿Tu palabra de honor? [Se sienta.]

LORD GORING. Sí.

SIR ROBERT CHILTERN. [Se levanta.] Arthur, déjame ver por mí mismo.

LORD GORING. No, no.

SIR ROBERT CHILTERN. Si no hay nadie allí, ¿por qué no debería mirar en esa habitación? Arthur, debes dejarme entrar en esa habitación y asegurarme por mí mismo. Déjame saber que ningún

figón ha escuchado el secreto de mi vida. Arthur, no te das cuenta de lo que estoy pasando.

LORD GORING. Robert, esto debe terminar. Te he dicho que no hay nadie en esa habitación, eso es suficiente.

SIR ROBERT CHILTERN. [Se dirige a la puerta de la habitación.] No es suficiente. Insisto en entrar en esta habitación. Me has dicho que no hay nadie allí, así que ¿qué razón puedes tener para negármelo?

LORD GORING. ¡Por el amor de Dios, no! Hay alguien allí. Alguien a quien no debes ver.

SIR ROBERT CHILTERN. ¡Ah, lo sabía!

LORD GORING. Te prohíbo que entres en esa habitación.

SIR ROBERT CHILTERN. Hazte a un lado. Mi vida está en juego. Y no me importa quién esté allí. Sabré quién es a quien le he contado mi secreto y mi vergüenza. [Entra en la habitación.]

LORD GORING. ¡Grandes cielos! ¡Su propia esposa!

[SIR ROBERT CHILTERN regresa, con una mirada de desprecio y enfado en su rostro.]

SIR ROBERT CHILTERN. ¿Qué explicación tienes que darme por la presencia de esa mujer aquí?

LORD GORING. Robert, te juro por mi honor que esa dama está sin mancha y no tiene culpa alguna hacia ti.

SIR ROBERT CHILTERN. ¡Ella es vil, una cosa infame!

LORD GORING. No digas eso, Robert. Fue por ti que vino aquí. Vino aquí para intentar salvarte. Ella te ama y a nadie más.

SIR ROBERT CHILTERN. Estás loco. ¿Qué tengo que ver yo con sus intrigas contigo? ¡Déjala que siga siendo tu amante! Están bien el uno para el otro. Ella, corrupta y vergonzosa; tú, falso como amigo, traicionero como enemigo incluso.

LORD GORING. No es verdad, Robert. Ante el cielo, no es verdad. En su presencia y en la tuya explicaré todo.

SIR ROBERT CHILTERN. Déjame pasar, señor. Has mentido suficiente sobre tu palabra de honor.

[SIR ROBERT CHILTERN sale. LORD GORING corre hacia la puerta del salón, cuando MRS. CHEVELEY sale, luciendo radiante y muy divertida.]

MRS. CHEVELEY. [Con una reverencia burlona] ¡Buenas noches, Lord Goring!

LORD GORING. ¡Mrs. Cheveley! ¡Grandes cielos!... ¿Puedo preguntar qué hacías en mi salón?

MRS. CHEVELEY. Simplemente escuchando. Tengo una pasión perfecta por escuchar a través de las cerraduras. Siempre se escuchan cosas maravillosas a través de ellas.

LORD GORING. ¿No te parece eso como tentar a la Providencia?

MRS. CHEVELEY. ¡Oh! seguramente la Providencia puede resistir la tentación a estas alturas. [Le hace un gesto para que le quite la capa, lo cual él hace.]

LORD GORING. Me alegra que hayas venido. Voy a darte un buen consejo.

MRS. CHEVELEY. ¡Oh! por favor no. Nunca se le debe dar a una mujer algo que no pueda usar por la noche.

LORD GORING. Veo que sigues siendo tan voluntariosa como antes.

MRS. CHEVELEY. ¡Mucho más! He mejorado bastante. Tengo más experiencia.

LORD GORING. Demasiada experiencia es una cosa peligrosa. Por favor, fuma un cigarrillo. La mitad de las mujeres bonitas de Londres fuman cigarrillos. Personalmente, prefiero la otra mitad.

MRS. CHEVELEY. Gracias. Nunca fumo. A mi modista no le gustaría, y el primer deber de una mujer en la vida es para con su modista, ¿no es así? Lo que el segundo deber es, nadie lo ha descubierto aún.

LORD GORING. Has venido aquí para venderme la carta de Robert Chiltern, ¿no es así?

MRS. CHEVELEY. Para ofrecértela bajo ciertas condiciones. ¿Cómo lo adivinaste?

LORD GORING. Porque no has mencionado el tema. ¿La tienes contigo?

MRS. CHEVELEY. [Sentándose.] Oh, no. Un vestido bien hecho no tiene bolsillos.

LORD GORING. ¿Cuál es tu precio por ella?

MRS. CHEVELEY. ¡Qué absurdamente inglés eres! Los ingleses piensan que un talonario de cheques puede resolver todos los problemas de la vida. Querido Arthur, yo tengo mucho más dinero que tú, y tanto como Robert Chiltern ha conseguido. No es dinero lo que quiero.

LORD GORING. ¿Qué quieres entonces, Mrs. Cheveley?

MRS. CHEVELEY. ¿Por qué no me llamas Laura?

LORD GORING. No me gusta ese nombre.

MRS. CHEVELEY. Solías adorarlo.

LORD GORING. Sí: por eso. [MRS. CHEVELEY le hace un gesto para que se siente a su lado. Él sonrío y lo hace.]

MRS. CHEVELEY. Arthur, una vez me amaste.

LORD GORING. Sí.

MRS. CHEVELEY. Y me pediste que fuera tu esposa.

LORD GORING. Ese fue el resultado natural de amarte.

MRS. CHEVELEY. Y me dejaste porque viste, o dijiste haber visto, al pobre viejo Lord Mortlake intentando tener una coquetería violenta conmigo en el conservatorio en Tenby.

LORD GORING. Tengo la impresión de que mi abogado arregló ese asunto contigo en ciertos términos... dictados por ti misma.

MRS. CHEVELEY. En ese momento yo era pobre; tú eras rico.

LORD GORING. Exactamente. Por eso fingiste amarme.

MRS. CHEVELEY. [Encogiéndose de hombros.] Pobre viejo Lord Mortlake, que solo tenía dos temas de conversación, su gota y su esposa. Nunca pude entender de cuál de los dos estaba hablando. Usaba el lenguaje más horrible sobre ambos. Bueno, fuiste tonto, Arthur. Porque Lord Mortlake nunca fue más que un entretenimiento para mí. Uno de esos entretenimientos completamente tediosos que solo se encuentran en una casa de campo inglesa en un domingo rural inglés. No creo que nadie sea moralmente responsable de lo que hace en una casa de campo inglesa.

LORD GORING. Sí. Conozco a muchas personas que piensan eso.

MRS. CHEVELEY. Te amé, Arthur.

LORD GORING. Mi querida Mrs. Cheveley, siempre has sido demasiado inteligente para saber algo sobre el amor.

MRS. CHEVELEY. Te amé. Y tú me amaste. Sabes que me amaste; y el amor es algo muy maravilloso. Supongo que cuando un hombre ha amado una vez a una mujer, hará cualquier cosa por ella, excepto seguir amándola. [Pone su mano sobre la de él.]

LORD GORING. [Quitando su mano tranquilamente.] Sí: excepto eso.

MRS. CHEVELEY. [Después de una pausa.] Estoy cansada de vivir en el extranjero. Quiero volver a Londres. Quiero tener una casa encantadora aquí. Quiero tener un salón. Si solo se pudiera enseñar a los ingleses a hablar y a los irlandeses a escuchar, la sociedad aquí sería bastante civilizada. Además, he llegado a la etapa romántica.

Cuando te vi anoche en casa de los Chiltern, supe que eras la única persona que me había importado, si es que alguna vez me ha importado alguien, Arthur. Y entonces, en la mañana del día en que te cases conmigo, te daré la carta de Robert Chiltern. Esa es mi oferta. Te la daré ahora, si prometes casarte conmigo.

LORD GORING. ¿Ahora?

MRS. CHEVELEY. [Sonriendo.] Mañana.

LORD GORING. ¿Estás realmente seria?

MRS. CHEVELEY. Sí, bastante seria.

LORD GORING. Sería un esposo muy malo para ti.

MRS. CHEVELEY. No me importan los malos esposos. Ya he tenido dos. Me divertieron inmensamente.

LORD GORING. Quieres decir que te divertiste inmensamente, ¿no?

MRS. CHEVELEY. ¿Qué sabes tú sobre mi vida matrimonial?

LORD GORING. Nada: pero puedo leerla como un libro.

MRS. CHEVELEY. ¿Qué libro?

LORD GORING. [Levantándose.] El Libro de los Números.

MRS. CHEVELEY. ¿Crees que es encantador de tu parte ser tan grosero con una mujer en tu propia casa?

LORD GORING. En el caso de mujeres muy fascinantes, el sexo es un desafío, no una defensa.

MRS. CHEVELEY. Supongo que eso es un cumplido. Querido Arthur, a las mujeres nunca las desarma un cumplido. A los hombres siempre. Esa es la diferencia entre los dos sexos.

LORD GORING. Que yo sepa, las mujeres nunca están desarmadas por nada.

MRS. CHEVELEY. [Después de una pausa.] Entonces vas a permitir que tu mejor amigo, Robert Chiltern, sea arruinado, en lugar de

casarte con alguien que realmente tiene considerables atractivos. Pensé que te elevarías a alguna gran altura de sacrificio propio, Arthur. Creo que deberías. Y el resto de tu vida podrías pasarla contemplando tus propias perfecciones.

LORD GORING. Oh! Eso ya lo hago. Y el sacrificio propio es algo que debería prohibirse por ley. Es tan desmoralizador para las personas por quienes uno se sacrifica. Siempre terminan mal.

MRS. CHEVELEY. ¡Como si algo pudiera desmoralizar a Robert Chiltern! Parece que olvidas que conozco su verdadero carácter.

LORD GORING. Lo que tú conoces de él no es su verdadero carácter. Fue un acto de locura cometido en su juventud, deshonorables, lo admito, vergonzoso, lo admito, indigno de él, lo admito, y por lo tanto... no es su verdadero carácter.

MRS. CHEVELEY. ¡Cómo se defienden los hombres entre sí!

LORD GORING. ¡Cómo las mujeres se hacen la guerra entre sí!

MRS. CHEVELEY. [Amargamente.] Solo hago la guerra contra una mujer, contra Gertrude Chiltern. La odio. Ahora la odio más que nunca.

LORD GORING. Porque has traído una verdadera tragedia a su vida, supongo.

MRS. CHEVELEY. [Con desdén.] Oh, hay solo una verdadera tragedia en la vida de una mujer. El hecho de que su pasado siempre sea su amante, y su futuro invariablemente su marido.

LORD GORING. Lady Chiltern no sabe nada del tipo de vida al que te refieres.

MRS. CHEVELEY. Una mujer cuya talla de guantes es siete y tres cuartos nunca sabe mucho sobre nada. ¿Sabes que Gertrude siempre ha usado siete y tres cuartos? Esa es una de las razones por las que nunca hubo simpatía moral entre nosotras... Bueno, Arthur, supongo que esta entrevista romántica puede considerarse terminada. Admites que fue romántica, ¿no es así? Por el privilegio

de ser tu esposa, estaba lista para renunciar a un gran premio, el clímax de mi carrera diplomática. Tú rechazas. Muy bien. Si Sir Robert no apoya mi esquema argentino, lo expongo. VOILÀ TOUT.

LORD GORING. No debes hacer eso. Sería vil, horrible, infame.

MRS. CHEVELEY. [Encogiéndose de hombros.] Oh, no uses palabras grandes. Significan tan poco. Es una transacción comercial. Eso es todo. No tiene sentido mezclar sentimentalismos. Ofrecí venderle a Robert Chiltern algo. Si él no me paga mi precio, tendrá que pagarle un precio mayor al mundo. No hay más que decir. Debo irme. Adiós. ¿No vas a darme la mano?

LORD GORING. ¿A ti? No. Tu transacción con Robert Chiltern puede pasar como una asquerosa transacción comercial de una época comercial asquerosa; pero parece que has olvidado que viniste aquí esta noche para hablar de amor, tú cuyos labios profanaron la palabra amor, tú para quien la cosa es un libro bien sellado, fuiste esta tarde a la casa de una de las mujeres más nobles y gentiles del mundo para degradar a su marido en sus ojos, para intentar matar su amor por él, para poner veneno en su corazón y amarg

ura en su vida, para romper su ídolo, y tal vez, arruinar su alma. Eso no puedo perdonártelo. Eso fue horrible. Por eso no puede haber perdón.

MRS. CHEVELEY. Arthur, eres injusto conmigo. Créeme, eres bastante injusto conmigo. No fui a provocar a Gertrude en absoluto. No tenía idea de hacer algo así cuando entré. Llamé con Lady Markby simplemente para preguntar si un adorno, una joya, que perdí en alguna parte anoche, había sido encontrado en los Chiltern. Si no me crees, puedes preguntarle a Lady Markby. Ella te dirá que es cierto. La escena que ocurrió sucedió después de que Lady Markby se había ido, y realmente fue forzada por la grosería y las burlas de Gertrude. Llamé, ¡oh! - un poco por malicia si quieres - pero realmente para preguntar si se había encontrado un broche de diamantes mío. Ese fue el origen de todo.

LORD GORING. ¿Un broche de serpiente de diamantes con un rubí?

MRS. CHEVELEY. Sí. ¿Cómo lo sabes?

LORD GORING. Porque se ha encontrado. De hecho, yo mismo lo encontré y estúpidamente olvidé decirle nada al mayordomo cuando me iba. [Va al escritorio y abre los cajones.] Está en este cajón. No, ese. Este es el broche, ¿verdad? [Levanta el broche.]

MRS. CHEVELEY. Sí. Estoy tan contenta de recuperarlo. Era... un regalo.

LORD GORING. ¿No lo vas a llevar?

MRS. CHEVELEY. Claro, si tú me lo colocas. [LORD GORING de repente lo sujeta en su brazo.] ¿Por qué lo pones como una pulsera? Nunca supe que se podía llevar como pulsera.

LORD GORING. ¿De verdad?

MRS. CHEVELEY. [Extendiendo su brazo hermoso.] No; pero se ve muy bien en mí como una pulsera, ¿no es así?

LORD GORING. Sí; mucho mejor que cuando lo vi la última vez.

MRS. CHEVELEY. ¿Cuándo lo viste por última vez?

LORD GORING. [Con calma.] Oh, hace diez años, en Lady Berkshire, de quien lo robaste.

MRS. CHEVELEY. [Sorprendida.] ¿Qué quieres decir?

LORD GORING. Quiero decir que robaste ese adorno de mi prima, Mary Berkshire, a quien se lo di cuando se casó. Las sospechas recayeron sobre una miserable sirvienta, que fue despedida en desgracia. Lo reconocí anoche. Decidí no decir nada al respecto hasta que encontrara al ladrón. Ahora he encontrado al ladrón y he escuchado su propia confesión.

MRS. CHEVELEY. [Alzando la cabeza.] No es cierto.

LORD GORING. Sabes que es cierto. Por cierto, "ladrón" está escrito en tu rostro en este momento.

MRS. CHEVELEY. Negaré todo el asunto de principio a fin. Diré que nunca he visto esta miserable cosa, que nunca estuvo en mi posesión.

[MRS. CHEVELEY intenta quitarse la pulsera del brazo, pero no puede. LORD GORING observa divertido. Sus dedos delgados tiran de la joya sin conseguir nada. Una maldición se le escapa.]

LORD GORING. El inconveniente de robar algo, Mrs. Cheveley, es que uno nunca sabe lo maravilloso que es lo que uno roba. No puedes quitarte esa pulsera, a menos que sepas dónde está el resorte. Y veo que no sabes dónde está el resorte. Es bastante difícil de encontrar.

MRS. CHEVELEY. ¡Bruto! ¡Cobarde! [Intenta de nuevo desabrochar la pulsera, pero falla.]

LORD GORING. Oh, no uses palabras grandes. Significan tan poco.

MRS. CHEVELEY. [Vuelve a tirar de la pulsera en un paroxismo de rabia, con sonidos inarticulados. Luego se detiene y mira a LORD GORING.] ¿Qué vas a hacer?

LORD GORING. Voy a llamar a mi sirviente. Es un sirviente admirable. Siempre llega en el momento en que se le llama. Cuando llegue, le diré que traiga a la policía.

MRS. CHEVELEY. [Temblando.] ¿La policía? ¿Para qué?

LORD GORING. Mañana los Berkshire te procesarán. Para eso sirve la policía.

MRS. CHEVELEY. [Ahora en un agonía de terror físico. Su rostro está distorsionado. Su boca torcida. Una máscara ha caído de ella. Es, por el momento, terrible de ver.] No hagas eso. Haré cualquier cosa que quieras. Cualquier cosa en el mundo que quieras.

LORD GORING. Dame la carta de Robert Chiltern.

MRS. CHEVELEY. ¡Detente! ¡Detente! Dame tiempo para pensar.

LORD GORING. Dame la carta de Robert Chiltern.

MRS. CHEVELEY. No la tengo conmigo. Te la daré mañana.

LORD GORING. Sabes que estás mintiendo. Dámela ahora. [MRS. CHEVELEY saca la carta y se la entrega. Está horriblemente pálida.] ¿Esta es?

MRS. CHEVELEY. [Con voz ronca.] Sí.

LORD GORING. [Toma la carta, la examina, suspira y la quema con la lámpara.] Para ser una mujer tan bien vestida, Mrs. Cheveley, tienes momentos de admirable sentido común. Te felicito.

MRS. CHEVELEY. [Ve la carta de LADY CHILTERN, cuya cubierta asoma por debajo del portafolios.] Por favor, tráeme un vaso de agua.

LORD GORING. Claro. [Va a un rincón de la habitación y vierte un vaso de agua. Mientras está de espaldas, MRS. CHEVELEY roba la carta de LADY CHILTERN. Cuando LORD GORING regresa con el vaso, ella lo rechaza con un gesto.]

MRS. CHEVELEY. Gracias. ¿Me ayudas con mi abrigo?

LORD GORING. Con gusto. [Le pone el abrigo.]

MRS. CHEVELEY. Gracias. Nunca volveré a intentar dañar a Robert Chiltern.

LORD GORING. Afortunadamente, ya no tienes la oportunidad, Mrs. Cheveley.

MRS. CHEVELEY. Bueno, aunque tuviera la oportunidad, no lo haría. Al contrario, voy a hacerle un gran servicio.

LORD GORING. Me alegra oírlo. Es una reforma.

MRS. CHEVELEY. Sí. No soporto ver a un caballero tan íntegro, un caballero inglés tan honorable, siendo engañado tan vergonzosamente, y así...

LORD GORING. ¿Y bien?

MRS. CHEVELEY. Descubro que de alguna manera el discurso de despedida y la confesión de Gertrude Chiltern han terminado en mi

bolsillo.

LORD GORING. ¿Qué quieres decir?

MRS. CHEVELEY. [Con un amargo tono de triunfo en su voz.] Quiero decir que voy a enviarle a Robert Chiltern la carta de amor que su esposa te escribió esta noche.

LORD GORING. ¿Carta de amor?

MRS. CHEVELEY. [Riendo.] 'Te quiero. Confío en ti. Voy a verte. Gertrude.'

[LORD GORING se apresura al escritorio y toma el sobre, lo encuentra vacío y se vuelve.]

LORD GORING. Mujer despreciable, ¿debes siempre estar robando? Devuélveme esa carta. La tomaré por la fuerza. No saldrás de mi habitación hasta que la tenga.

[Él se lanza hacia ella, pero MRS. CHEVELEY inmediatamente pone su mano en el timbre eléctrico que está en la mesa. El timbre suena con reverberaciones estridentes y entra PHIPPS.]

MRS. CHEVELEY. [Después de una pausa.] Lord Goring simplemente tocó el timbre para que usted me acompañara a la salida. ¡Buenas noches, Lord Goring!

[Se va seguida por PHIPPS. Su rostro está iluminado con un triunfo maligno. Hay alegría en sus ojos. La juventud parece haber vuelto a ella. Su última mirada es como una flecha rápida. LORD GORING se muerde el labio y enciende un cigarrillo.]

CAE EL TELÓN.

CUARTO ACTO

ESCENA

La misma que en el Acto II.

[LORD GORING está de pie junto a la chimenea con las manos en los bolsillos. Parece bastante aburrido.]

LORD GORING. [Saca su reloj, lo inspecciona y toca el timbre.] Es una gran molestia. No encuentro a nadie en esta casa con quien hablar. Y estoy lleno de información interesante. Me siento como la última edición de algo.

[Entra el sirviente.]

JAMES. Sir Robert sigue en el Ministerio de Asuntos Exteriores, mi lord.

LORD GORING. ¿Lady Chiltern aún no ha bajado?

JAMES. Su señoría aún no ha salido de su habitación. Miss Chiltern acaba de llegar de montar a caballo.

LORD GORING. [Para sí mismo.] ¡Ah! Eso es algo.

JAMES. Lord Caversham ha estado esperando un tiempo en la biblioteca por Sir Robert. Le dije que su señoría estaba aquí.

LORD GORING. ¡Gracias! ¿Podría decirle amablemente que me he ido?

JAMES. [Haciendo una reverencia.] Así lo haré, mi lord.

[El sirviente se retira.]

LORD GORING. Realmente, no quiero encontrarme con mi padre tres días seguidos. Es demasiada emoción para cualquier hijo. Espero que no suba. Los padres no deberían ser vistos ni oídos. Esa es la única base adecuada para la vida familiar. Las madres son

diferentes. Las madres son encantadoras. [Se deja caer en una silla, toma un periódico y comienza a leerlo.]

[Entra LORD CAVERSHAM.]

LORD CAVERSHAM. Bueno, señor, ¿qué estás haciendo aquí? Supongo que desperdiciando tu tiempo como de costumbre.

LORD GORING. [Deja el periódico y se levanta.] Mi querido padre, cuando uno hace una visita es con el propósito de desperdiciar el tiempo de los demás, no el propio.

LORD CAVERSHAM. ¿Has pensado en lo que te hablé anoche?

LORD GORING. No he pensado en otra cosa.

LORD CAVERSHAM. ¿Comprometido para casarte ya?

LORD GORING. [Amablemente.] Todavía no: pero espero estarlo antes de la hora del almuerzo.

LORD CAVERSHAM. [Con sarcasmo.] Puedes tener hasta la hora de la cena si te conviene.

LORD GORING. Muchas gracias, pero creo que prefiero comprometerme antes del almuerzo.

LORD CAVERSHAM. ¡Humph! Nunca sé cuándo hablas en serio o no.

LORD GORING. Yo tampoco, padre.

[Una pausa.]

LORD CAVERSHAM. Supongo que has leído THE TIMES esta mañana.

LORD GORING. [Con ligereza.] ¿THE TIMES? Ciertamente no. Solo leo THE MORNING POST. Todo lo que uno debe saber sobre la vida moderna es dónde están las duquesas; cualquier otra cosa es bastante desmoralizante.

LORD CAVERSHAM. ¿Quieres decir que no has leído el artículo principal de THE TIMES sobre la carrera de Robert Chiltern?

LORD GORING. ¡Cielos! No. ¿Qué dice?

LORD CAVERSHAM. ¿Qué debería decir, señor? Todo elogioso, por supuesto. El discurso de Chiltern anoche sobre este esquema del Canal Argentino fue una de las piezas más finas de oratoria jamás entregadas en la Cámara desde Canning.

LORD GORING. ¡Ah! Nunca he oído hablar de Canning. Nunca quise. Y, ¿Chiltern apoyó el esquema?

LORD CAVERSHAM. ¿Apoyarlo, señor? ¡Cuán poco lo conoces! Por el contrario, lo denunció rotundamente, y todo el sistema de finanzas políticas modernas. Este discurso es el punto de inflexión en su carrera, como señala THE TIMES. Deberías leer este artículo, señor. [Abre THE TIMES.] 'Sir Robert Chiltern... el más prominente de nuestros jóvenes estadistas... Brillante orador... Carrera intachable... Integridad de carácter bien conocida... Representa lo mejor de la vida pública inglesa... Noble contraste con la laxa moralidad tan común entre los políticos extranjeros.' Nunca dirán eso de ti, señor.

LORD GORING. Sinceramente lo espero, padre. Sin embargo, estoy encantado con lo que me cuentas sobre Robert, completamente encantado. Demuestra que tiene coraje.

LORD CAVERSHAM. Tiene más que coraje, señor, tiene genio.

LORD GORING. ¡Ah! Prefiero el coraje. No es tan común hoy en día como el genio.

LORD CAVERSHAM. Desearía que te presentaras al Parlamento.

LORD GORING. Mi querido padre, solo las personas que parecen aburridas llegan a la Cámara de los Comunes, y solo las personas que son aburridas tienen éxito allí.

LORD CAVERSHAM. ¿Por qué no intentas hacer algo útil en la vida?

LORD GORING. Soy demasiado joven.

LORD CAVERSHAM. [Testilmente.] Detesto esta afectación de juventud, señor. Es demasiado prevalente hoy en día.

LORD GORING. La juventud no es una afectación. La juventud es un arte.

LORD CAVERSHAM. ¿Por qué no le propones matrimonio a esa encantadora Miss Chiltern?

LORD GORING. Tengo un temperamento muy nervioso, especialmente por las mañanas.

LORD CAVERSHAM. No supongo que haya la menor posibilidad de que ella te acepte.

LORD GORING. No sé cómo están las apuestas hoy.

LORD CAVERSHAM. Si ella te aceptara, sería la tonta más bonita de Inglaterra.

LORD GORING. Eso es justo lo que me gustaría casarme. Una esposa completamente sensata me reduciría a un estado de idiotez absoluta en menos de seis meses.

LORD CAVERSHAM. No la mereces, señor.

LORD GORING. Mi querido padre, si los hombres nos casáramos con las mujeres que merecemos, pasaríamos un mal rato.

[Entra MABEL CHILTERN.]

MABEL CHILTERN. ¡Oh!... ¿Cómo estás, Lord Caversham? Espero que Lady Caversham esté bastante bien.

LORD CAVERSHAM. Lady Caversham está como siempre, como siempre.

LORD GORING. Buenos días, Miss Mabel.

MABEL CHILTERN. [Sin prestar atención alguna a LORD GORING y dirigiéndose exclusivamente a LORD CAVERSHAM.] Y los sombreros de Lady Caversham... ¿están algo mejor?

LORD CAVERSHAM. Han tenido una recaída grave, me temo.

LORD GORING. Buenos días, Miss Mabel.

MABEL CHILTERN. [A LORD CAVERSHAM.] Espero que no sea necesaria una operación.

LORD CAVERSHAM. [Sonriendo ante su atrevimiento.] Si lo es, tendremos que darle a Lady Caversham un narcótico. De otra manera, nunca consentiría en que le tocaran una pluma.

LORD GORING. [Con énfasis creciente.] ¡Buenos días, Miss Mabel!

MABEL CHILTERN. [Girándose con fingida sorpresa.] Oh, ¿estás aquí? Por supuesto, comprendes que después de que no te presentaste a nuestra cita, nunca volveré a hablar contigo.

LORD GORING. Oh, por favor no digas eso. Eres la única persona en Londres a la que realmente me gusta escuchar.

MABEL CHILTERN. Lord Goring, nunca creo ni una sola palabra de lo que tú o yo nos decimos el uno al otro.

LORD CAVERSHAM. Tienes toda la razón, querida, toda la razón... en lo que a él se refiere, quiero decir.

MABEL CHILTERN. ¿Cree que podría hacer que su hijo se comportara un poco mejor de vez en cuando? Solo para variar.

LORD CAVERSHAM. Lamento decir, Miss Chiltern, que no tengo ninguna influencia sobre mi hijo. Desearía tenerla. Si la tuviera, sé lo que le haría hacer.

MABEL CHILTERN. Me temo que él tiene una de esas naturalezas terriblemente débiles que no son susceptibles a la influencia.

LORD CAVERSHAM. Es muy insensible, muy insensible.

LORD GORING. Me parece que estoy un poco de más aquí.

MABEL CHILTERN. Es muy bueno para ti estar de más y saber lo que la gente dice de ti a tus espaldas.

LORD GORING. No me gusta en absoluto saber lo que la gente dice de mí a mis espaldas. Me hace demasiado vanidoso.

LORD CAVERSHAM. Después de eso, querida, realmente debo decirte buenos días.

MABEL CHILTERN. ¡Oh! Espero que no vayas a dejarme sola con Lord Goring, especialmente a una hora tan temprana del día.

LORD CAVERSHAM. Me temo que no puedo llevarlo conmigo a Downing Street. No es el día del Primer Ministro para ver a los desempleados.

[Se da la mano con MABEL CHILTERN, toma su sombrero y bastón, y sale, con una mirada de indignación final hacia LORD GORING.]

MABEL CHILTERN. [Toma unas rosas y comienza a arreglarlas en un jarrón sobre la mesa.] Las personas que no cumplen sus citas en el parque son horribles.

LORD GORING. Detestables.

MABEL CHILTERN. Me alegra que lo admitas. Pero desearía que no te viera tan complacido al respecto.

LORD GORING. No puedo evitarlo. Siempre parezco complacido cuando estoy contigo.

MABEL CHILTERN. [Tristemente.] Entonces supongo que es mi deber quedarme contigo.

LORD GORING. Por supuesto que lo es.

MABEL CHILTERN. Bueno, mi deber es algo que nunca hago, por principio. Siempre me deprime. Así que me temo que debo dejarte.

LORD GORING. Por favor no lo hagas, Miss Mabel. Tengo algo muy particular que decirte.

MABEL CHILTERN. [Con entusiasmo.] ¡Oh! ¿Es una propuesta?

LORD GORING. [Algo desconcertado.] Bueno, sí, lo es, debo decir que lo es.

MABEL CHILTERN. [Con un suspiro de placer.] Me alegra tanto. Esa es la segunda hoy.

LORD GORING. [Indignado.] ¿La segunda hoy? ¿Qué presuntuoso ha sido lo suficientemente impertinente como para atreverse a proponerte antes de que yo lo hiciera?

MABEL CHILTERN. Tommy Trafford, por supuesto. Es uno de los días de propuestas de Tommy. Siempre propone los martes y jueves, durante la temporada.

LORD GORING. Espero que no lo hayas aceptado, ¿verdad?

MABEL CHILTERN. Tengo la regla de nunca aceptar a Tommy. Por eso sigue proponiéndome matrimonio. Claro, como no apareciste esta mañana, casi le digo que sí. Habría sido una excelente lección tanto para él como para ti si lo hubiera hecho. Les habría enseñado a ambos mejores modales.

LORD GORING. ¡Bah, Tommy Trafford! Tommy es un tonto. Te amo.

MABEL CHILTERN. Lo sé. Y creo que podrías haberlo mencionado antes. Estoy segura de que te he dado montones de oportunidades.

LORD GORING. Mabel, por favor, sé seria. Por favor, sé seria.

MABEL CHILTERN. ¡Ah! eso es lo que un hombre siempre le dice a una chica antes de casarse con ella. Nunca lo dice después.

LORD GORING. [Tomando su mano.] Mabel, te he dicho que te amo. ¿No puedes amarme un poco a cambio?

MABEL CHILTERN. ¡Arthur, qué tonto eres! Si supieras algo sobre... algo, lo que no sabes, sabrías que te adoro. Todo Londres lo sabe, excepto tú. Es un escándalo público lo mucho que te adoro. He estado durante los últimos seis meses diciéndole a toda la sociedad que te adoro. Me sorprende que consientas en hablarme. No me queda nada de reputación. Al menos, me siento tan feliz que estoy bastante segura de que no me queda nada de reputación.

LORD GORING. [La atrapa en sus brazos y la besa. Luego hay una pausa de dicha.] ¡Querida! ¿Sabes que tenía un miedo terrible de que me rechazaras?

MABEL CHILTERN. [Mirándolo.] Pero nunca te han rechazado antes, ¿verdad, Arthur? No puedo imaginar a nadie rechazándote.

LORD GORING. [Después de besarla de nuevo.] Por supuesto que no soy lo suficientemente bueno para ti, Mabel.

MABEL CHILTERN. [Acurrucándose junto a él.] Me alegra, querido. Temía que lo fueras.

LORD GORING. [Después de dudar un poco.] Y... tengo un poco más de treinta.

MABEL CHILTERN. Querido, pareces semanas más joven que eso.

LORD GORING. [Entusiasmado.] ¡Qué dulce de tu parte decir eso!... Y es justo decirte francamente que soy terriblemente derrochador.

MABEL CHILTERN. Pero yo también lo soy, Arthur. Así que seguro que estaremos de acuerdo. Y ahora debo ir a ver a Gertrude.

LORD GORING. ¿De verdad debes irte? [La besa.]

MABEL CHILTERN. Sí.

LORD GORING. Entonces dile que quiero hablar con ella en particular. He estado esperando aquí toda la mañana para verla a ella o a Robert.

MABEL CHILTERN. ¿Quieres decir que no viniste aquí expresamente para proponerme matrimonio?

LORD GORING. [Triunfante.] No; eso fue un destello de genialidad.

MABEL CHILTERN. Tu primero.

LORD GORING. [Con determinación.] Mi último.

MABEL CHILTERN. Me alegra escuchar eso. Ahora no te muevas. Volveré en cinco minutos. Y no caigas en ninguna tentación mientras estoy fuera.

LORD GORING. Querida Mabel, mientras tú no estás, no hay ninguna. Me hace horriblemente dependiente de ti.

[Entra LADY CHILTERN.]

LADY CHILTERN. ¡Buenos días, querida! ¡Qué guapa estás!

MABEL CHILTERN. ¡Qué pálida te ves, Gertrude! ¡Te queda muy bien!

LADY CHILTERN. ¡Buenos días, Lord Goring!

LORD GORING. [Haciendo una reverencia.] ¡Buenos días, Lady Chiltern!

MABEL CHILTERN. [En voz baja a LORD GORING.] Estaré en el invernadero bajo la segunda palmera a la izquierda.

LORD GORING. ¿La segunda a la izquierda?

MABEL CHILTERN. [Con una mirada de sorpresa fingida.] Sí; la palmera de siempre.

[Le envía un beso, sin que LADY CHILTERN lo vea, y sale.]

LORD GORING. Lady Chiltern, tengo algo de muy buenas noticias para contarte. Mrs. Cheveley me entregó anoche la carta de Robert y la quemé. Robert está a salvo.

LADY CHILTERN. [Se desploma en el sofá.] ¡A salvo! ¡Oh! Estoy tan contenta de eso. Qué buen amigo eres para él, para nosotros.

LORD GORING. Solo hay una persona que ahora podría decirse que está en algún peligro.

LADY CHILTERN. ¿Quién es?

LORD GORING. [Sentándose a su lado.] Usted misma.

LADY CHILTERN. ¿Yo? ¿En peligro? ¿Qué quieres decir?

LORD GORING. Peligro es una palabra demasiado grande. Es una palabra que no debería haber usado. Pero admito que tengo algo que contarte que puede afligirte, que me aflige terriblemente. Ayer por la noche me escribiste una carta muy hermosa y femenina,

pidiéndome ayuda. Me escribiste como una de tus amigas más antiguas, una de las amigas más antiguas de tu esposo. Mrs. Cheveley robó esa carta de mis habitaciones.

LADY CHILTERN. Bueno, ¿de qué le sirve a ella? ¿Por qué no debería tenerla?

LORD GORING. [Levantándose.] Lady Chiltern, seré completamente franco contigo. Mrs. Cheveley interpreta esa carta de cierta manera y propone enviársela a tu esposo.

LADY CHILTERN. Pero, ¿qué interpretación podría darle?... ¡Oh! No eso, ¡no eso! Si yo, en... en problemas y queriendo tu ayuda, confiando en ti, propongo venir a ti... para que me aconsejes... me ayudes... ¡Oh! ¿Hay mujeres tan horribles como esa...? ¿Y ella propone enviársela a mi esposo? Cuéntame qué pasó. Cuéntame todo lo que pasó.

LORD GORING. Mrs. Cheveley estaba escondida en una habitación adyacente a mi biblioteca, sin que yo lo supiera. Pensé que la persona que estaba esperando en esa habitación para verme eras tú. Robert entró inesperadamente. Una silla o algo cayó en la habitación. Él forzó la entrada y la descubrió. Tuvimos una escena terrible. Todavía pensaba que eras tú. Se fue enojado. Al final de todo, Mrs. Cheveley se apoderó de tu carta, la robó, no sé cuándo ni cómo.

LADY CHILTERN. ¿A qué hora ocurrió esto?

LORD GORING. A las diez y media. Y ahora propongo que le contemos todo a Robert de una vez.

LADY CHILTERN. [Mirándolo con asombro que roza el terror.] ¿Quieres que le diga a Robert que la mujer que esperabas no era Mrs. Cheveley, sino yo? ¿Que pensabas que era yo quien estaba escondida en una habitación de tu casa, a las diez y media de la noche? ¿Quieres que le diga eso?

LORD GORING. Creo que es mejor que él sepa la verdad exacta.

LADY CHILTERN. [Levantándose.] ¡Oh, no podría, no podría!

LORD GORING. ¿Puedo hacerlo yo?

LADY CHILTERN. No.

LORD GORING. [Gravemente.] Estás equivocada, Lady Chiltern.

LADY CHILTERN. No. La carta debe ser interceptada. Eso es todo. Pero, ¿cómo puedo hacerlo? Le llegan cartas en todo momento del día. Sus secretarios las abren y se las entregan. No me atrevo a pedir a los sirvientes que me traigan sus cartas. Sería imposible. ¡Oh! ¿Por qué no me dices qué hacer?

LORD GORING. Por favor, mantén la calma, Lady Chiltern, y responde a las preguntas que te voy a hacer. Dijiste que sus secretarios abren sus cartas.

LADY CHILTERN. Sí.

LORD GORING. ¿Quién está con él hoy? ¿Mr. Trafford, verdad?

LADY CHILTERN. No. Creo que es Mr. Montford.

LORD GORING. ¿Puedes confiar en él?

LADY CHILTERN. [Con un gesto de desesperación.] ¡Oh! ¿Cómo puedo saberlo?

LORD GORING. Él haría lo que tú le pidieras, ¿verdad?

LADY CHILTERN. Creo que sí.

LORD GORING. Tu carta estaba en papel rosa. Él podría reconocerla sin leerla, ¿no? ¿Por el color?

LADY CHILTERN. Supongo que sí.

LORD GORING. ¿Está él en la casa ahora?

LADY CHILTERN. Sí.

LORD GORING. Entonces iré a verlo yo mismo y le diré que cierta carta, escrita en papel rosa, debe ser enviada a Robert hoy, y que a toda costa no debe llegar a él. [Va a la puerta y la abre.] ¡Oh! Robert está subiendo las escaleras con la carta en la mano. Ya la ha recibido.

LADY CHILTERN. [Con un grito de dolor.] ¡Oh! has salvado su vida; ¿qué has hecho con la mía?

[Entra SIR ROBERT CHILTERN. Tiene la carta en la mano y la está leyendo. Se acerca a su esposa, sin notar la presencia de LORD GORING.]

SIR ROBERT CHILTERN. "Te quiero. Confío en ti. Voy a verte. Gertrude." ¡Oh, mi amor! ¿Es esto cierto? ¿De verdad confías en mí y me quieres? Si es así, yo debí haber ido a ti, no tú escribir sobre venir a mí. Esta carta tuya, Gertrude, me hace sentir que nada de lo que el mundo pueda hacerme me puede lastimar ahora. ¿Me quieres, Gertrude?

[LORD GORING, sin ser visto por SIR ROBERT CHILTERN, hace una señal implorante a LADY CHILTERN para que acepte la situación y el error de SIR ROBERT.]

LADY CHILTERN. Sí.

SIR ROBERT CHILTERN. ¿Confías en mí, Gertrude?

LADY CHILTERN. Sí.

SIR ROBERT CHILTERN. ¡Ah! ¿por qué no añadiste que me amabas?

LADY CHILTERN. [Tomando su mano.] Porque te amo.

[LORD GORING pasa al conservatorio.]

SIR ROBERT CHILTERN. [La besa.] Gertrude, no sabes lo que siento. Cuando Montford me pasó tu carta en la mesa —la había abierto por error, supongo, sin mirar la escritura en el sobre— y la leí, ¡oh! no me importaba qué desgracia o castigo me esperaba, solo pensaba que aún me amabas.

LADY CHILTERN. No hay desgracia que esperarte, ni ninguna vergüenza pública. Mrs. Cheveley le ha entregado a Lord Goring el documento que poseía, y él lo ha destruido.

SIR ROBERT CHILTERN. ¿Estás segura de esto, Gertrude?

LADY CHILTERN. Sí; Lord Goring acaba de decírmelo.

SIR ROBERT CHILTERN. ¡Entonces estoy a salvo! ¡Oh! Qué maravilloso es estar a salvo. He estado aterrorizado durante dos días. Ahora estoy seguro. ¿Cómo destruyó Arthur mi carta? Dímelo.

LADY CHILTERN. La quemó.

SIR ROBERT CHILTERN. Desearía haber visto ese pecado de mi juventud convertirse en cenizas. ¡Cuántos hombres en la vida moderna desearían ver su pasado arder hasta convertirse en cenizas blancas delante de ellos! ¿Arthur sigue aquí?

LADY CHILTERN. Sí, está en el conservatorio.

SIR ROBERT CHILTERN. Me alegra tanto ahora haber hecho ese discurso anoche en la Cámara. Estoy tan contento. Lo hice pensando que el resultado podría ser una deshonra pública. Pero no ha sido así.

LADY CHILTERN. El resultado ha sido un honor público.

SIR ROBERT CHILTERN. Creo que sí. Casi lo temo. Porque aunque estoy a salvo de ser descubierto, aunque toda prueba en mi contra está destruida, supongo, Gertrude... supongo que debería retirarme de la vida pública. [Mira ansiosamente a su esposa.]

LADY CHILTERN. [Con entusiasmo.] Oh sí, Robert, deberías hacer eso. Es tu deber hacerlo.

SIR ROBERT CHILTERN. Es mucho lo que se renuncia.

LADY CHILTERN. No; será mucho lo que se gane.

[SIR ROBERT CHILTERN camina de un lado a otro de la habitación con expresión preocupada. Luego se acerca a su esposa y pone su mano sobre su hombro.]

SIR ROBERT CHILTERN. ¿Y serías feliz viviendo en algún lugar solos tú y yo, en el extranjero tal vez, o en el campo lejos de Londres, lejos de la vida pública? ¿No tendrías ningún arrepentimiento?

LADY CHILTERN. ¡Oh! Ninguno, Robert.

SIR ROBERT CHILTERN. [Tristemente.] ¿Y tu ambición por mí? Solías tener ambiciones por mí.

LADY CHILTERN. Oh, mi ambición. Ya no tengo ninguna, solo que los dos nos amemos. Fue tu ambición la que te desvió. No hablemos más de ambiciones.

[LORD GORING regresa del conservatorio, luciendo muy complacido consigo mismo y con un nuevo ojal que alguien le ha hecho.]

SIR ROBERT CHILTERN. [Acercándose a él.] Arthur, tengo que agradecerte por lo que has hecho por mí. No sé cómo puedo recompensarte. [Le da la mano.]

LORD GORING. Mi querido amigo, te lo diré de inmediato. En este momento, bajo la palmera habitual... quiero decir, en el conservatorio...

[Entra MASON.]

MASON. Lord Caversham.

LORD GORING. Ese admirable padre mío realmente tiene la costumbre de aparecer en el momento equivocado. Es muy desalmado de su parte, muy desalmado.

[Entra LORD CAVERSHAM. MASON se va.]

LORD CAVERSHAM. ¡Buenos días, Lady Chiltern! Mis más cálidas felicitaciones para ti, Chiltern, por tu brillante discurso de anoche. Acabo de dejar al Primer Ministro, y vas a ocupar el asiento vacante en el Gabinete.

SIR ROBERT CHILTERN. [Con una mirada de alegría y triunfo.] ¿Un asiento en el Gabinete?

LORD CAVERSHAM. Sí; aquí está la carta del Primer Ministro. [Entrega la carta.]

SIR ROBERT CHILTERN. [Toma la carta y la lee.] ¡Un asiento en el Gabinete!

LORD CAVERSHAM. Ciertamente, y bien lo mereces también. Tienes lo que tanto necesitamos en la vida política hoy en día: un carácter elevado, un tono moral elevado, principios elevados. [A LORD GORING.] Todo lo que tú no tienes, señor, y nunca tendrás.

LORD GORING. No me gustan los principios, padre. Prefiero los prejuicios.

[SIR ROBERT CHILTERN está a punto de aceptar la oferta del Primer Ministro, cuando ve a su esposa mirándolo con sus ojos claros y sinceros. Entonces se da cuenta de que es imposible.]

SIR ROBERT CHILTERN. No puedo aceptar esta oferta, Lord Caversham. He decidido rechazarla.

LORD CAVERSHAM. ¿Rechazarla, señor?

SIR ROBERT CHILTERN. Mi intención es retirarme de inmediato de la vida pública.

LORD CAVERSHAM. [Enfadado.] ¿Rechazar un asiento en el Gabinete y retirarse de la vida pública? Nunca he oído semejante tontería en toda mi existencia. Pido disculpas, Lady Chiltern. Chiltern, te pido disculpas. [A LORD GORING.] No sonrías así, señor.

LORD GORING. No, padre.

LORD CAVERSHAM. Lady Chiltern, usted es una mujer sensata, la mujer más sensata de Londres, la mujer más sensata que conozco. ¿Podría amablemente evitar que su esposo cometa tal... que tome tal... ¿Podría amablemente hacer eso, Lady Chiltern?

LADY CHILTERN. Creo que mi esposo está en lo correcto en su determinación, Lord Caversham. La apruebo.

LORD CAVERSHAM. ¿La aprueba? ¡Dios mío!

LADY CHILTERN. [Tomando la mano de su esposo.] Lo admiro por ello. Lo admiro inmensamente por ello. Nunca lo había admirado tanto como ahora. Es incluso mejor de lo que pensaba. [A SIR

ROBERT CHILTERN.] Vas a escribir tu carta al Primer Ministro ahora, ¿verdad? No dudes en hacerlo, Robert.

SIR ROBERT CHILTERN. [Con un toque de amargura.] Supongo que es mejor escribirla de inmediato. Este tipo de ofertas no se repiten. Permíteme excusarme un momento, Lord Caversham.

LADY CHILTERN. Puedo acompañarte, Robert, ¿verdad?

SIR ROBERT CHILTERN. Sí, Gertrude.

[LADY CHILTERN sale con él.]

LORD CAVERSHAM. ¿Qué les pasa a esta familia? ¿Hay algo mal aquí, eh? [Golpeándose la frente.] ¿Idiotismo? Supongo que es hereditario. Ambos, además. La esposa tanto como el esposo. Muy triste. Muy triste, en efecto. Y no son una familia antigua. No lo entiendo.

LORD GORING. No es idiotismo, padre, te lo aseguro.

LORD CAVERSHAM. ¿Entonces qué es, señor?

LORD GORING. [Tras dudar un poco.] Bueno, es lo que se llama hoy en día un alto tono moral, padre. Eso es todo.

LORD CAVERSHAM. Detesto estos nombres modernos. Es lo mismo que solíamos llamar idiotismo hace cincuenta años. No me quedaré más tiempo en esta casa.

LORD GORING. [Tomándolo del brazo.] Oh, entra aquí un momento, padre. La tercera palmera a la izquierda, la palmera habitual.

LORD CAVERSHAM. ¿Qué, señor?

LORD GORING. Pido disculpas, padre, me olvidé. El conservatorio, padre, el conservatorio; hay alguien allí con quien quiero que hables.

LORD CAVERSHAM. ¿Sobre qué, señor?

LORD GORING. Sobre mí, padre.

LORD CAVERSHAM. [Severamente.] No es un tema sobre el cual se pueda ser muy elocuente.

LORD GORING. No, padre; pero a la señora le pasa como a mí. No le importa mucho la elocuencia en los demás. Cree que es un poco exagerada.

[LORD CAVERSHAM sale hacia el conservatorio. Entra LADY CHILTERN.]

LORD GORING. Lady Chiltern, ¿por qué está jugando las cartas de la señora Cheveley?

LADY CHILTERN. [Sorprendida.] No te entiendo.

LORD GORING. La señora Cheveley intentó arruinar a su esposo. O bien expulsarlo de la vida pública, o hacer que adopte una posición deshonrosa. Del último usted lo salvó. Ahora le está empujando hacia el primero. ¿Por qué debería hacerle el daño que la señora Cheveley intentó y no logró?

LADY CHILTERN. Lord Goring.

LORD GORING. [Reuniendo energías para un gran esfuerzo, mostrando al filósofo que subyace al dandi.] Lady Chiltern, permítame. Anoche me escribió una carta muy hermosa, en la que decía que confiaba en mí y pedía mi ayuda. Ahora es el momento en que realmente necesita mi ayuda, es el momento en que tiene que confiar en mí, confiar en mi consejo y juicio. Ama a Robert. ¿Quiere matar su amor por usted? ¿Qué tipo de vida tendrá si le roba los frutos de su ambición, si lo saca del esplendor de una gran carrera política, si le cierra las puertas de la vida pública, si lo condena al fracaso estéril, él, que estaba hecho para el triunfo y el éxito? No se espera que las mujeres nos juzguen, sino que nos perdonen cuando necesitamos perdón. Perdón, no castigo, es su misión. ¿Por qué debería azotarlo con varas por un pecado cometido en su juventud, antes de que la conociera, antes de que él mismo se conociera? La vida de un hombre es más valiosa que la de una mujer. Tiene problemas mayores, un alcance más amplio, mayores ambiciones. La vida de una mujer gira en curvas de emociones. Es sobre líneas de

intelecto que progresa la vida de un hombre. No cometa un error terrible, Lady Chiltern. Una mujer que puede mantener el amor de un hombre y amarlo a cambio, ha hecho todo lo que el mundo quiere de las mujeres, o debería querer de ellas.

LADY CHILTERN. [Perturbada y dudosa.] Pero es mi esposo quien desea retirarse de la vida pública. Él siente que es su deber. Fue él quien lo dijo primero.

LORD GORING. Robert haría cualquier cosa, incluso arruinar su carrera, como está a punto de hacer ahora, antes que perder su amor. Está haciendo por usted un sacrificio terrible. Tome mi consejo, Lady Chiltern, y no acepte un sacrificio tan grande. Si lo hace, vivirá para lamentarlo amargamente. Nosotros, los hombres y mujeres, no estamos hechos para aceptar tales sacrificios el uno del otro. No somos dignos de ellos. Además, Robert ya ha sido suficientemente castigado.

LADY CHILTERN. Ambos hemos sido castigados. Lo puse demasiado alto.

LORD GORING. [Con profunda emoción en su voz.] Por esa razón, no lo coloque ahora demasiado bajo. Si ha caído de su altar, no lo empuje al fango. El fracaso para Robert sería el mismo fango de la vergüenza. El poder es su pasión. Perdería todo, incluso su capacidad para sentir amor. La vida de su esposo está ahora en sus manos, el amor de su esposo está en sus manos. No arruine ambos para él.

[Entra SIR ROBERT CHILTERN.]

SIR ROBERT CHILTERN. Gertrude, aquí está el borrador de mi carta. ¿Debería leértela?

LADY CHILTERN. Déjame verla.

[SIR ROBERT le entrega la carta. Ella la lee, y luego, con un gesto de pasión, la rompe.]

SIR ROBERT CHILTERN. ¿Qué estás haciendo?

LADY CHILTERN. La vida de un hombre es más valiosa que la de una mujer. Tiene problemas mayores, un alcance más amplio, mayores ambiciones. Nuestras vidas giran en curvas de emociones. Es sobre líneas de intelecto que progresa la vida de un hombre. Acabo de aprender esto, y mucho más, de Lord Goring. Y no arruinaré tu vida por ti, ni te veré arruinarla como un sacrificio para mí, un sacrificio inútil.

SIR ROBERT CHILTERN. ¡Gertrude! ¡Gertrude!

LADY CHILTERN. Tú puedes olvidar. Los hombres olvidan fácilmente. Y yo perdono. Así es como las mujeres ayudan al mundo. Ahora lo entiendo.

SIR ROBERT CHILTERN. [Profundamente conmovido, la abraza.] ¡Mi esposa! ¡mi esposa! [A LORD GORING.] Arthur, parece que siempre estaré en deuda contigo.

LORD GORING. Oh, querido no, Robert. Tu deuda es con Lady Chiltern, ¡no conmigo!

SIR ROBERT CHILTERN. Te debo mucho. Y ahora dime qué me ibas a preguntar justo cuando entró Lord Caversham.

LORD GORING. Robert, tú eres el tutor de tu hermana, y quiero tu consentimiento para casarme con ella. Eso es todo.

LADY CHILTERN. ¡Oh, estoy tan contenta! ¡Estoy tan contenta! [Le da la mano a LORD GORING.]

LORD GORING. Gracias, Lady Chiltern.

SIR ROBERT CHILTERN. [Con una mirada preocupada.] ¿Mi hermana ser tu esposa?

LORD GORING. Sí.

SIR ROBERT CHILTERN. [Hablando con gran firmeza.] Arthur, lo siento mucho, pero eso está completamente fuera de cuestión. Tengo que pensar en la futura felicidad de Mabel. Y no creo que su felicidad esté segura en tus manos. ¡Y no puedo permitir que sea sacrificada!

LORD GORING. ¡Sacrificada!

SIR ROBERT CHILTERN. Sí, totalmente sacrificada. Los matrimonios sin amor son horribles. Pero hay algo peor que un matrimonio absolutamente sin amor. Un matrimonio en el que hay amor, pero solo de un lado; fe, pero solo de un lado; devoción, pero solo de un lado, y en el que de los dos corazones, uno está seguro de romperse.

LORD GORING. Pero yo amo a Mabel. Ninguna otra mujer tiene lugar en mi vida.

LADY CHILTERN. Robert, si se aman, ¿por qué no deberían casarse?

SIR ROBERT CHILTERN. Arthur no puede brindarle a Mabel el amor que ella merece.

LORD GORING. ¿Qué razón tienes para decir eso?

SIR ROBERT CHILTERN. [Después de una pausa.] ¿Realmente necesitas que te lo diga?

LORD GORING. Ciertamente lo necesito.

SIR ROBERT CHILTERN. Como prefieras. Ayer por la noche, cuando te visité, encontré a la señora Cheveley escondida en tus habitaciones. Era entre las diez y las once de la noche. No deseo decir nada más. Tus relaciones con la señora Cheveley, como te dije anoche, no tienen nada que ver conmigo. Sé que una vez estuviste comprometido para casarte con ella. La fascinación que ejerció sobre ti entonces parece haber regresado. Anoche me hablaste de ella como de una mujer pura e inmaculada, una mujer que respetabas y honrabas. Puede que así sea. Pero no puedo poner la vida de mi hermana en tus manos. Sería incorrecto de mi parte. Sería injusto, infamemente injusto para ella.

LORD GORING. No tengo nada más que decir.

LADY CHILTERN. Robert, no era la señora Cheveley a quien Lord Goring esperaba anoche.

SIR ROBERT CHILTERN. ¡No era la señora Cheveley! ¿Quién era entonces?

LORD GORING. ¡Lady Chiltern!

LADY CHILTERN. Era tu propia esposa. Robert, ayer por la tarde Lord Goring me dijo que si alguna vez estaba en problemas podría acudir a él en busca de ayuda, ya que él era nuestro amigo más antiguo y mejor. Más tarde, después de esa terrible escena en esta habitación, le escribí diciéndole que confiaba en él, que necesitaba de él, que acudía a él en busca de ayuda y consejo. [SIR ROBERT CHILTERN saca la carta de su bolsillo.] Sí, esa carta. Al final, no fui a casa de Lord Goring. Sentí que la ayuda debía venir de nosotros mismos. El orgullo me hizo pensar eso. La señora Cheveley fue. Ella robó mi carta y te la envió de forma anónima esta mañana, para que pensaras... Oh! Robert, no puedo decirte lo que ella quería que pensaras...

SIR ROBERT CHILTERN. ¿Qué! ¿Había caído tan bajo en tus ojos que pensaste que incluso por un momento podría haber dudado de tu bondad? Gertrude, Gertrude, para mí eres la imagen blanca de todas las cosas buenas, y el pecado nunca puede tocarte. Arthur, puedes ir con Mabel, ¡tienes mis mejores deseos! Oh! espera un momento. No hay nombre al principio de esta carta. La brillante señora Cheveley parece no haberse dado cuenta de eso. Debería haber un nombre.

LADY CHILTERN. Déjame escribir el tuyo. Es a ti a quien confío y necesito. A ti y a nadie más.

LORD GORING. Bueno, realmente, Lady Chiltern, creo que debería recuperar mi propia carta.

LADY CHILTERN. [Sonriendo.] No; tendrás a Mabel. [Toma la carta y escribe el nombre de su esposo en ella.]

LORD GORING. Bueno, espero que ella no haya cambiado de opinión. Han pasado casi veinte minutos desde que la vi por última vez.

[Entran MABEL CHILTERN y LORD CAVERSHAM.]

MABEL CHILTERN. Lord Goring, creo que la conversación de tu padre es mucho más edificante que la tuya. Solo voy a hablar con Lord Caversham en el futuro, y siempre bajo la palmera habitual.

LORD GORING. ¡Querida! [La besa.]

LORD CAVERSHAM. [Considerablemente sorprendido.] ¿Qué significa esto, señor? No querrás decir que esta joven encantadora e inteligente ha sido tan insensata como para aceptarte.

LORD GORING. Por supuesto, padre. Y Chiltern ha sido lo suficientemente sabio para aceptar el asiento en el Gabinete.

LORD CAVERSHAM. Me alegra mucho oír eso, Chiltern... Te felicito, señor. Si el país no se va a los perros o a los radicales, algún día podrías ser Primer Ministro.

[Entra MASON.]

MASON. El almuerzo está servido, mi señora.

[MASON sale.]

MABEL CHILTERN. Te quedarás a almorzar, Lord Caversham, ¿verdad?

LORD CAVERSHAM. Con placer, y después te llevaré a Downing Street, Chiltern. Tienes un gran futuro por delante, un gran futuro. Ojalá pudiera decir lo mismo de ti, señor. [A LORD GORING.] Pero tu carrera tendrá que ser completamente doméstica.

LORD GORING. Sí, padre, prefiero que sea doméstica.

LORD CAVERSHAM. Y si no haces de esta joven dama una esposa ideal, te desheredaré con una libra.

MABEL CHILTERN. ¡Un esposo ideal! Oh, no creo que me gustaría eso. Suena como algo del otro mundo.

LORD CAVERSHAM. ¿Qué quieres que sea entonces, querida?

MABEL CHILTERN. Puede ser lo que él elija. Todo lo que quiero es ser... ser... ¡oh! una verdadera esposa para él.

LORD CAVERSHAM. Vaya, hay mucho sentido común en eso, Lady Chiltern.

[Todos salen excepto SIR ROBERT CHILTERN. Él se hunde en una silla, absorto en sus pensamientos. Después de un rato, LADY CHILTERN regresa a buscarlo.]

LADY CHILTERN. [Apoyándose en el respaldo de la silla.] ¿No vas a entrar, Robert?

SIR ROBERT CHILTERN. [Tomando su mano.] Gertrude, ¿es amor lo que sientes por mí, o es solo lástima?

LADY CHILTERN. [Lo besa.] Es amor, Robert. Amor, y solo amor. Para ambos comienza una nueva vida.

TELÓN

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB

1. [Un marido ideal - Oscar Wilde](#)
2. [Un marido ideal](#)
3. [Oscar Wilde](#)
4. [Los personajes de la obra](#)
5. [Las escenas de la obra](#)
6. [Primer acto](#)
7. [Segundo acto](#)
8. [Tercer acto](#)
9. [Cuarto acto](#)